

VOLANTÍN

COLECCIÓN

EL BARCO DE VAPOR



Jacqueline Balcells
**Simón y el carro
de fuego**



sm

Dirección editorial: M^a. Angélica Fuster

Ilustraciones: Carmen Cardemil
Fotografía portada: Stephan Lobel
Diagramación: Alfonso Vega O.
Diseño de cubierta: Alfonso Vega O.
© Jacqueline Balcells
© Ediciones SM Chile S.A.
Pocuro 2087, Providencia, Santiago.

ISBN: 956-264-263-1
Depósito legal: 140.553
Primera edición: noviembre 2004, 3.000 ejemplares.

Impresión: Imprenta Salesianos
Gr. Gana 1486, Santiago.

Nuestros sinceros agradecimientos a la Congregación Franciscana y a su Padre provincial, Raúl Allimant, y la directora del Museo Colonial de San Francisco, señora Rosa Puga, por la colaboración prestada para la edición de este libro.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Simón y el carro de fuego

Jacqueline Balcells

Edición 79



A mis nietos Josefina y Simón

*Mis agradecimientos a Olaya Sanfuentes
Echeverría Doctora en Historia, por su generosa
ayuda en la elaboración de esta novela.*



Olivero 79

EL DESCUBRIMIENTO

MI QUERIDO Simón:

Llegamos hace tres días de Lima y mañana partiremos hacia las montañas, a un lugar donde vivió hace miles de años un pueblo indígena. Dejaremos las maletas con el padre Modesto, un franciscano que conocimos cuando visitamos el convento y del que nos hemos hecho muy amigos.

De vuelta en La Serena te compraré las papayas confitadas que me encargaste. También fe tengo un pequeño tesoro histórico que te va a encantar.

Pórtate bien con tus abuelos.

Besos y besos de tus papás que te quieren mucho,

Ana

Simón, recostado en su cama, volvía a leer la carta que guardaba en su velador y que ya era un verdadero estropajo de papel en el que apenas se distinguían las letras. Cuando era chico le gustaba que su abuela se la leyera por las noches, y luego venían las mil preguntas acerca del tesoro que su mamá le anunciaba y con el que soñaba después. Unas veces era el arco y las flechas de algún famoso guerrero indígena; otras, el manto del Inca tejido con pelos de murciélago, del que le había contado su papá. Al pasar el tiempo, la carta quedó guardada entre las páginas de su libro preferido: *Las aventuras de Tom Sawyer*; y no le gustaba ya acordarse de ella porque le daba pena y se ponía a llorar. Y a Simón no le gustaba llorar, ni siquiera cuando estaba solo. Unos días atrás, luego de visitar con su curso una exposición de pintura en el Museo de San Francisco, algo que vio en uno de los cuadros y que lo dejó completamente sorprendido e intrigado, lo había llevado a releerla.

—¿Estás listo, Simón?— escuchó la voz de su abuela— ¡Ya estamos atrasados!

—¡Voy, Pepa!— exclamó, levantándose de un salto—. Acuérdate que me prometiste que hoy iríamos a misa a San Francisco.

Simón vivía con sus abuelos desde que tenía cinco años, cuando sus padres partieron a un viaje de trabajo. Ambos eran arqueólogos y esa vez se internaron en la cordillera, con un arriero. Ninguno de los tres volvió y luego de varios días de búsqueda

los encontraron muertos, bajo un desprendimiento de tierra y rocas. Un tiempo después, desde el convento franciscano de La Serena llegó un paquete con libros, una maleta con ropa, una carta de pésame del Superior del convento y un carro de madera del porte de una mano, que tenía forma de dragón y estaba tirado por dos briosos caballitos blancos. Por mucho tiempo ese había sido su juguete preferido con el que pasaba horas tendido de guata en el suelo, haciendo galopar y saltar a los caballos.

Para Simón, Pepa y Juan habían sido sus padres. Cuando era más chico y sus compañeros de colegio le preguntaban por qué tenía unos papás tan viejos, sentía algo así como un cosquillita en el estómago que lo ponía triste, pero rápidamente se consolaba pensando que tenía una abuela que hacía cosas extraordinarias, como manejar marcha atrás cuando quería avanzar contra el tránsito en una calle de un solo sentido, experiencia aterradora que a Simón le fascinaba porque la encontraba "límite". Y un abuelo semi inválido, pero muy entusiasta, que no se cansaba nunca de contar sus aventuras a bordo de un yate durante una travesía por el Pacífico sin repetirse nunca, por lo que Simón sospechaba que muchas de sus peripecias eran inventadas. Claro que hacían cosas que de chico le daban vergüenza, como el día en que vinieron sus amigos y el abuelo se quedó dormido en el sillón del living roncando como helicóptero o la vez que la abuela apareció frente a sus compañeros de curso con una máscara

de puré de paltas en la cara, luego de haber leído consejos para eliminar las arrugas en un suplemento naturista del periódico.

Simón ahora estaba por cumplir doce años. Era un niño reflexivo y bastante maduro para su edad. Los ronquidos del abuelo y las extravagancias de doña Pepa le daban risa y ya no le importaban. Su pequeña pena era otra: aunque se sentía muy querido, también se sentía solo. Le habría gustado tener muchos hermanos, como su amigo Andrés, y una casa llena de risas y de música y de gente entrando y saliendo. La abuela se complicaba con las visitas, el abuelo no soportaba la música fuerte, a menos que fuera una ópera, y los dos se ponían tan nerviosos cuando él estaba invitado a alguna parte, que lo atiboraban de consejos y lo despedían como si se fuera a trasladar de continente.

—Apúrate que no quiero llegar tarde— insistió la abuela.

Simón se anudó un polerón al cuello y en vez de tomar el ascensor, bajó corriendo por las escaleras. Iba silbando una música de moda, tan animado, que luego su abuela comentó:

—No te reconozco. Siempre refunfuñas cuando te pido que me acompañes a misa.

—Es que hoy vamos a San Francisco, abuela, y no a esa iglesia que tiene el mismo olor que esas bolitas de naftalina que pones en tu closet para que no lleguen polillas. Además, al cura ni se le entiende lo que dice— le contestó Simón.

—Reconozco que las prédicas de ese sacerdote son un poco confusas. Por ahí no anda su don.

—¿Su don?— lo interrumpió Simón.

—Sí, pues, todos tienen un don para algo, que les otorga el Espíritu Santo...

—¿Y qué don me habrá dado a mí, Pepa?

—Seguramente muchos.

Pero Simón ya no la oía y agitaba los brazos saludando a una mujer colorina que caminaba por la vereda del frente, seguida de tres gatos.

—¡Hola Miulina!— gritó.

—Esa mujer es rarísima— comentó la abuela.

—¿Qué tiene de rara?

—De partida, el nombre.

—Por si no lo sabes, me dijo que era un nombre medieval.

—Igual es raro. Y esos tres gatos que la siguen como si fueran perros...

—¿Y eso qué tiene? ¡Todo porque a ti te cargan los gatos!

—Basta ver como se viste— doña Pepa no cejaba—: vestidos llenos de vuelos, zapatos puntudos que ya nadie usa y una batería de pulseras y collares. Además, habla sola.

—No habla sola, habla con sus gatos.

—Lo único que te falta decir es que los gatos le contestan, y además en inglés, lo que no me extrañaría, porque te has puesto mentiroso.

En realidad Simón se había puesto bastante mentiroso, pero se justificaba diciéndose que era la

única manera de sobrevivir con unos abuelos tan sobre protectores. La primera vez fue cuando dijo que iría a estudiar con un compañero de curso que vivía cerca y partió en cambio a vagar por el Parque Forestal. El paseo se convirtió en una experiencia entretenidísima que decidió repetir. Así, escapada tras escapada, comenzó a hacerse de una cantidad de nuevos amigos, como la tal Miulina, que hablaba con acento español y lanzaba exclamaciones poco usuales o palabras inventadas que le encantaba escuchar, como "recórcholis" o "santambomba". Conversaba a menudo con don Benito, el barrendero, que recogía las hojas secas y también monedas y una cantidad increíble de objetos, como botones, cucharas de plástico o encendedores vacíos que iba guardando en una bolsa que llevaba colgada al cuello; y el hijo de éste, Elvis, que conocía el barrio mejor que nadie y que insistía en que Miulina era una bruja porque recolectaba hojas y raíces para preparar brebajes.

—Pero es una bruja buena— aclaraba — porque me compra helados.

La abuela caminaba rápido, pero sin poder seguir los pasos a su nieto, que a cada instante se le perdía de vista. Cuando éste aparecía, se quejaba:

—Por lo menos en las esquinas podrías esperarme.

—¡Si no estás vieja, Pepa! ¡No necesitas que te ayuden a cruzar la calle! ¿Qué vieja manejaría la velocidad que tu lo haces o se subiría a esa escalera enclenque que tienes, a limpiar vidrios? Y doña Pepa sonreía encantada.

Pérez 79



Capítulo II

EL CARRO DE FUEGO

LA MISA la celebró un sacerdote flaco, pálido y pelado que a Simón le cayó muy bien porque en la prédica dijo que no todos se iban a salvar por ir a misa, que era lo que él pensaba de don Pelayo, el vecino de arriba, que no se perdía un domingo en la iglesia, pero que a la salida le pegaba patadas a los perros vagos y trataba de flojo inmundo a Juan, el mendigo del parque. Simón no lo soportaba.

La abuela siempre contaba que había sido soprano en el coro de su colegio y no había nada que le gustara más que cantar en las ceremonias religiosas. Simón esperó impaciente que entonara los últimos acordes con los ojos cerrados y voz de gorgoritos; y luego del prolongado y musical amén

que se repitió tres veces, la tiró de la manga recordándole que visitarían el Museo Colonial, que estaba al lado de la iglesia. Lo que le interesaba era la colección de cuadros sobre la vida de San Francisco, y especialmente uno de ellos, que no podía apartar de su mente.

Cogió a su abuela de la mano y la arrastró casi, hasta el lugar donde se exponían los cuadros. Las inmensas pinturas, que ocupaban casi por completo las paredes del lugar, formaban una serie que representaba el nacimiento, vida, milagros y muerte del santo. La serie había sido restaurada hacía poco tiempo en Chile y los cuadros grandes, coloridos y llenos de personajes llamaban la atención de los niños.

—¡Mira, abuela!—Simón se detuvo frente a una tela que mostraba a San Francisco en un carro de madera suspendido en el aire y tirado por dos caballos blancos. El carro era una especie de barco antiguo, que tenía en la proa, en la popa y a un costado, una cabeza de niño. Entre sus ruedas delanteras estaba posado un pájaro con cabeza de perro, de cuyas fauces salía un palo que sostenía unos arneses rojos atados a los caballos. El carro estaba rodeado por un intenso halo de luz, que parecía fuego. Siete monjes, arrodillados y de pie, contemplaban al santo en lo alto.

—¡Qué bonito!

—Qué bonito, ¿y qué más, abuela?

—A ver...—dijo ella acercándose a la tela,

pues ya no tenía buena vista, pero como era pretenciosa nunca se ponía anteojos cuando salía.

—¿No te das cuenta de que ese carro es igual igual al que me mandó mi mamá?

—Sí, parece...

—¡No parece, Pepa, son idénticos!— se exaltó Simón—. Mira bien: ¡las mismas ruedas, las mismas cabezas de los niños, los mismos caballos blancos..!

—¿Te gusta esa pintura, jovencito?

La voz ronca lo sobresaltó. A su lado, un hombre fornido, de nariz aguileña y barba blanca, sonreía amistoso. Tenía unos ojos azules de mirada penetrante, rodeados de arruguitas que con la risa crecían. Vestía pantalones negros y una camisa suelta que no alcanzaba a disimular su incipiente barriga. Llevaba una cruz de madera oscura colgada al pecho. Simón se fijó en que usaba sandalias.

—Dice la leyenda —comenzó, sin esperar respuesta— que una oscura noche los frailes del convento de San Francisco vieron aparecer en lo alto un carro que parecía hecho de fuego y que resplandecía como el sol, convirtiendo la noche en día. Primero los frailes se aterrorizaron y luego se dieron cuenta de que no sólo se iluminaban sus cuerpos, sino que también podían ver el alma de sus hermanos y leer sus pensamientos. Entonces supieron que en ese carro iba el alma de San Francisco, a qui ~~m~~ Dios había concedido esa gracia.

—¿Y el carro era igual a ese?—preguntó Simón, muy impresionado.

—Los artistas pintaron ese carro y esos caballos basándose en la leyenda, pero imaginándolos a su manera. En esta colección pictórica la gente que aparece está vestida según la costumbre y usos de la época de los pintores, el siglo XVII, y no de la época en que vivió San Francisco, que fue a comienzos del siglo XIII.

—¡Qué fascinante lo que nos cuenta!— se entusiasmó doña Pepa.

Pero Simón volvió rápidamente a lo que le interesaba:

—Es que...¿sabe? ¡Yo tengo un carro con caballos idéntico a ese!

—¡No me digas! Te diré que respecto a ese carro hay una larga historia.

—¿Sí?—la respiración de Simón se aceleró— ¡Por eso mi mamá decía que era un tesoro, por eso...!

—Simón, Simón, no te empieces a entusiasmar. ¡Este niño es muy imaginativo!— explicó la abuela.

—¡No es imaginación, Pepa! ¡Mi mamá era arqueóloga: por algo dijo...!

—¡Cálmate, hijo! Haremos lo siguiente: tu me muestras el carro y yo te cuento la historia. Ven mañana por la tarde, a las cinco. Pregunta por mí en la portería: soy el padre Gerónimo.

Capítulo III

EL CLAUSTRO

SIMÓN NO se podía quedar dormido de lo nervioso y entusiasmado que estaba. ¡No por nada su mamá le había dicho que le enviaba un tesoro! Quizás ese carrito de madera era algo increíble y él lo podría vender y se haría millonario y le compraría una televisión bien grande a su abuela, que estaba tan corta de vista, y una chaqueta nueva a su abuelo, porque la que usaba tenía los codos un poco raídos y doña Pepa había tenido que mandarle a poner unos parches de cuero. ¡Ah!, y le compraría también un auto nuevo a Pepa, con cambio automático para que no los hiciera sonar tanto, y...

Esa noche soñó con su mamá.

Al día siguiente, a las cinco en punto, estaba

en la iglesia de san Francisco, tocando en la portería. En una bolsa de gamuza café que le había dado su abuela, llevaba el carro con los caballos. Le abrió un hombre flaco, que era casi de su porte. A Simón le pareció que era turno, pero después se dio cuenta de que sólo tenía los ojos muy juntos.

—¿A quién buscas?

—Al padre Gerónimo.

—El padre Gerónimo está ocupado.

—El me dijo que viniera.

—¿Te citó?

—Me dijo que viniera- repitió Simón, hosco.

El tipo le había caído mal. Tenía las comisuras de los labios caídas, lo que le daba un aire de mal humor, y no miraba a los ojos al hablar.

—Voy a ver si puede recibirte—. Y le cerró la puerta en las narices.

Pero Simón no tuvo que esperar mucho, porque no había pasado ni un minuto cuando la puerta se abrió de nuevo y apareció el padre Gerónimo.

—Adelante, joven. Perdona que Hilario te haya dejado afuera, pero se me olvidó avisarle que vendrías y él cuida mucho nuestra privacidad: no te olvides de que éste es un claustro.

—¿Un claustro?

—Claro, ¿no sabes lo que es un claustro? El lugar donde habitan los religiosos que se retiran del mundo para orar.

Caminaban por uno de los espaciosos

corredores que se abría a un jardín central tan frondoso que casi parecía un bosque: un bosque de robles añosos, paulonias floridas, paltos más altos que una casa, jazmines perfumados, naranjos cargados de frutas, palmeras enhiestas, ciruelos de hojas moradas. Y en el medio del jardín, custodiada por los árboles y las plantas, una enorme pajarera de techo abombado habitaba a decenas de canarios verdes y azules que trinaban a destajo. Un poco más allá, una fuente de piedra acogía a gorriones y zorzales, que aleteaban sacudiéndose y salpicando agua. También había dos perros echados al sol y unos cuantos gatos durmiendo enroscados sobre unos sillones de mimbre viejos. Era como estar en el campo, pensó Simón, pues salvo el canto de los pájaros, el murmullo de las hojas mecidas por la brisa y el ruido de los propios pasos, el silencio era completo. Parecía increíble que ese jardín existiera en el centro de Santiago y en medio de una avenida tan ruidosa como era la Alameda Bernardo O'Higgins.

—¿Te gusta este lugar?—preguntó el padre Gerónimo.

—Hay muchos animales...

—Siguiendo el ejemplo de nuestro hermano Francisco, que amaba a los animales y a los pájaros, hemos acogido a unos cuantos aquí—sonrió el sacerdote.

—¿Es muy antigua esta construcción?—quiso saber Simón, mirando las enormes arcadas blancas

de los corredores, parecidas a las que había en la casa de campo de sus tíos en Chimbarongo, y que tenían más de cien años. Claro que éstas eran mucho más grandes.

—La iglesia y el claustro de san Francisco son las construcciones más antiguas que hay en Santiago de Chile. Cuando Pedro de Valdivia llegó a fundar Santiago traía con él la imagen de la Virgen del Socorro y mandó a construir aquí una ermita para ella. Años después este lugar pasó a manos de nuestra orden, que edificó una iglesia. La primera se derrumbó con un terremoto, pero la segunda, construida en piedra, es la que ves hoy.

En ese momento se cruzaron con un monje muy viejito, que traía un rosario entre sus manos. Pasó al lado de ellos, como un fantasma, saludándolos con un leve parpadeo.

Caminando a la sombra de las arcadas llegaron hasta una enorme puerta de madera que había al final del pasillo y por ella entraron al museo. No era día de visitas y estaba todo oscuro. El padre Gerónimo encendió una luz.

—Sentémonos—dijo el franciscano, indicando un banco de madera que enfrentaba la pintura del santo que iba en un carro suspendido en el aire.

En ese momento apareció Hilario con una escoba, una pala y un plumero.

—Hilario, no es el momento de hacer el aseo—lo reconvinó suavemente el padre Gerónimo. Luego se dirigió a Simón—: ¡veamos: muéstrame tu tesoro!

Mientras Simón se esforzaba en sacar el juguete atorado en la bolsa demasiado estrecha que le había dado su abuela, Hilario pasó con energía el plumero por la cabeza de yeso de un pálido y ojeroso San Francisco, y luego en silencio abandonó el lugar.

El padre Gerónimo examinó el carro y los caballos con extremo cuidado. Eran exactamente iguales a los que tenían al frente: las mismas líneas del carro, que lo hacían semejar a un dragón; las mismas ruedas con rayos; los mismos arneses rojos con broches negros y dorados; los mismos caballos blancos con las patas delanteras dobladas en un galope y las orejas puntudas, que parecían cuernos.

—Tenías razón: es una copia exacta del carro del cuadro. Me gustaría que me lo dejaras para mostrárselo a un experto. ¡Qué curioso...!

Simón estaba impresionado por el interés del franciscano y también por el silencio y lo imponente del lugar. Las pinturas que los rodeaban parecían estar vivas, tal eran los colores y la presencia de sus personajes.

—En esa época las pinturas en las iglesias no sólo eran adornos, sino una manera de enseñar a los indígenas y a mucha gente de la época, que no sabía leer, la vida de Jesús, de la Virgen y de los santos —explicó el sacerdote.

—¿Y me va a contar la historia del carro?— preguntó Simón, impaciente.

Olivero 79



Capítulo IV

DOÑA ENGRACIA

—**E**N EL siglo XVII, los franciscanos del convento de Santiago encargaron al Cuzco una serie de cincuenta y cuatro lienzos con la vida de San Francisco— comenzó el padre Gerónimo.

—¿Y por qué los encargaron tan lejos? ¿No los podían pintar aquí?

—Entonces El Cuzco era una ciudad importantísima, porque estaba en el centro del virreinato del Perú, que era muy rico, pues los españoles habían descubierto allí minas de oro y plata. Tenía el prestigio, además, de haber sido capital del imperio inca. Se formó en esa ciudad una escuela de pintura que se llamó "escuela cuzqueña" y que se hizo famosa. Los franciscanos,

que habían establecido su sede central en Perú, ya habían hecho pintar por ellos numerosos cuadros religiosos para sus iglesias. Los artistas, muchos de los cuales eran indígenas y poco sabían de la vida de Jesús y de los santos, se inspiraban en grabados traídos desde Europa, que ellos transformaban con su imaginación y colores.

—Les debe haber costado súper harta plata mandar a pintar tantos cuadros tan lejos— comentó Simón, que era muy pragmático.

—Los frailes, fieles a san Francisco, eran muy frugales en su vida personal y diaria, pero eran espléndidos para decorar sus templos, con el fin de alabar a Dios y enseñar a los indígenas— se apresuró a explicar el sacerdote—. Algunos católicos ricos de la época donaban grandes sumas de dinero a las distintas órdenes religiosas, y a cambio los sacerdotes rezaban por ellos y a veces les permitían construir sus tumbas en las mismas iglesias, como lo hacían los antiguos reyes y nobles europeos.

—Resulta que una señora viuda, muy rica, sin hijos— siguió el padre Gerónimo— decidió legar una buena cantidad de dinero a los franciscanos del Cuzco, con el compromiso de que a su muerte celebraran mil misas en su nombre. Y aunque sus herederos reclamaron mucho por esta decisión, ella se mantuvo firme diciendo que la salvación de su alma era más importante que acrecentar la riqueza de sus parientes, que por lo demás se iban a olvidar de ella en cuanto cerraran el ataúd.

—Toda la razón— comentó Simón.

Fray Gerónimo sonrió abiertamente y continuó:

—Por esos años los franciscanos de Chile habían mandado a pintar la serie del santo, y doña Engracia de Lobo y Guerrero— así se llamaba la señora—, que estaba al tanto de la sacrificada labor misionera en el vecino país donde la vida para los españoles era más dura que en Perú, quiso enviar también una donación al convento de Santiago. Pero como gran parte de su dinero ya lo había legado, sólo podía disponer de sus joyas; y antes de que su familia las reclamara o armara un nuevo escándalo, decidió mandarlas a Chile en secreto.

—Doña Engracia era una mujer imaginativa y excéntrica, que escribía poemas y hablaba latín, lo que no era corriente en las mujeres de esa época. Tenía además un extraño sentido del humor. Se cuenta de ella que durante una recepción en el Palacio de Gobierno, al escuchar que el médico de cabecera del virrey aconsejaba a una señora que no hiciera gárgaras en Piscis ni se cortara los cabellos en Libra, lo interrumpió diciendo:

*"El mentir de las estrellas
es muy seguro mentir
porque ninguno ha de ir
a preguntárselo a ellas"*

—Toda la razón—dijo otra vez Simón—. Mi abuela dice que los que creen en el horóscopo y en los astros son unos tontos porque es Dios el que hizo los astros y el que los manda.

—Tu abuela tiene mucha razón, pero te imaginarás que el médico de nuestra historia se enfureció y dijo que a él nadie lo trataba de mentiroso. Los versos de doña Engracia se hicieron tan famosos, que de ahí nació el dicho "preguntárselo a las estrellas", cuando alguien piensa que algo no es cierto.

—¿Y el carro?—lo interrumpió Simón, temiendo que el buen sacerdote, en su entusiasmo, siguiera con los cuentos de doña Engracia y se olvidara del carro con los caballos.

—¡Paciencia!— le dijo el sacerdote y siguió con mucha calma— Doña Engracia decidió mandar su donación a Chile en el más estricto secreto y pasó algún tiempo planeando la mejor forma de hacerlo. Su regalo era muy valioso: una gran número de diamantes de buen tamaño, que formaba parte de un juego de aros, pulsera, broche y collar. En ese tiempo el servicio de mensajeros entre Perú y Chile era muy lento y nada de seguro. Los correos se enviaban por barco desde el Callao o bien partían del Cuzco a lomo de mula por la ruta del altiplano; te imaginarás que demoraban meses en llegar a su destino, si es que lo hacían. ¿Cómo lo haría entonces doña Engracia para asegurarse de que su donación llegara intacta y de que nadie en El Cuzco o en Lima—ni parientes ni ladrones— se enterara del envío? Como mujer culta e interesada en el arte, había visitado varias veces los talleres de los artistas que trabajaban en la serie de San Francisco. Y dice la

leyenda que un día, mientras contemplaba el trabajo de los pintores, se le ocurrió la idea que dio pie a nuestra historia.

—¿Y es verdad lo que dice la leyenda?

—Las leyendas tienen algo de verdad y algo de imaginación. Es imposible saber cuándo y cómo se le ocurrió la idea a la señora. En este caso sólo sabemos del resultado.

—Rosa Banderas —continuó—, una joven sirvienta de doña Engracia, muy fiel y querida, se había casado con un soldado español al que habían enviado a Santiago de Chile y pronto viajaría por barco hasta Valparaíso a juntarse con su marido. Doña Engracia decidió aprovechar la oportunidad y envió con Rosa un pequeño baúl lleno de objetos religiosos, como rosarios, crucifijos, velas, manteles para el altar, figuras de santos y mantillas para la Virgen de regalo a los franciscanos de Santiago. Todos estos objetos estaban prolijamente trabajados, pero en materiales sin gran valor: maderas, lanas teñidas o fibras naturales.

—Que nadie se iba a interesar en robar— comentó Simón.

—Claro, y menos siendo objetos religiosos. Por otra parte, y sin que Rosa lo supiera, doña Engracia envió con el capitán del barco una carta sellada para el Superior del convento. En esa carta explicaba que con Rosa enviaba un pequeño baúl con regalos para la iglesia y que entre los objetos religiosos que allí iban, tres de ellos contenían una

valiosa donación. Para reconocerlos deberían buscar en las pinturas encargadas a los artistas del Cuzco.

—¡¡El carro!!!— exclamó Simón.

—Podría ser. No quedó muy claro cuáles eran los objetos que contenían las piedras preciosas. Se mencionó un pez de plata hueco y también unas palmatorias, pero nunca se supo si éstos existieron y si fue en alguno de ellos que venían los diamantes.

—¿Pero los encontraron?

—Algunos. Según el relato que conocemos, escrito por el Provincial de ese entonces, cuando recibieron la carta aún no llegaban todas las pinturas, y pasó algún tiempo antes de que se pusieran a investigar. Luego dieron con quince piedras de gran tamaño; con el dinero de su venta se reconstruyó parte del claustro que se había derrumbado en un terremoto.

—Buena idea lo del pez —dijo Simón—, especial para esconder diamantes. Mi abuela tiene un...

En ese momento crujió la puerta al abrirse y apareció el sacristán.

—Padre, lo buscan.

—¿Quién es? ¿No dijiste que estaba ocupado, hijo?

—Es la señora que arregla los cuadros.

—¡Ah, sí, la restauradora! Tendré que dejarte. Si quieres puedes quedarte un rato aquí, mirando las pinturas. Te avisaré cuando haya hecho examinar tu tesoro y entonces seguiremos conversando —el padre Gerónimo levantó el carro en alto y guiñó un ojo a Simón. Luego abandonó la sala.

Capítulo V

¡SÁQUENME DE AQUÍ!

SIMÓN SE quedó contemplando un cuadro en el que estaba San Francisco subido a un púlpito, alzando un crucifijo de madera. Lo rodeaban algunas mujeres y muchos hombres de tez oscura y grandes turbantes. Uno de ellos tenía un pez rojo en la mano. Por sobre la cabeza del santo volaban varios pájaros y tras sus alas desplegadas se veían cerros y castillos fortificados sobre sus rocas.

¿Y si uno de los objetos que escondía diamantes hubiera sido una cruz, como la que sostenía el santo? ¿O un pez rojo, como el que tenía en su mano el hombre moreno? O talvez los diamantes venían ocultos en un cordón, igual al anudado a la cintura del hábito de San Francisco...

Un golpe y un ruido de llaves interrumpieron sus elucubraciones. Al instante se apagó la luz.

—¡Hey! —gritó— ¡No cierren, estoy aquí!

Sólo respondió el silencio.

El lugar se había sumido en la más completa oscuridad. Sin ninguna ventana, no había ni una mínima rendija por la cual entrara algo de luz. Comenzó a caminar a tientas tratando de recordar el camino hacia la puerta. De pronto tropezó con algo duro y sintió que un género envolvía su rostro. Quiso gritar, pero el miedo lo había paralizado y permaneció unos minutos, o quizás segundos que se le hicieron eternos, completamente inmóvil. Entonces recordó que cerca de la puerta estaba la imagen del santo, esa a la que el sacristán le había pasado el plumero por la cabeza, vestido con una túnica de género. Respiró aliviado: ¡sólo había tropezado con San Francisco!

“San Francisco: ¡ayúdame a salir de aquí”, pidió, y caminó lentamente hacia donde debía estar la salida. Caminó con los brazos estirados, temeroso de volver a tropezar, hasta que sus manos dieron con una pared de madera. ¡La puerta, al fin! Palpó hasta encontrar la manilla y trató de abrir, pero era imposible porque estaba con llave. Comenzó a golpear con los puños y a gritar: “¡Ábranme! ¡Ábranme! ¡Padre Gerónimo, estoy aquí!” Pero sus gritos parecían rebotar en la puerta, más gruesa y maciza que un árbol, para ahogarse entre los muros forrados con lienzos y extinguirse en la noche del lugar.

Después de unos minutos golpeando con sus puños hasta el dolor, desistió de su empeño. Ahora sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y le parecía ver formas difusas y fantasmales diseminadas a lo largo del recinto. A lo lejos, en el otro extremo de la sala, percibió una pequeña claridad hacia la que se dirigió con la lentitud de un ciego. Cuando llegó al lugar se dio cuenta de que la tenue luz provenía del brillo de una pintura dorada.

Abatido, se sentó en el suelo. "No hay que perder la calma, hay cosas peores", se dijo, reflexionando como un hombre grande. Y se acordó del día en que con su amigo Andrés decidieron esconderse en el baño para no dar la prueba de biología y se encontraron a boca de jarro con el director del colegio: ¡eso sí que había sido peor! Pero al recordar que era lunes y que hasta el martes no abrían el museo, su ánimo no mejoró. ¡Se iba a quedar ahí encerrado durante quince horas o más en la oscuridad, sin nada para comer!

Un pequeño ruido interrumpió sus negros pensamientos. Era como un rasquido por ahí, muy cerca... "¡Ratones!", exclamó, y muerto de miedo y asco se imaginó un ejército de ratas encaramándose por sus piernas, como le sucedió al conde de Montecristo cuando estuvo encerrado en la celda de If. Un escalofrío recorrió su espalda y se puso de pie de un salto.

¿Qué hacer? Pensó en su abuela: seguro que ya había preparado la comida —los lunes cocinaba

panqueques— y estaría esperándolo sentada en el sillón floreado, leyendo un libro o mirando la televisión. ¿Qué diría cuando pasaran las horas y él no llegara? Se angustiaria mucho y trataría de que no se le notara para no preocupar al abuelo, como siempre lo hacía. ¿Se le ocurriría venir a buscarlo al claustro? Conociéndola, era lo más probable, pero le dirían que ya se había ido. El padre Gerónimo no se iba a imaginar que él estaba ahí encerrado. ¿Y el sacristán? Simón habría jurado que éste escuchó cuando el sacerdote le dijo que se podía quedar mirando los cuadros. ¡Pero era absurdo! ¿Qué podría tener ese hombre contra él para hacer algo así?

¡Nuevamente el ratón! Ahora el ruido era más fuerte y parecía muy cercano, casi al lado. ¡Debía ser uno enorme: un guarén! Se alejó del lugar lentamente, pero golpeando el piso con fuerza, para que el ruido sobre las tablas asustara al invisible enemigo. Avanzaba otra vez hacia la puerta: un paso y un golpe con el taco del zapato, otro paso y otro golpe. De pronto, su pie resbaló y se fue de bruces al suelo. Su cabeza quedó enterrada entre unos pelos duros. Lanzó un alarido. ¡¿Una araña gigante?! ¡¿Una rata monstruosa?! ¡¿Un pájaro inmenso?! Gateando con desesperación, mientras lágrimas incontenibles rodaban por sus mejillas, se apartó del terrorífico bicho invisible, que no era sino los pelos de un escobillón.

—¿Quién vive? ¿Quién anda ahí?— preguntó de súbito una voz lejana.

Simón se incorporó de un salto y se puso a gritar a todo lo que daban sus pulmones:

—¡Estoy encerrado! ¡Sáquenme de aquí!

—¿Quién vive, quién anda ahí?— repitió la voz.

Simón corrió a ciegas hasta palpar la puerta y, sin dejar de gritar, se sacó rápidamente un zapato y comenzó a golpear con todas sus fuerzas. Oyó entonces unas palabras ahogadas y unos minutos después un clic en el ojo de la llave. Cuando la puerta se abrió, la luz lo dejó ciego y por un instante tuvo que bajar los párpados. Al abrirlos se encontró con el rostro enjuto y los ojillos juntos del sacristán. A su lado estaba el sacerdote viejo, con el que se habían cruzado en el claustro.

—¿Qué hacías allí adentro, niño? ¡Válgame Dios!— exclamó el anciano— ¡Suerte has tenido de que yo pasara por aquí!

—¡Usted me cerró la puerta!— acusó Simón directamente al sacristán.

—¡Yo no sabía, fray Leoncio, que este niño estaba ahí! —se justificó Hilario, sin mirar al muchacho.

En ese momento, atraído por las voces, llegó el padre Gerónimo.

—¿Qué sucede?

—No me di cuenta de que el niño estaba aun en el Museo y cerré con llave— se disculpó el sacristán moviendo la cabeza con aire contrito.

—Fue una gran casualidad que además de pasar por aquí te escuchase —siguió fray Leoncio—, porque

a mi edad ya estoy bastante sordo.

—¿Te asustaste mucho, hijo? —preguntó el padre Gerónimo— ¡Ese lugar queda en en la más completa oscuridad!

—No tanto— dijo Simón. Y lanzó una mirada de espaldas al sacristán, que se hizo el distraído.

Simón llegó a su casa sin aliento de tanto correr. Su abuela, preocupada por su tardanza, había llamado por teléfono al padre Gerónimo quien le había explicado lo sucedido. Después de abrazar y besar a su nieto con una efusión que éste recibió con paciencia pese a encontrarla exagerada, se apresuró en ir a la cocina a calentar los panqueques, que esta vez estaban rellenos con pollo.

—Te dejé uno con manjar para el postre.

—¿Y a mí no?— reclamó el abuelo.

—Por supuesto que sí, ¡goloso!

Durante la cena Simón estuvo callado y ausente. No podía dejar de pensar en la historia de doña Engracia y los cuadros de San Francisco. ¿Y si resultaba que ~~ella~~ había por ahí dando vueltas un objeto que contenía diamantes y que nunca nadie había encontrado? ¿Y si Rosa Bandéras se hubiese quedado con uno? ¿Y si...? No le costaba mucho imaginarse una complicadísima trama que tendría como final el descubrimiento, por Simón, de las piedras restantes.

—Simón: come, no has tocado el plato. ¿Te sientes mal?

—No, abuela, es que estaba pensando en todo

lo que me dijo el padre Gerónimo acerca de mi carro con caballos...

Y a continuación repitió toda la historia.

—Leyendas, leyendas... —comentó Juan—.

Aunque bonitas, sólo son leyendas.

—Siempre tan escéptico —dijo su mujer.

—No es escepticismo, mujer, es ser realista.

—El padre Gerónimo dice que las leyendas tienen algo de verdad —intervino Simón; y cambiando el tema, preguntó—: ¿te acuerdas, abuela, de la pintura de San Francisco con los pájaros?

—Sí, claro.

—¿Y sabes cuál fue el milagro?

—Creo que sí— comenzó doña Pepa, que cuando no se acordaba bien de algo decía "creo que sí" y luego inventaba la mitad.

—Quiero saber la verdadera historia— dijo Simón, muy serio, y el abuelo se echó a reír.

Cuenta la leyenda —intervino Juan sin mirar a su mujer, que había puesto cara de ofendida y miraba un punto lejano en el techo— que estaba San Francisco en Alejandría...

—¿Dónde queda Alejandría, abuelo?

—Es un puerto de Africa, en Egipto.

—¡Ah, por eso en el cuadro aparecen hombres de piel oscura y con turbantes!

—Y estando allí— retomó el anciano—, un día, mientras el santo predicaba la palabra de Dios, una bandada de golondrinas se puso a piar en una forma

tan estrepitosa, que no dejaba oír sus palabras. Entonces Francisco les dijo: "Golondrinas, hermanas mías, ¿por qué no me dejan hablar? Escuchen la palabra de Dios y guarden silencio hasta que yo termine". Los pájaros se callaron de inmediato y permanecieron volando en silencio sobre su cabeza y dándole sombra con sus alas, hasta que terminó de predicar.

—¡Bendito, San Francisco! Hablaba con los animales, los llamaba "hermanos" y ellos le obedecían —intervino la abuela—. ¿Sabían que una vez apaciguó a un lobo feroz?

—¿Y cómo fue eso, abuela?

—En una ciudad llamada Gubia, apareció un gran lobo feroz, que devoraba animales y hombres y tenía a todos aterrorizados. San Francisco fue en busca del lobo y acercándose a él hizo la señal de la cruz y lo llamó diciéndole: "hermano lobo: yo te mando de parte de Cristo que no me hagas daño a mí ni a nadie". En ese mismo instante el lobo se echó a sus pies, como un cordero. Entonces el santo le empezó a hablar y a decirle que dejara en paz a los hombres de esa ciudad y que ellos lo proveerían de comida mientras viviera. Y le pidió que le prometiera que iba a cambiar. El lobo levantó la pata derecha y se la puso en la mano a San Francisco. De ese día en adelante, el lobo vivió en Gubia entrando en todas las casas y los habitantes se encariñaron con él y lo alimentaban.

—¿Y ustedes saben algo del pez?— siguió

Simón, cuyo interés era saber donde se escondían los diamantes.

—¡Síiii! —exclamó doña Pepa, antes de que su marido le quitara la palabra— ¡De eso me acuerdo bien porque nunca me olvidé de la pata de pollo!

—Pepa: te estoy preguntando por un pez y no por un pollo.

—Sí, niño, si sé. Déjame seguir: resulta que cuando Francisco llegó a Alejandría, fue recibido por un señor muy piadoso, que le rogó aceptara su hospitalidad. Lo invitó a comer con toda su familia y le sirvió un pollo muy rico. Estaban cenando cuando apareció un pordiosero, que no era sino un vecino maligno que se había disfrazado de mendigo para pedir limosna a Francisco. El santo de inmediato puso la presa de ave que se iba a comer en un pedazo de pan y se la entregó. Al día siguiente, cuando Francisco predicaba ahí donde estaban los pájaros, irrumpió el hombre gritando: "Ese hombre que ahora predica frugalidad, anoche se estaba dando un banquete. Miren: esta pata de pollo me la regaló mientras comía". Pero cuando levantó la presa del pollo que tenía en la mano, ésta se había transformado en un pescado. El falso mendigo quedó estupefacto con el milagro, y en presencia de todos pidió perdón y confesó su mala intención: sólo quería desacreditar a Francisco.

—Tienes que explicar, Pepa, que en ese tiempo la carne de ave era un lujo y no así el

pescado; por eso la acusación de estar dándose un banquete.

—¿Por qué siempre me tienes que corregir?

—Ya, no discutan; ¡entendí todo!

En cuanto terminaron de comer, Simón se fue a su pieza sin aceptar la invitación de su abuelo a ver una película de gánsters en la televisión.

Tenía mucho en qué pensar.

Esa noche soñó con pájaros y peces; y con un gigante de dos cabezas: una era la del sacristán y la otra de don Pelayo, su vecino odioso.

Capítulo VI

UN COMPAÑERO DE AVENTURAS

AL DÍA siguiente, Simón se despertó muy temprano, pero se quedó largo rato en la cama mirando el techo. Luego abrió el velador, cogió la carta de su mamá y se puso a leerla otra vez. ¿De dónde sacaría ella ese carro? ¿Sería un regalo del franciscano del convento de La Serena? ¿Y por qué se lo habría dado? Buscó en el fondo del velador un sobre verde, en el que guardaba las tres fotos del viaje que sus papás le habían enviado. En una estaban apoyados contra una muralla de piedra altísima, los dos con botas, jeans y unos chalecos gruesos. Otra era de su mamá en la playa, en traje de baño. Y en la tercera aparecía su mamá sentada bajo un árbol, rodeada de hojas secas. Esa era la

Paloma 79



más linda de todas, porque las hojas doradas eran del mismo color que su pelo; ella miraba a lo lejos con una sonrisa muy dulce, esa sonrisa que parecía iluminarlo todo y que Simón nunca podría olvidar. ¡Qué bonita era! Tenía unos ojos azules transparentes y un cuello muy largo. Con razón no usaba adornos, ni siquiera aros; ¡no los necesitaba!, pensó Simón. Antes de ponerse más triste, guardó las fotos y la carta, y se levantó.

La última foto, la de las hojas secas, lo había hecho recordar al barrendero del parque Forestal, porque el árbol era un plátano oriental y las hojas las mismas que cubrían los suelos del parque en otoño. Y del barrendero pasó a Elvis, y se acordó de cuando éste le contó que había asistido a una clase de catecismo en la iglesia de San Francisco, pero que no había vuelto a ir porque se aburría y porque ahí trabajaba el Ojo de Laucha, que le caía mal. En ese momento Simón, aunque le había causado gracia el nombre, no había querido preguntar quién era el Ojo de Laucha, porque Elvis se hacía el interesante cuando uno lo interrogaba, simulando no haber escuchado para que le repitieran la pregunta. ¿No estaría refiriéndose en esa oportunidad al sacristán, que tenía los ojos juntos y más chicos que una laucha?

Sin siquiera pasar por el baño, se vistió en un dos por tres, salió de su pieza corriendo, y gritó al pasar junto al abuelo, que dormitaba en su sillón:

—¡Voy al parque! Dile a Pepa que vuelvo luego.

Y sin dar tiempo a ninguna respuesta, abrió la puerta y salió.

Era pleno mes de febrero y desde temprano en la mañana se sentía el calor. El barrendero, como todos los días, ya había comenzado su tarea de limpiar el parque recogiendo latas, pañales desechables, cáscaras de naranja, puchos, envases de cartón, papeles y botellas que la gente insistía en abandonar sobre los suelos, pese a los numerosos recipientes para la basura que había por todas partes. El día lunes era el peor, porque el lugar amanecía convertido en un cementerio de mugre. Los domingos, familias enteras venían durante el día a hacer picnic bajo los árboles y por las noches se reunían los jóvenes a tocar música, lo que era muy loable, salvo por la increíble suciedad que dejaban atrás. "¡Qué gente más inculta!", reclamaba doña Pepa, pero Simón le decía que por lo menos eso servía para dar trabajo a don Benito, porque éste le había contado que a un compadre que trabajaba en un parque "modelo" en La Reina, lo habían echado porque ya no había basura que limpiar. "No creas todo lo que te dice esa gente", le respondía la abuela, preocupada por las amistades que hacía su nieto durante sus vagabundeos por el parque.

—¡Hola, don Benito! ¿Y Elvis?

—Por ahí anda ese chiquillo, puro leseando. Simón encontró a su amigo debajo de un árbol,

buscando restos de puchos y guardándolos en el bolsillo.

—¡Hola, Elvis!

Elvis se tomó su tiempo para contestar.

—Oye, Elvis; necesito información. ¿Quién es el Ojo de Laucha?

—¿Y por qué te interesa?

—Porque necesito saber...

—Me tienes que decir para qué. Yo no doy información así nomás.

—¿Es el sacristán de los franciscanos o no?

Elvis recogió otro pucho, lo examinó con cara de concentrado, y se lo metió al bolsillo. Entonces respondió:

—Sí. Debe haber hecho pacto con el diablo para que le dieran ese trabajo.

—¿Por qué?

—Porque es más chueco que una culebra.

—¿Y de dónde lo conoces tanto?

—Es de mi población. Se vino a trabajar acá, junto con mi papá, pero después se pelearon y el Ojo de Laucha a veces limpiaba vidrios y hacía el aseo donde Caroca, el flaco pesado que vende cosas viejas en la calle Monjitas. Después lo contrató una señora para que le encerrara, y parece que le robó y desapareció un tiempo del barrio. Hasta que me lo encontré allá en la iglesia.

—Ayer me dejó encerrado en el museo.

—¿¿Quéee?!

—Me dejó encerrado con llave y apagó las luces.

Palmas 79

—¿Y por qué hizo eso?

—La verdad es que creo que no se dio cuenta. Pero también pienso que no hizo nada por asegurarse de que no había nadie adentro.

—¿Y qué hacías tú en el museo?

Esta vez fue Simón el que se tomó su tiempo para responder. Había pensado contarle a su amigo Andrés la historia del carro y los diamantes, porque necesitaba compartirla con alguien, pero Andrés se había ido de vacaciones al sur con su familia y no regresaba hasta marzo. Elvis sabía muchas cosas de la gente y de la calle y era bien inteligente. Quizás con él podría...

—Elvis: te voy a contar un secreto. Pero es para los dos nomás.

Los ojos negros del Elvis se encendieron.

—Soy una tumba, amigo.

Los dos muchachos se sentaron en el suelo y apoyaron sus espaldas contra el tronco del árbol. Y mientras Elvis chupaba la colilla de un cigarrillo apagado, Simón comenzó a hablar.

Al otro día, en cuanto abrieron el Museo Colonial, los dos amigos fueron los primeros en entrar. Se dirigieron directo al cuadro de San Francisco y los pájaros, y Elvis se quedó en muda contemplación durante largo rato.

—El pescado me tinca, compadre— dijo, de pronto.

—¿Has visto alguno parecido?

—Por ahí en algunas tiendas de cosas viejas.

En la de Caroca, por ejemplo, aunque no igual a ese.

—Es que han pasado muchos años, Elvis — dijo Simón, con desaliento.

—¿Como cuántos?

—Como trescientos, creo.

—¿Como trescientos? ¡Entonces estás loco si crees que vamos a encontrar algo!

—¿Y cómo mi mamá encontró el carro?

—Como decía mi tatita Eudósio: "Una vez nomás se encuentra en el suelo una billetera cargada". Por lo demás, tu carro parece que no estaba cargado.

Simón se rió con el comentario y convidó a su amigo a mirar los otros cuadros. Se detuvieron frente a uno que mostraba a San Francisco tendido en un rústico catre de madera, cubierto por una frazada, muy pálido y serio. Lo rodeaban tres frailes y a los pies de la cama estaba echado un corderito. En medio del cuarto, un joven de cabellos largos vestido con un complicadísimo traje bordado con oro y lleno de encajes, tañía un instrumento parecido a una guitarra. De sus espaldas, cubiertas con un manto rojo, salían dos alas tan grandes como las de un pelícano. Representaba un ángel.

—Yo creo que los diamantes venían escondidos en una guitarra como esa— dijo Elvis.

—Eran objetos pequeños, creo yo. Y esa no es una guitarra.

—¿Ah, no? ¿Y qué es?

—El profesor, cuando vinimos, nos explicó este cuadro. Esa es una vihuela. Es como una guitarra chica que usaban en ese tiempo.

—¿En el tiempo del santo?

—El santo vivió mucho tiempo antes, en el siglo XIII, cuando no había vihuelas, sino que unos instrumentos que se llamaban cítaras. Pero los artistas que hicieron estos cuadros pintaron los objetos que ellos conocían y vistieron a la gente con la ropa que se usaba en ese momento, que era el siglo XVII.

—¡Ah!— volvió a decir Elvis, y con un bostezo hizo notar que no le importaba mucho la explicación de los siglos y que a fin de cuentas le daba lo mismo si lo que tocaba el ángel era una guitarra, una cítara o una vihuela. Pero de pronto le brillaron los ojos—: mira; ¡podrían estar en una palmatoria, como esa que está ahí en la repisa, sobre los rosarios colgados en la pared! En mi casa había una parecida, que cuando se rompió vimos que era hueca.

—Mmmm —asintió Simón.

—¿Y sabes por qué el santo está en cama?

—Porque estaba muy enfermo. Y entonces le pidió a uno de los frailes que sabía tocar la vihuela...

—La cítara sería— precisó Elvis, que aunque no le interesaba el tema tenía muy buena memoria.

—Le dijo al fraile que consiguiera una cítara y le tocara música para olvidar sus terribles dolores. Pero el fraile le respondió que no podía porque los otros frailes iban a decir que él se preocupaba de

tocar música y no de rezar. "Ah, bueno", respondió San Francisco, "no vayas a perder tu buena fama".

—Bien poco solidario, el compadre, para ser fraile.

—Sí. Y escucha lo que pasó esa noche: mientras Francisco rezaba, comenzó a oír una maravillosa melodía que duró hasta la mañana siguiente. Cuando el fraile entró a la pieza, preguntándole cómo había pasado la noche, el santo le dijo: "El Señor que consuela a los afligidos no me abandonó. Aunque no pude escuchar la cítara tocada por un hombre, Dios me concedió escucharla tocada por un ángel".

Simón notó que su amigo empezaba a bostezar de nuevo.

—Ya, Elvis: ¡vámonos!

—¿Y entonces?

—¿Y entonces qué?

—¡Los diamantes, pues! Hay que seguir estudiando el asunto. ¿Te imaginas si los encontramos y nos hacemos millonarios? Elvis, entusiasmado, levantó la voz.

—¡Cállate, Elvis, que alguien nos puede oír! Además, si los encontramos, no son nuestros.

—¿Cómo que no? ¡Yo, si los encuentro...!

—Elvis: esos diamantes son de los franciscanos, se los regalaron a ellos —dijo Simón, no muy convencido, acordándose de todas las cosas que le gustaría hacer si tuviera dinero.

—¿Y para qué quieren ellos más plata? ¿No ves

que viven en esta media casa y son ricos?

—Ayudan a los enfermos— dijo Simón, y acordándose de que el domingo anterior el sacerdote en misa había pedido colaboración para un hogar de ancianos, agregó— y a los viejos pobres.

Elvis se encogió de hombros, no muy convencido.

Cuando salieron a la calle, divisaron a Hilario que, varios metros más adelante, caminaba presuroso.

—Oye, ¿dónde irá ese?

—¡Sigámoslo!— contestó Elvis.

Capítulo VII

EL ANTICUARIO

SEGUÍAN A Hilario por la calle Santa Lucía igual que dos espías que no quieren ser descubiertos, escondiéndose en los portales o detrás de otros transeúntes cada vez que el sacristán miraba hacia atrás, como si también fuera un espía, pero uno al que perseguían. Este caminaba bien rápido, extendiendo los codos hacia afuera y moviendo mucho los brazos, por lo que no era difícil mantenerlo a la vista. Al llegar a la esquina de la calle Monjitas, dobló rápidamente a la izquierda y cuando Simón y Elvis llegaron a la misma, Hilario había desaparecido.

—Ya sé dónde se metió —dijo Elvis apurando el paso.

—¿Dónde? —se admiró Simón.

—¡Donde Caroca!

Los amigos avanzaron media cuadra y llegaron frente a una tienda chica y oscura. En la vitrina, sobre una tela morada y desteñida y entre un desorden de cosas viejas y polvorientas había una antigua máquina de escribir Underwood; un teléfono con auricular en forma de corneta que se usaba en el tiempo de los tatarabuelos y que Simón alguna vez había visto en una foto amarillenta que doña Pepa conservaba en un álbum familiar; y un ajedrez incompleto de madera y hueso. Sobre el vidrio estaba pintada con letras góticas la palabra Anticuario.

—¿Entramos? —preguntó Elvis, y sin esperar respuesta empujó la puerta que al abrirse hizo sonar una campanilla.

A Simón le costó unos segundos acostumbrarse a la oscuridad del lugar. Tras un mostrador de madera estaba un hombre flaco y pelado, vestido con terno y una corbata de humita. Tenía las mejillas hundidas y una tez vercosa. Conversaba en voz baja con una mujer de sombrero negro que les daba la espalda. El hombre, tenía las dos manos empuñadas sobre el mesón y Simón se fijó que eran huesudas y venosas, y que tenía un anillo de oro con una piedra fucsia en el dedo cordial derecho. El sacristán no se veía en ninguna parte, aunque Simón vio que detrás del anticuario había una cortina semi tapada por una puerta.

—¿Qué andas haciendo por aquí, Elvis? ¡Estoy atendiendo a la señora! —dijo el hombre con

—Lo encontré botado.

—¡Elvis! No...

—¡Lo encontré botado, te dije: no soy un ladrón! —se le encendieron los ojos y apretó los labios, respirando fuerte—. Si vas a pensar esas cosas de mí, hasta aquí nomás llegamos, pijecito-. Y dando media vuelta, partió corriendo.

—¡Elvis, espérame, Elvis..!

Simón salió disparado detrás, pero Elvis era mucho más rápido y atravesaba las calles culebreando entre los autos y las micros y deslizándose entre los transeúntes como si fuera una lagartija. Finalmente Simón, con un dolor agudo en el costado tanto correr, desistió de su persecución. Por lo demás, hacía rato que Elvis se le había perdido de vista.

Deshizo el camino andado con un peso en el corazón. En el paseo Ahumada se sentó en un banco a descansar, entre un anciano que leía el diario y una mujer que se comía un helado de barquillo, sacando y entrando una larguísima lengua con tal rapidez que Simón se acordó de una serpiente cobra que vio en un programa de animales en la televisión. No quería llegar todavía a su casa porque no estaba de ánimo para conversar con nadie y se quedó ahí largo rato mirando pasar a la gente sin verla, sumido en sus pensamientos.

Llegada la noche, no se podía dormir. Sentía que había herido a Elvis en lo más profundo y no sabía cómo remediarlo. Tenía que encontrarlo para

decirle que no había sospechado de él, aunque la verdad era que sí había sospechado. ¡Pobre Elvis! Nunca antes Simón había realizado lo fácil que era su vida: un buen colegio, un computador, una abuela que se preocupaba de cocinar las comidas que más le gustaban. ¡Elvis le había dicho que su mamá no tenía ni para echarle un hueso a la sopa y eso era lo que más lo había impresionado! No volvería a quejarse otra vez por no tener una mejor raqueta de tenis o el último modelo de personal stereo. Y Elvis era inteligente, más inteligente que muchos de su curso, mucho más que el guatón Moraga y el flaco Gandarillas juntos. ¡Y nunca podría ir a la universidad! Le molestaba cuando su abuela ponía cara de limón al enterarse, por culpa del copuchento de don Pelayo, que él andaba con Elvis. Quería mucho a su abuela y la encontraba súper buena, pero había cosas de ella que no entendía. ¿Por qué podía invitar a almorzar a Andrés, pero no a Elvis? Pepa decía que se iba a sentir incómodo, porque no sabría cómo comportarse en la mesa, pero Simón no estaba seguro de que esa fuera la verdadera razón. ¡Elvis era su amigo, casi su mejor amigo después de Andrés! Por eso ahora sentía ese peso en el pecho imaginándose cómo estaría de enojado y triste por su culpa.

Cuando se quedó dormido eran ya las dos de la mañana. Esa noche soñó con un carro tirado por cuatro peces enormes, con ojos protuberantes y vidriosos, que era conducido por un hombre igual a

Caroca, pero vestido con una túnica roja y un turbante blanco en la cabeza, como los africanos del cuadro de San Francisco. Más atrás, y de pie al centro del carro iba Elvis. Volaban sobre el mar y de pronto descendieron hasta posarse sobre las olas. Entonces los peces desaparecieron bajo las aguas arrastrando el carro que comenzó a hundirse. Caroca lanzó una carcajada siniestra y se sacó el sombrero que comenzó a inflarse hasta quedar transformado en un globo gigantesco que se elevó muy alto, llevándose a Caroca que se agarraba a él con sus manos venosas, que eran ahora las garras de un pájaro. Abajo, sobre el carro, Elvis, con el agua hasta la cintura, gritaba que no se quería morir; y Simón, que estaba mirando desde la playa sentado en una roca, trataba de gritar: "San Francisco, ayúdalo", pero ningún sonido salía de su boca.

Se despertó con unos sollozos ahogados y el pijama empapado en sudor. Y se prometió que no pasaría un día más sin que encontrara a su amigo para pedirle disculpas.

Pérez 79

EL ROBO DE LA PATENA DE ORO

YA A las ocho de la mañana, Simón estaba tomando desayuno con sus abuelos, que como eran viejos y dormían menos, se levantaban siempre temprano.

—¿Y este milagro? —se extrañó doña Pepa.

—Tengo que ir a buscar a Elvis para decirle algo muy importante.

—¡Ay, hijo! Tus amistades del parque no me gustan nada. Por suerte pronto entrarás a clases y tendrás menos tiempo para andar vagabundeando.

—Si sé que no te gustan, Pepa, no necesitas repetírmelo. Pero Elvis es mi amigo y no hacemos nada malo.

—¡Déjalo vivir, mujer! —intervino Juan—
Cuando yo era chico, mi mejor amigo en el campo
era hijo de un inquilino.

—El campo era otra cosa, Juan. Aquí en la
ciudad...

—¡Te pasas películas, Pepa! —dijo Simón,
enfurrñado, poniéndose de pie.

—Dale un beso a tu abuela, Simón, y no te
enojes. Lo hago porque te quiero, ya sabes...—Y
mientras ofrecía su mejilla al nieto, se acordó—:
¡mi memoria está cada día peor! Se me olvidaba
decirte que ayer te llamé el padre Gerónimo. Quería
saber si podías pasar esta mañana por el convento.

—¿Será para devolverme el carro?

—No sé, no me dijo nada. Sólo que fueras
temprano, como a las diez, porque a las doce tiene
que celebrar misa.

—Bueno, me voy.

—¡Ah, otra cosa! —recordó doña Pepa—
¿Podrías pasar por la farmacia y comprar unas
aspirinas para Juan? Esta mañana amaneció con
dolor de garganta.

—¡Qué exagerada eres! ¡No se te puede decir
nada! Sólo tengo carraspera y las aspirinas no...

Simón cogió el dinero que le pasó su abuela,
y mientras seguían discutiendo, salió del lugar.

Luego de pasar por la farmacia, Simón se
dirigió al parque. En cuanto divisó a don Benito,
corrió hacia él.

—¡Hola, don Benito! ¿Y su hijo?

—Está enfermo.

—¿Enfermo? ¿Qué tiene?

—No sé qué tendrá ese chiquillo, pero no
quiso venir conmigo: dijo que le dolía la cabeza. Y
tenía los ojos bien colorados, así es que debe ser
cierto.

—Don Benito: ¿usted me podría dar su
dirección?

—¿Mi dirección?— el hombre se lo quedó
mirando, como si no entendiera.

—Su dirección: donde ustedes viven.

—¿Y para qué quieres saber eso?

—Para ir a ver a Elvis, pues. ¿No dice que
está enfermo?

—Vivimos en La Pintana, muy lejos de aquí.
Tú no te puedes ir a meter allá, es muy peligroso.

—O sea, que no me la quiere dar.

—No es eso. Es mejor que te encuentres con
él aquí mañana.

—¿Y si no viene?

—Entiende, chiquillo: nuestra casa está en el
barrio bravo. Tu no puedes llegar si no eres del lugar.
Hay muchas pandillas, mucha droga. Espera a que
él venga por acá.

—Bueno. Dígame que necesito decirle algo.

Si no viene mañana, pensó Simón, voy a ir a
buscarlo nomás. Y dejando a don Benito se
encaminó lentamente hacia el convento de San
Francisco.

Mientras esperaba que el padre Gerónimo

saliera de una reunión, Simón se fue a dar una vuelta al Museo. A esa hora no había visitantes y se dedicó por cuarta vez a recorrer, ahora a sus anchas, la exposición de pinturas. Se detuvo frente al cuadro de San Francisco y los pájaros, examinando con especial atención el pez rojizo que estaba en manos del hombre con el turbante blanco. También volvió a contemplar al santo enfermo, para lo cual se sentó largo rato en el suelo, con las piernas cruzadas. Se preguntó qué serían esos cuerdas o cinturones que colgaban junto al rosario de madera, en la pared al lado de la cama. Y a la izquierda, arriba, le dio un poco de risa ver a cuatro angelotes gordos, sentados en una nube. Entonces miró la hora en su reloj y se dio cuenta de que habían pasado largamente los quince minutos acordados. Volvió rápidamente al lugar de trabajo del sacerdote, que lo estaba esperando. Era una habitación amplia, pintada de blanco, con dos paredes cubiertas de arriba abajo por estantes con libros. En una esquina del cuarto había una mesa sobre la que se apilaba una gran cantidad de papeles, junto a una Biblia y a un crucifijo de metal del que colgaba un rosario de cuentas negras.

—Aquí está tu carro, Simón. Se lo mostré a un historiador, especialista en la Colonia, que conocía muy bien la semi leyenda de doña Engracia. Mira: tiene una pequeña hendidura aquí— señaló con el dedo sobre la cubierta del carro— donde estuvo alguna vez la figura del santo. Y también

descubrió un doble fondo, que se abre apretando esta pieza así —la cubierta se dividió en dos y dejó ver un hueco de unos cinco centímetros de ancho por diez de largo— donde es posible que estuvieran los diamantes.

—¿Y cómo yo nunca me di cuenta de ese doble fondo?—se extrañó Simón.

—Porque no era fácil descubrirlo: hay que hacer presión justo en ese punto —mostró el sacerdote—; además nunca se te ocurrió que podía existir. También lo examinó un experto en muebles antiguos, que confirmó la fecha de fabricación. Una vez recuperados los diamantes, este carrito de madera debe haber quedado abandonado por ahí y de alguna manera llegó a manos de fray Modesto tres siglos después; no se lo podemos preguntar ya que murió hace muchos años. Seguramente nada sabía de su historia y se lo regaló a tu madre, que le debe haber hablado de ti, para que te lo diera como un juguete. Y tu mamá, que era arqueóloga, se dio cuenta de que era un objeto muy antiguo, por eso te dijo que "era un tesoro". ¡Lo increíble es que esté tan bien conservado!

—¿Le gustaría que se lo dejara para el Museo?, se sintió obligado a decir Simón, muerto de susto de que el franciscano aceptara su ofrecimiento.

—No, hijo. Eres muy generoso y amable. Guárdalo como el regalo de tu madre que es. La verdad es que toda esta historia es casi una leyenda. Lo que se sabe es que en algún momento llegó una

donación del Perú, en forma de diamantes. Pero no se sabe exactamente cuántos diamantes eran, cuántos desaparecieron y si en verdad todos ellos llegaron con Rosa Banderas. Quizás doña Engracia no quiso poner "todos los huevos en el mismo canasto", como dice el dicho.

—¿Y mi carro, entonces?

—Ese carro parece ser realmente parte de la historia.

Dos golpes en la puerta interrumpieron la conversación; y luego de un sonoro "adelante" del franciscano apareció el sacristán, que miró de reojo a Simón y se quedó de pie frente a ellos con la cabeza gacha.

—Aún no he conversado del tema, Hilario. Ya te lo haré saber.

El hombre asintió y se retiró del lugar.

Cuando quedaron otra vez solos, el sacerdote cruzó las manos sobre su redonda barriga y respiró hondo antes de hablar:

—Te llamé, Simón, porque quería devolverte el carro, pero también por otro asunto. Ayer viniste al Museo con un amigo...

—Sí, con Elvis.

—Me dijo Hilario que ese niño era hijo de un trabajador del parque.

—Sí, de don Benito.

—Bueno, resulta que robaron del Museo una patena de oro muy antigua, con una filigrana en forma de cruz que había sido usada en la Primera

Comunión de un famoso obispo de Lima.

—No sé lo que es una patena y eso de *filinosécuanto* tampoco —dijo Simón, poniéndose nervioso, porque ya se estaba imaginando por dónde iba la cosa.

—La patena —explicó el sacerdote—, es el platillo sobre el que se pone la hostia durante la misa; y la filigrana es un trabajo de orfebrería muy fino en que el oro o la plata forman un encaje. Pero lo que yo quiero saber...—el padre Gerónimo dejó inconclusa la frase y se movió en su silla, incómodo. Es un asunto serio, pues las cosas del museo forman parte del patrimonio cultural del país. Y he querido hablar contigo, pues según Hilario ese niño que te acompañaba es conocido como...

—¡No, padre! ¡El no fue! Además sólo miramos los cuadros, no entramos a las otras salas del museo. ¡Elvis no es un ladrón! —saltó Simón, con el corazón agitado y sintiendo una rabia tremenda contra Hilario.

—Me gusta que defiendas a tu amigo, hijo, pero no se puede defender una mala acción.

—¡Pero, padre..! ¡Si le digo que Elvis no fue! Estuvimos todo el tiempo juntos, y no nos acercamos a ninguna patena. ¡Yo sé que no fue él!—reafirmó Simón con energía- El sacristán...

—Hilario no es muy brillante, pero es un buen hombre y trabaja para nosotros hace más de un año. Conoce a toda la gente del barrio y no tendría por qué mentirme. Le consta que ese niño es un lanza,

que vive cometiendo pequeños robos. Dice que lo han detenido varias veces.

Simón se quedó en silencio. Ya no sabía qué pensar. Elvis le había dicho que Hilario era un chueco y un ladrón. Y aunque el sacristán no lo había encerrado intencionalmente en el Museo, igual era un estúpido por no haberse fijado; y de sólo ver esos ojillos juntos, que nunca miraban de frente, sentía fastidio contra él. Por otro lado estaba el episodio de Elvis y el reloj. ¿A quién creerle? Su corazón estaba por su amigo, aunque las dudas nuevamente lo atenazaban.

El padre Gerónimo, adivinando lo que sentía, le dijo:

—Me gustaría conversar con ese niño. No lo voy a acusar de nada, te lo prometo: sólo quiero hablar con él. ¿Podrías convencerlo de que viniera?

—No sé, ahora está enfermo. Pero igual, no creo que quiera venir. Además estamos peleados.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Simón se odió por haberlo dicho.

—Por una tontería; ¡no me acuerdo!

—¿Tu abuela sabe con qué amigos andas?

Fue tal la rabia que le dio a Simón al escuchar esa pregunta, que se puso rojo como una sandía madura y tuvo que hacer esfuerzos para contener las lágrimas.

No respondió.

El sacerdote permaneció también en silencio y durante un largo rato sólo se escuchó el zumbido

de un moscardón que chocaba contra el cristal de la única ventana.

—En unos días más se reúne el directorio del Museo Colonial— habló finalmente el franciscano, al mismo tiempo que se ponía de pie— y si para entonces no aparece la patena, habrá que investigar en serio, porque éste no es el primer robo que ocurre este año. Quizás detengan a tu amigo para interrogarlo—.

Se acercó a Simón, que seguía sin decir palabra, y le puso su anchas manos sobre los hombros—. ¡Ánimo, Simón! No hay que temer a la verdad, porque ella nos hace libres. Ya verás como todo sale bien. Tal vez tu amigo no tiene nada que ver en esto, pero tenemos que estar seguros—. Y antes de despedirse, le pasó un pequeño libro—. Es sobre la vida de San Francisco: un regalo para ti.

Capítulo IX

MIULINA

SIMÓN, ANTES de irse, decidió visitar una vez más el Museo. Pero había quedado tan turbado con lo que le había dicho el padre Gerónimo acerca de Elvis, que por primera vez miraba sin mirar un cuadro de San Francisco, el pensamiento puesto en su amigo del parque.

De pronto, una voz lo sobresaltó:

—¡Sapristi! ¡Qué sorpresa!

Era Miulina. Muy blanca y pálida, sus cabellos rojizos brillaban bajo la luz artificial del lugar y estaba, como siempre, vestida con un traje lleno de velos. En sus labios finos jugaba una sonrisa. Trafa con ella un colorido canasto lleno de frascos de pintura y pinceles y un banquito de madera que colocó en el suelo frente a un cuadro. Hurgó entre los frascos y exclamó: "¡Aquí estabas,

Palacio 79



tunante!". Entonces cogió algo entre sus dedos y se llevó la mano al cuello. Un pequeño escarabajo rojiverde, con lunares negros, comenzó a caminar subiendo por su oreja y perdiéndose entre los frondosos cabellos rojos.

Simón la miraba alucinado.

—Se llama Boris: me acompaña a todas partes —explicó Miulina, como si nada—. Y ahora, ¡a trabajar! —agregó al tiempo que se sentaba en el piso y cogía los pinceles.

—¿Tu trabajas aquí?

—Pues sí: soy restauradora.

—¿Y qué hace una restauradora?—. La preocupación de Simón por Elvis había quedado instantáneamente olvidada ante la estrambótica presencia de la mujer.

—Repara las pinturas que están dañadas. Acércate. ¿Ves sobre la sotana de este fraile esos puntitos? En ese lugar estaba la pintura deteriorada, pues entre otras cosas, se había roto la tela. ¡Eso es trabajo mío! —c incluyó, orgullosa.

—¿Y por qué la arreglaste con esos puntitos? ¿Cuando uno se acerca, se nota!

—Exactamente para eso, chico. En la restauración no se trata de pintar encima, sino de conservar el trabajo del artista que lo hizo. Por eso pintamos con una técnica que se llama puntillismo y que de lejos no se nota, pero que de cerca permite ver lo que fue restaurado.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—El padre Gerónimo me ha llamado, porque alguien dañó aquí la tela—. Y mostró una minúscula raspadura blanca sobre la palmatoria, en el cuadro de San Francisco enfermo que tenía al frente.

—Ese es un buen escondite para los diamantes, Elvis tiene buen ojo —murmuró Simón entre dientes, mientras dejaba el carro con los caballos y el libro de San Francisco sobre el piso, y se acercaba más a la pintura.

—¿Qué oí? ¿Diamantes? ¡Sapristófeles! ¿Dónde hay diamantes?

Simón, concentrada toda su atención en el cuadro, no respondió. Estaba tomando nota de todos los objetos que allí aparecían, susceptibles de ser portadores de joyas: la palmatoria, los broches en el vestido del ángel, una cuerda con varias cuentas que colgaba de la pared y que tenía en un extremo la cabeza de una calavera, un rosario de madera...

—Chico: ¡despierta! ¿En qué estás pensando? ¿En los diamantes?

—¿Cómo sabías?— saltó Simón.

—¡Yo no sé nada, carambambas! Tú los mencionaste.

Miulina dejó las pinturas junto a la pared, cruzó las piernas, que eran muy flacas, y comenzó a balancear un pie. Simón nunca había visto un zapato con una hebilla más grande y una punta más larga. Luego la mujer echó hacia atrás la cabeza y sacudió su melena roja como si quisiera desprenderse de ella; después se quedó muy quieta

y en silencio, esperando una respuesta.

Simón dudó sólo un instante: confiado como era, atraído por la personalidad de la mujer y llevado por su entusiasmo, le contó rápidamente hasta los últimos detalles de la legendaria historia de los diamantes. Cuando acabó su relato, Miulina dejó de balancear su pierna y dijo:

—Habría que estar en el Cuzco, con doña Engracia, para saber lo que realmente pasó.

—Sí, claro, pero como eso es imposible...

—¿Imposible? Nada es imposible, chico, y menos para ti que eres un chaval despierto. Te he tomado mucho cariño, ¿sabes?— Y poniéndose de pie, acercó a ella las pinturas, cogió un pincel y se lo quedó mirando fijo.

Simón pensó que tenía ojos de lechuza y se preguntó si su abuela no tendría razón al decir que era loca.

—¿Cuál te gusta más?— preguntó de pronto Miulina, señalando las telas con un amplio ademán.

—La del carro de fuego.

Miulina le guiñó un ojo verde —en ese momento Simón descubrió que el otro era azul—, cogió su banquito de madera y sus pinturas y se acercó al cuadro señalado. Luego le dijo a Simón que permaneciera frente a ella, sin moverse.

Entonces empezó a pintar una pequeña manchita negra en una esquina de la tela.

—¡Los pieeces!—entonó con voz de contralto y ritmo de marcha.

Trazó una raya oscura y otra más débil.

—¡El calzanadooo!

Otra línea y aparecieron dos zapatillas de gimnasia iguales a las que usaba Simón.

En un estruendoso “¡las calceetaaas!” brillaron dos calcetines arrugados y en un suave y dulce “¡pantalóoooo!” los jeans gastados en el borde.

Simón la miraba boquiabierto, sorprendido, admirado y también asustado por la soltura con que se había lanzado a pintar sobre la tela de esos cuadros tan valiosos, la facilidad con que dibujaba y lo exactamente iguales que eran esos pies a los suyos: ¡maravillosamente iguales! Para comparar, miró sus pies.

Y entonces lanzó un alarido.

¡Los pies de Simón, sus verdaderos pies, habían desaparecido!

Trató de caminar, pero no podía.

—¡Miulina! —gritó, agitando las manos—
¡¿Qué hiciste?!

Pero ella, concentrada en su tarea, no le hacía caso y seguía pintando, ahora frenética, a una velocidad increíble: las piernas, el torso, el cuello, las manos, los brazos; y cuando sólo quedaba en el aire flotando la cabeza de Simón, detuvo su mano y exclamó:

—¡Recórcholis! ¡Casi se me olvida decirte lo más importante! Cuando desees volver tendrás que hacerlo por este mismo lugar: aquí, jalando el

cordón del fraile que se arrastra por el suelo —
mostró. ¡No dejes de recordarlo, pues no tienes otra
manera de regresar!

Y en siete pinceladas, Miulina dibujó el rostro
de Simón que ahora estaba con los ojos desorbitados
y la boca muy abierta.

—¡Trumbalarilai-lai-lai! ¡Buena suerte,
Simón, que el Santo te acompañe! —fue lo último
que alcanzó a escuchar el muchacho antes de
desaparecer por completo del Museo de San
Francisco en Santiago de Chile.

Paloma 79



Capítulo X

EN EL CUZCO

SIMÓN EN medio del pánico que sentía, hizo un enorme esfuerzo para arrancar de la tela donde había quedado atrapado. Respiró hondo, dobló las rodillas, tomó impulso y se elevó por el aire hasta caer con gran estruendo sobre un mesón de madera lleno de frascos de pintura. Los frascos se dieron vuelta y los espesos líquidos rojos, verdes, negros, amarillos se esparcieron sobre las tablas y siguieron su lento camino hacia el suelo.

—¡¡¡Imbécil!!!

El grito aumentó su alarma.

Un hombre de baja estatura y tez oscura, tocado de un gorro de terciopelo rojo bajo el cual

asomaban unos cabellos negros y tiesos como tusa recién cortada, lo amenazaba blandiendo una espátula

Simón, aterrorizado, miró a su alrededor.

Estaba en una amplia sala rectangular de muros muy altos, de los cuales colgaban un sinnúmero de bastidores con telas y decenas de cuadros provistos de anchos marcos dorados. Bocetos a carboncillo trazados sobre papeles amarillentos se apilaban sin orden alguno sobre atriles y bancos. Pinceles, brochas, frascos con barnices y óleo de todos los colores se alineaban sobre grandes mesones de madera que se sucedían a lo largo de la sala. Dos hombres, que de pie frente a un bastidor sostenían pinceles en sus manos, se habían vuelto a contemplar el desastre. Un muchacho de su edad, vestido con una túnica ceñida a la cintura por una banda de género ancha y unos pantalones tan ajustados que parecían medias, depositó un pesado balde en el suelo y lo miró con sonrisa burlona. Y dos mujeres, una rubia y la otra morena, se acercaron a él presurosas y con un leve crujir de faldas. La rubia llevaba un vestido largo hasta los tobillos, hecho con una tela roja y brillante, bordada con hilos dorados. Era muy ajustado en la cintura y luego tan amplio y abultado hacia abajo, que parecía una enorme campana. Sus brazos estaban cubiertos con unas mangas englobadas tan pero tan anchas, que Simón, pese a lo confundido que estaba, no dejó de preguntarse cómo lo haría

para comer sin meterlas en el plato. Nunca había visto nada igual, ni siquiera en la fiesta de disfraces que había dado su tío Blas para el Año Nuevo y a la que había asistido con sus primos. Le pareció que incluso era más repolludo y abultado que los enormes trajes que vestían algunas mujeres en los cuadros de San Francisco. Ella usaba además un sinfín de joyas: aros, collares, pulseras y varios anillos en cada mano. Su abuela habría dicho que parecía árbol de pascua. Llevaba, colgado a su muñeca, un abanico con muchas perlas que manejaba con gran expedición: lo abría de un golpe, con ruido de naipes barajándose, se abanicaba unos segundos y lo cerraba con un giro de la muñeca y una voltereta en el aire. La otra mujer usaba un vestido también largo, pero de color café y sin adornos ni tanta anchura. Ambas llevaban una mantilla sujeta por una peineta al pelo, que caía hasta la cintura. El de la primera era de una tela azul y fina, que parecía flotar en el aire; el de la otra era de un género más grueso y caía pesada a sus espaldas.

—¡Sacad de aquí a este niño maldito y dadle cien azotes! —volvió a gritar el de las mechetas— ¿Quién, por las barbas del rey Felipe, lo ha dejado entrar? ¡Mirad mis pinturas volcadas! ¿Es este lugar una feria, acaso? ¡Vamos, Julián, afuera con él! ¡Y tú, Manolo, limpia aquí, rápido! —ordenó primero a uno de barba y luego al muchacho de la risa burlona.

Al escuchar la palabra "azotes", Simón había levantado la vista buscando una salida. La puerta estaba en el otro extremo de la enorme sala y no alcanzó a dar un paso antes de que el hombre de barba lo agarrara por los hombros con manos de tenaza.

—¡Vamos, gazzápiro: andadío! —le gritó en la oreja y le dio un empujón y una patada, tan fuertes, que Simón rodó por el suelo.

—¡Por Dios, maestro Zapaca, tened compasión de este muchacho! ¡Decid a Julián que no sea tan rudo! ¿No veis que aún es un niño?— intervino la mujer rubia, dirigiéndose al hombre que había dado orden de azotar a Simón.

—Yo creo que es un hechizado, por eso es mejor no tocarlo —intervino la otra mujer—: ¿no ve usted, Juan Zapaca, que apareció del aire? ¡Y mirad su atuendo: esos harapos no son de este mundo! —concluyó señalando las zapatillas y los jeans de Simón.

—¡Rosa: no comencéis con vuestras tonterías! Sois más supersticiosa que el médico del Virrey. Estábamos las dos embobadas contemplando trabajar al maestro Zapaca, cuando este niño tropezó con la mesa.

—No tropezó, señora: cayó de arriba, os lo juro.

—Sólo por ser vos quien me lo pide, doña Engracia —intervino el pintor, sin atender a la mujer morena—, me olvidaré de los azotes. Pero no se irá

este bandido sin antes pagarme el desaguisado—. Y dirigiéndose a Simón, que aún continuaba en el suelo, hecho un ovillo, exclamó—: ¡levántate, perejil insolente! Trabajarás todo el día para mí y no te moverás de aquí hasta que yo te lo ordene. ¡Y que no diga doña Engracia, que el corazón de Zapaca Inga no es tan generoso como hábil y diestra es su mano!

Simón estaba tan alelado, además de dolorido, que no era capaz de reaccionar. ¡No podía creer lo que estaba escuchando! Esa mujer rubia era doña Engracia, la de los diamantes, y la otra tenía que ser Rosa Banderas, la sirvienta que se los llevó a Chile. Y ese tal Zapaca Inga... ¡era uno de los artistas que pintó los cuadros de San Francisco!

—¡De pie, te digo! —volvió a interpelarlo el pintor—. Y mejor ni me cuentes cómo es que llegaste aquí, rapazuelo, porque no quiero escuchar mentiras. Coge el balde y el trapero y comienza a limpiar lo que ensuciaste, ¡rápido!

Simón se puso de pie con dificultad, porque aún no se reponía de la feroz la patada que le había dado el tal Julián. En tanto Manolo, ya había llegado con un trapero y un balde, y haciendo una reverencia exagerada se los pasó a Simón, como quien ofrece un preciado tesoro. Los ojos algo protuberantes de Manolo brillaban reidores bajo unas pestañas largas y tiesas. En su rostro asomaban los pelos rulos de una incipiente barba.

—Ahora que él hará mi trabajo, ¿me permitiréis pintar, maestro? —preguntó el joven dirigiéndose a Zapaca.

—¡A río revuelto, ganancia de pescadores! —respondió el artista con una semi sonrisa en sus labios gruesos.

—Maestro, ¡por favor! —insistió Manolo.

—¡Abogo por Manolo! —intervino doña Engracia— ¿no lleva acaso ya varios meses trabajando para vos?

—¡Veo que sois abogada de los jóvenes, señora! Y ante el placer de teneros por aquí, no puedo negaros nada. Manolo: coge los pinceles y termina de dar el tono café a este ají- le dijo indicando una tela donde dos mujeres y un hombre estaban sentados a una mesa llena de viandas. De pie, al lado de la mesa, un niño de cabellos largos y dorados extendía un plato de comida y un pan hacia un grupo de hombres pobres y tullidos, cuyos harapos y rostros cetrinos contrastaban con la tez blanquísima y los lujosos atavíos de los comensales.

Simón recordó haber visto esa pintura en el Museo de San Francisco.

—¿Ese niño es el santo? —preguntó Rosa.

—Exactamente —respondió el pintor.

—¿Me permitis haceros un alcance, maestro? —intervino doña Engracia—. Me parece que en la época en que vivió el santo no se conocía el ají que habéis pintado sobre la mesa.

—¡En un buen banquete no puede faltar el ají, señora mía! —respondió el artista, sin inmutarse. Y fijando su atención en las leves pinceladas de café que Manolo trazaba con extremo cuidado, exclamó—: ¡Muy bien! Un poquito más al extremo... y ahora algo de rojo en la punta...

Doña Engracia sonrió, divertida, y caminó hacia Simón, que se afanaba en limpiar las pinturas derramadas. Sin acercarse demasiado, para no ensuciarse, lo examinó durante unos minutos y luego comentó:

—¡Vaya atuendo extraño el de este niño!

—¡No os dije yo, señora? —saltó al instante

Rosa— ¡Si apareció de la nada! ¡Hay brujería en él!

—¡Rosa: os prohíbo hablar de brujerías! Más aún si se trata de un niño.

—¡No sabéis, señora, que hay niños que...

—¡Callad, Rosa! —doña Engracia fue tajante y la mujer cerró la boca, pero siguió mirando a Simón con desconfianza.

Doña Engracia no podía apartar su vista de Simón. Ese niño rubio y de ojos azules parecía un principito europeo disfrazado de mendigo. Evidentemente había algo extraño en él, pero no por las razones que aducía Rosa.

—¡Cómo te llamas?— le preguntó.

—Simón.

—¡Quiénes son tus padres?

—Mis padres murieron.

—¡Y con quién vives?

—Ahora...con nadie —respondió Simón, cauteloso.

—¡Y qué haces aquí?

Simón no sabía qué responder. Evidentemente que no podía decir la verdad, porque iban a creer que mentía o que estaba embrujado, como decía Rosa Banderas. Entonces comenzó a inventar:

—Es que quise conocer estas pinturas porque leí...

—¿Leíste?!

—¡Escuchen: dice que leyó! —exclamó Julián, el barbudo, con una risotada.

—¿Por qué mientes, Simón? ¡No tengas miedo y dime la verdad! —insistió doña Engracia.

—Prometo que sé leer, señora. Lo puedo demostrar.

—¿Dice que sabe leer! ¡Ja! ¡El pequeño infeliz quiere convencernos de que sabe leer! ¡Ja, ja! —gritó a voz en cuello Julián y varios corearon su risa.

—¡Qué es lo que estoy oyendo? ¿Que este mozuelo harapiento sabe leer? —exclamó un hombre, también moreno, corpulento y de baja estatura, que había estado pintando en el otro extremo de la sala. Y acercándose al cuadro que coloreaban Zapaca y Manolo, indicó el texto que aparecía escrito en una esquina y ordenó—: ¡lee aquí!

Todos callaron, mirando a Simón, que no se movía.

—¿No escuchaste acaso lo que te ordenó el Maestro? ¡Anda, aléjate del balde y camina! —ordenó Zapaca Inga—. Y si has mentido, esta vez no te librarás de los azotes.

Las carcajadas de pintores y ayudantes estallaron como oleadas de trueno.

Simón se acercó lentamente al cuadro. Y rogando al cielo entender las palabras allí escritas en castellano antiguo, comenzó a leer:

—“Dejando la mesa coge el plato y el pan de su sustento y le da a los pobres...”

—¡Es un brujo, yo lo decía! —murmuró Rosa.

—¡Está inventando! —gritó Manolo, que a sus

quince años apenas conocía las letras.

—¡Lo sabe de memoria! —gritó Julián.

—Lee más abajo— ordenó Zapaca.

—“Siendo muy niño Francisco...”

De pronto Basilio Santa Cruz, el pintor bajo y corpulento que había ordenado a Simón leer y que estaba examinando de cerca la tela, exclamó:

—¡El dedo de esta mujer que tiene cogido al niño está muy tieso, Pedro!

—Aun trabajo en él, Maestro.

—Y tú, Manolo: más fruta sobre la mesa.

—En la estampa modelo, Maestro...

—¡Cuántas veces os he dicho que no hay que copiar, sino recrear! ¿Dónde se ha visto una mesa de banquete tan triste y descolorida? ¡Vamos, Pedro! ¡Los melocotones con más claridad: rosa y amarillo; la tarta de chocolate, oscura; aumentad la intensidad del color en los ajíes! En ese canesú falta el rojo; y al fondo a la derecha el blanco: ¿no veis que esa escena del fondo hay que iluminarla? ¡Por la gran serpiente, si es un exterior!

—Sí, Maestro —respondió el aludido, un pintor más joven que Santa Cruz y Zapaca, que hasta entonces había permanecido trabajando en silencio.

—Cada escena necesita su color: ¡la luz, la luz! ¿Cómo es la plaza al mediodía, ¿ah? ¡Salid a mirar! ¡Contemplad la luz que el sol proyecta sobre techos, paredes y gentes!

Simón había quedado completamente olvidado.

Mientras tanto, doña Engracia tomaba una importante decisión.

CHIMPU

—**MAESTRO ZAPACA:** tengo que pedir os un gran favor— doña Engracia se había acercado al pintor, toda sonrisas, en el momento en que éste hacía un alto en su trabajo y bebía de una copa, a pequeños sorbos, un líquido color ámbar.

—¡Ah, qué bueno este jerecillo que nos habéis traído, doña Engracia, con vuestra acostumbrada generosidad! —el artista paladeó, cerrando los ojos— Decidme, señora: ¿en qué puedo servirlos?

—Es un capricho —sonrió la mujer—. Necesito que alguien dibuje para mí tres objetos que aparecen en los cuadros que van a Chile.

—¿Tres objetos? ¡Los objetos aislados de su contexto pierden todo sentido, señora! ¡No imagino cuál es vuestro propósito!

—No os imaginéis nada, Maestro. Ya os lo dije: es un capricho. Hacédmelo ese favor: os lo retribuiré muy bien.

—Desgraciadamente, señora, la primera serie de pinturas parte por estos días a Chile y aún nos queda mucho trabajo. El proceso de embalaje es lento y muy delicado. Entre hoy y mañana tiene que estar todo listo, pues el Correo está por salir.

—¿Acaso alguno de vuestros ayudantes no podría hacerlo? La verdad, Maestro Zapaca, es que no necesito una obra de arte, sino una simple copia. Y como no son figuras humanas las que pido, sino tres objetos muy simples, cualquiera de ellos podrá dibujarlos.

Al oír lo que decía doña Engracia, el corazón de Simón se puso a galopar. Y dejando de trapear, permaneció inmóvil, para no perder palabra de la conversación.

—No es poco lo que pedís, señora, creédmelo. ¡Si hubierais venido antes! Ved que tengo a todos mis ayudantes ocupadísimos...

—¡Prestadme a Manolo!, Maestro! Si no fuera por este niño que cayó del cielo, lo tendríais a él con el balde y el traperero. Os pagaré doce pesos por dibujo para el Taller, y tres pesos para el muchacho. Manolo, al oír la suma, abrió grandes los ojos.

—Tendréis que hablar con Basilio, señora, es él quien decide estas cosas.

Basilio Santa Cruz estaba en el otro extremo de la sala, trabajando en un cuadro donde aparecía San Francisco rodeado de frailes. A su izquierda,

sobre un atril, un grabado mostraba la misma escena que estaba pintando; pero el rostro moreno y de rasgos indígenas que Santa Cruz dibujaba en ese momento era más parecido al suyo que al pálido y de facciones afiladas del modelo europeo. Doña Engracia se acercó con susurro de faldas y golpeteo de abanico. El artista, concentrado en su tarea, pareció no percatarse de la presencia de la mujer y ésta tuvo que interpellarlo dos veces para llamar su atención. La escuchó con aire distraído, y sin dejar de contemplar el rostro que pintaba respondió a doña Engracia que se entendiera con Zapaca Inga, en un tono que dejaba claro que no quería ser interrumpido. Ella asintió y se alejó cerrando el abanico. Al hacerlo, algo blanco cayó al suelo.

—¡Eh, muchacho! ¿Qué haces ahí, mirando moscas en vez de trabajar? Anda, muévete: ve a buscar un baúl que hay en el zaguán y lo traes aquí. Pide ayuda a Julián, si no lo puedes mover —ordenó Zapaca Inga.

Simón no se hizo de rogar, pues tenía gran curiosidad por conocer el lugar en que se encontraba. Ya vería luego cuáles eran los objetos que doña Engracia hacía dibujar. Camino a la puerta, sin que nadie se diera cuenta, recogió el pañuelo bordado que doña Engracia había dejado caer de su manga y se lo echó al bolsillo. Era tan asombroso lo que estaba viviendo, que para convencerse de que no era un sueño tenía que hacerse de algo concreto; claro que su íntimo deseo era que todo fuera un sueño, porque en ellos uno siempre acaba

por despertar. Quizás estoy soñando y en el sueño sueño que estoy despierto, se dijo. Y entonces llegó a sentirse más tranquilo.

A medida de que transcurría el tiempo, el miedo de Simón disminuía; dejaba de pensar en su vida, allá en el Santiago de Chile del siglo XXI, y comenzaba a habituarse a este nuevo presente en una forma natural, como si fuera el protagonista de una obra de teatro en la que tuviera que representar un papel, olvidándose de sí mismo hasta el fin de la función.

La puerta daba a un amplio zaguán, casi enteramente ocupado por un enorme baúl de madera, orillado de tachuelas de hierro. Pero Simón no se detuvo ante él, como debía, sino que su curiosidad lo llevó más allá, hacia otra puerta que se abría al exterior.

Salió a una pequeña plaza rodeada por casas de dos pisos, pero con paredes muy altas, construidas no a ras del suelo, sino que sobre enormes bloques de piedra. En los pisos superiores se alineaban balcones salientes de madera oscura y labrada.

A la plaza confluían tres callecitas muy estrechas, cuyas casas también se levantaban sobre inmensas piedras, por lo que para acceder a ellas había que subir una gran cantidad de peldaños. Los techos eran de arcilla roja y el alféizar de las ventanas, que eran muy chicas, estaba casi siempre poblado de maceteros con geranios.

Frente a la plaza había una gran casa rectangular, cuyo frontis de piedra estaba cubierto

de arcudas. Bajo la galería que éstas conformaban, se sentaba una decena de mujeres indígenas de polleras englobadas. Sus cabellos negros trenzados bajo los sombreros enmarcaban los rostros oscuros que parecían emerger de un enorme zapallo de vuelos coloridos. Estaban rodeadas de canastos con porotos, choclos, papas, paltas, mangos, papayas y unas chirimoyas que a Simón de verlas se le hizo agua la boca y se dio cuenta de que estaba muerto de hambre.

Mucha gente transitaba por el lugar. La mayoría vestía pobremente, con largas túnicas hechas con géneros toscos y calzaba sandalias. Algunos hombres de tez blanca y barbas espesas, que usaban capas de terciopelo, pantalones hasta las rodillas y gruesas medias muy apretadas, caminaban con paso rápido y se saludaban unos a otros levantando sus sombreros de ala ancha. Competían con doña Engracia, pensó Simón, en los vuelos y la amplitud de las mangas. ¡Era increíble como se vestían! Y bastante incómodo, además. El suelo empedrado estaba muy sucio y se paseaban por el lugar más perros que personas. Había también gran cantidad de mendigos, que salían al paso de los hombres ricamente ataviados; éstos lanzaban monedas al aire, que los miserables disputaban como perros hambrientos.

De pronto, junto con un clap clap muy sonoro, apareció una calesa tirada por dos caballos, que a Simón le recordó los coches que había en Viña del Mar, claro que mucho más elegante. Tenía una

cabina cerrada, que se abría hacia afuera por una puerta-ventana cubierta en su interior por una cortina roja. La calesa tenía grabado un escudo de armas a los costados y el techo exterior estaba también cubierto por un género rojo, como si fuera un bonete, con borlas doradas que colgaban en las cuatro esquinas. En el pescante, a ambos lados del cochero, venían dos negritos de pie, vestidos con los mismos colores rojo y oro de los adornos. Al paso de ésta, unos se apartaban, otros se persignaban y hasta había algunos que se ponían de rodillas. El coche se detuvo frente a la puerta del taller de los pintores y de él descendió un hombre con un sombrero amarillo de ala ancha y una reluciente capa blanca y dorada que a Simón le pareció más lujosa que todos los trajes que había visto hasta entonces. Sobre ella brillaba una enorme cruz bordada en oro e incrustaciones de piedras coloradas. Lo seguía un fraile vestido con una túnica café, que lanzó a los mendigos que rodeaban el carruaje una lluvia de monedas. Una de ellas se fue rodando, rodando hasta detenerse a los pies de Simón, que ni corto ni perezoso la cogió rápidamente y corrió hacia las mujeres que vendían chirimoyas.

Pero no resultó tan fácil: las indígenas, que hablaban una lengua que Simón desconocía, a la vista de la moneda negaban con la cabeza. Se acercó a cada una de ellas, pero ninguna aceptó vender. La última le indicó con gestos que necesitaba tres monedas para comprar una chirimoya.

Se alejó caminando por el corredor, sorteando canastos con granos, frutas y polleras multicolores que extendían sus ruedos sobre las piedras del suelo. Miraba con ojos largos las frutas apetitosas y cayó en éxtasis ante una granada abierta y brillante que prometía jugos y dulzores. Insistió con su moneda, pero ninguna mujer se interesó en venderle ni siquiera una ciruela seca.

Frustrado en su intento, decidió volver al taller y realizar la tarea que le habían encomendado. Si trabajaba todo el día, quizás al final le darían algunas monedas de más valor o algo para comer. Bajó unas gradas y caminó con paso rápido hacia el otro extremo de la plazoleta. De pronto, una indiecita que lo había venido siguiendo sin que él lo notara, lo interpelló:

—Toma —le ofreció, extendiendo la pequeña palma de su mano en la que sostenía tres vainas de maíz.

Debía tener su misma edad, pero era más bajita y delgada como un hilo. Sus pequeños ojos eran tan negros, que parecían bolitas de azabache, y de ellos caían, lentas, unas lágrimas gruesas.

—¿Qué te pasa? — se conmovió Simón.

Pero ella siguió con su mano extendida, sin responder.

—¿Por qué me das eso?

—Porque tu trabajas ahí: yo te vi salir por esa puerta —dijo finalmente, en un pronunciado castellano, indicando hacia el taller.

—¿Y eso qué importa?

La niña, como si no entendiera la pregunta,

lo miraba fijo y con los labios apretados, mientras su rostro seguía empapándose de lágrimas silenciosas.

—¿Cómo te llamas? ¿Qué te...

Pero la indiecita no lo dejó terminar la frase y cogiéndolo de un brazo lo tironeó para que la siguiera. Tenía una mano chiquitita, dura y seca. Simón sintió una gran ternura y también mucha pena. Y sin pensarlo dos veces, se decidió a ir con ella. Los pies desnudos de la niña, cortos y anchos, parecían volar bajo las zoladeras que no alcanzaban a cubrir sus tobillos; y sus dos trenzas, largas hasta la cintura, se mecían al ritmo de sus pasos.

Se adentraron en silencio por una de las callecitas estrechas, donde todas las casas estaban pintadas de colores vivos y los techos rojos tenían unos alerones que sobresalían, proyectando sus sombras. Luego pasaron frente a una enorme construcción de piedra sobre la cual se erguía una torre de adobe, que era el campanario de una iglesia. Simón nunca había estado en un lugar con tantas iglesias: en su recorrido llegó a contar once. La mayoría había sido construida sobre extensos bloques de piedra ensamblados y las puertas de madera, gigantescas, estaban enteramente talladas con inscripciones y figuras de santos. Parecían muy lujosas y a Simón la habría gustado verlas por dentro, pero la niña no soltaba su mano y a cada intento de él por aminorar el paso, ella le daba un pequeño tirón y lo miraba con unos ojos tan suplicantes, que no le quedaba más que seguirla.

Se acercaron a una monumental edificación, la más grande de todas, con techos muy altos, dos torres, y unas puertas de piedra tallada que parecían subir hasta el cielo. El muchacho se detuvo, admirado.

—Este era el templo del Inti —explicó la niña— que antes estaba todo recubierto de oro. El sol de oro era más grueso que las paredes y despedía llamas y rayos de fuego. ¡Pero yo nunca lo pude ver! Ni tampoco mi madre, ni mi abuela...

Y la pequeña agachó la cabeza y se quedó en silencio, como los deudos que contemplan el paso del ataúd que lleva al familiar muerto. Simón esperó, también callado, a que ella decidiera seguir caminando.

A medida de que avanzaban, la tierra reemplazaba los suelos empedrados y las construcciones se hacían más escasas. Finalmente llegaron a un descampado.

—¿A dónde me llevas?— quiso saber Simón.

—¡Allá!— indicó la muchachita.

Ahora caminaban por un sendero que subía, pedregoso y seco. Al fondo se dibujaban las montañas blanquizas y un rebaño de guanacos que de lejos Simón confundió con caballos, trotaba levantando el polvo. Al final del sendero se divisaba un hilo de humo y algunos árboles ralos. El humo fue creciendo a medida de que se acercaban, hasta que Simón pudo ver que éste provenía de una gran hoguera encendida en medio de un poblado constituido por una decena de chozas de piedra y

paja diseminadas sin ningún orden en medio del pedregal. Una jauría de perros flacos salió a recibirlos, amenazante; pero a una orden de la niña se fueron tranquilizando, aunque algunos siguieron husmeando y ladrando alrededor de ellos. En torno a la hoguera, mujeres y niños contemplaban cómo los hombres asaban un animal. El olor a carne y a grasa había tomado posesión del lugar y Simón sintió que sus tripas se quejaban.

—Es por el cumpleaños del Virrey —explicó la niña—. Todos los años regala a nuestros poblados un cordero para comer en su nombre.

Simón se habría unido feliz al grupo de mujeres y niños que con sus manos estrididas esperaban pacientes a que uno de los hombres, cuchillo en mano, terminara de cortar los trozos de carne ya cocidos para ofrecerlos a su alrededor. Pero la niña lo alejó del tumulto y lo condujo a una de las chozas.

El interior estaba oscuro y Simón se demoró unos segundos en ver con mediana claridad. Era un solo espacio rectangular, en cuyo centro había un fogón, donde una mujer anciana revolvía una olla de greda humeante, de la que emanaba un fuerte olor a hierbas. Contra las paredes se alineaban unos montones de paja cubiertos con gruesas lanas de colores. Y en uno de ellos, el más alejado de la puerta, yacía una mujer. Tenía los ojos cerrados y su rostro oliváceo mostraba unas profundas ojeras. Parecía muy enferma. Un muchacho indígena, algo mayor que Simón, estaba de rodillas a su lado y le tenía cogida una mano.

—¡Chimpu!, ¿dónde estabas? —exclamó el joven. Se puso de pie de un salto y lanzó una larga frase, en tono violento, que Simón no entendió porque era en quechua.

Chimpu y el muchacho se pusieron a discutir a grandes voces. La anciana se acercó a la mujer acostada en el camastro y sosteniendo su cabeza con una mano, con la otra trató de darle de beber en un cuenco de madera. Pero ella ni siquiera intentaba abrir la boca. Por sus narices corrían los mocos y su respiración entrecortada era un largo quejido. La anciana miró al recién llegado y también habló con frases golpeadas. Ríos de lágrimas afloraron otra vez de los ojos de Chimpu, que se volvió a Simón y le dijo en castellano:

—Ella dice que mi mamá se va a morir porque tu entraste a este lugar con el mal de ojo.

—¿Con el mal de ojo?

—Sí, porque cuando te miró le temblaron los párpados, y eso quiere decir que tú traes la muerte.

—¡Eso es superstición! —se indignó Simón.

—Mi abuela sabe de esas cosas —siguió Chimpu, muy serio—. Cuando mi madre miró de frente el arco iris, ella le advirtió que padecería de fiebres y no se equivocó. ¡Ahora morirá sin saber que te he traído! —acabó en un sollozo.

Simón entendía cada vez menos.

—¿Tu madre te dijo que me trajeras?

—Mi madre quiere que Liviac trabaje en el taller de los pintores, donde estabas tú. Eso le daría tanta alegría, que sanaría de inmediato. Pero no conocemos a nadie allí. Cuando te vi, supe que tú

podrías ayudarme: una moneda rodó hasta tus pies y cuando una moneda busca los pies de un hombre es que ese hombre tiene poder.

De pronto la mujer enferma tuvo un acceso de tos y la anciana se puso a chillar como una gaviota, indicando a Simón con su dedo índice. El muchacho indígena, como movido por un resorte, se abalanzó sobre el recién llegado agarrándolo por los hombros y lo empujó hacia la puerta:

—¡Vete, vete de aquí, pájaro de la muerte!—. Y cuando logró sacarlo afuera, se dirigió a Chimpu, que los había seguido, y le ordenó—: ¡llévatelo por el mismo camino, pisando las mismas piedras y sin mirar atrás!—. Luego vociferó algunas palabras en quechua y desapareció en el interior de la choza.

A los gritos de Liviae, desde la fogata se habían acercado algunos hombres y mujeres con cara de pocos amigos. Los indios bebían una y otra vez de unas pequeñas botijas de cuero, lanzando exclamaciones y risotadas; otros comían carne, y el jugo de la grasa chorreaba por sus comisuras. Todos ellos tenían los ojos enrojecidos. Las mujeres miraban al muchacho en silencio y con los labios apretados. Una de ellas se adelantó, escupió en sus manos y luego las levantó al aire, mientras entonaba una melopea, que parecía un conjuro. Simón se puso muy nervioso y le empezó a dar miedo. Pero Chimpu, rápida como una lagartija, ya lo había cogido de la mano y nuevamente lo arrastraba tras ella, ahora de vuelta a la ciudad.

Cuando se habían alejado lo suficiente como para no ser vistos ni molestados, Simón se detuvo y obligó a la niña a sentarse sobre una roca.

PRISIONERO

EL SOL comenzaba a esconderse tras los picachos de las montañas, ahora moradas. Una brisa suave comenzó a soplar y las nubes apuraron su paso. En lo alto planeaban dos jotes, entrecruzándose en un vuelo plácido; cada cierto tiempo se detenían en el aire moviendo apenas, como si fueran dedos, el borde de plumas de sus alas; y luego de un rato de paciente observación se dejaban caer en picada sobre algún animal muerto. Hacia el Norte, donde acababa un sendero de tierra, se divisaba una mole de piedra que a Simón le pareció un fuerte abandonado.

—¿Qué es eso, Chimpu?

—Era un palacio. Ahí vivía el abuelo de mi

abuelo, que era príncipe. Dice mi abuela que cuando su padre miraba esas ruinas, se ponía a llorar. Y dice también que cuando su padre caminaba por El Cuzco y veía los templos destruidos, su corazón sangraba y se ponía a aullar como un lobo.

Las palabras de Chimpu impresionaron a Simón, que se quedó con la mirada fija en el horizonte pedregoso. Pensaba en esos incas que habían poseído un imperio tan grande y que ahora no tenían nada; en aquellos hombres que habían levantado a pulso, sin grúas ni retro excavadoras, esos gigantescos palacios y templos de piedra, y que los conquistadores en su guerra habían destruido; en esos príncipes que habían poseído toneladas de oro y plata y cuyos descendientes, como Chimpu, vivían de la caridad de los españoles en sus chozas miserables.

¿Por qué tuvo que ser así?, pensó acongojado. Chimpu permanecía en silencio. Quizás tenía miedo, se dijo Simón, de que las palabras de su abuela fueran ciertas y él un pájaro de mal agüero. Al ver a la mujer enferma, Simón se había dado cuenta de que tenía fiebre y tos, y también romadizo. Y recordó entonces haber leído en un libro de historia del colegio, que los españoles habían traído los virus del resfrío a América y contagiado a los indígenas que morían por cientos, porque no tenían defensas contra esa enfermedad. Claro que eso había pasado hacía mucho tiempo y ahora ya debían estar más resistentes. También sabía que los indios,

aunque muy supersticiosos, tenían grandes conocimientos acerca de las hierbas medicinales. Mientras reflexionaba, súbitamente Simón se acordó de las aspirinas que le había encargado doña Pepa y que aun tenía en el bolsillo. Y en un dos por tres, como si fuera un mago, hizo aparecer en su mano una tira de grajeas blancas, que agitó frente a la indiecita:

—¡Es un remedio que sanará a tu madre!— exclamó con entusiasmo.

Chimpu abrió mucho sus ojos de cervatillo asustado, y negó con la cabeza.

—No es ve-ne-no: es re-me-dio —vocalizó Simón—. Y para que te convenzas, yo me comeré una—. Rompió el envase, se echó ostentosamente una grajea a la boca y juntando saliva se la tragó.

La niña lo seguía mirando en silencio, con desconfianza.

—Acuérdate de que una moneda rodó hasta mis pies —se le ocurrió entonces decir—: ¡yo tengo poder!

Pero Chimpu continuaba ahí de pie, con el ceño fruncido, sin decir nada.

—¡Créeme, me la tragué! —ir sistió Simón, abriendo bien grande la boca y sacando la lengua.

Ella acercó su carita al rostro del muchacho y examinó su boca. El levantó la lengua y apartó ambas mejillas con los dedos para no ostrarle que nada ocultaba. Tan cómico debió aparecer, que la niña se echó a reír. Luego extendió su mano:

—Dame ese remedio.

—Aquí van nueve —contó Simón, indicando cada grajea—. Hoy le darás a tu madre una, la otra se la darás mañana en la mañana. Debe tomar una en la mañana, otra al mediodía y otra en la noche. Y deberá tragárselas con agua. ¡Ah, y que no te vean tu abuela ni tu hermano! ¿Entendiste bien?

—Sí, una cuando salga el sol, otra cuando el sol esté en lo alto, otra cuando el sol se acueste. Con agua.

—Bien. ¿Seguro que se las darás, Chimpu? —desconfió Simón—. Te aseguro que en cuanto tome la primera le bajará la fiebre y se sentirá mejor.

Ella asintió varias veces.

Entonces Simón preguntó:

—¿Por qué tu mamá quiere que tu hermano trabaje en el taller de pintura?

—Primero el remedio.

Simón se sorprendió con la exigencia, pero al verla tan angustiada e indefensa, le entregó las grajeas en silencio. Total, qué le importaba lo que pasara con ese quechua odioso.

Chimpu recibió la tira de aspirinas y la sujetó entre los dientes, mientras levantaba su pollera y cogía un pequeño rollo de cuero amarillento atado a su cintura entre las varias enaguas.

—¡Toma!— dijo, y se lo quedó mirando.

Simón cogió el trozo de cuero, que no era más grande que una hoja de oficio, y lo desenrolló lentamente. Lo que vio entonces, lo dejó asombrado.

Tan sólo con grises y negros se dibujaba una escena en la que un indio muy viejo, apoyado en un palo que hacía de bastón, contemplaba cómo dos soldados barbudos, sentados a horcajadas sobre una mesa de piedras parecida a un altar, brindaban alzando unas grandes copas. Los rostros de los españoles eran alegres y confiados, mientras que toda la tristeza del mundo brotaba de la mirada del anciano. Unos pocos trazos grisáceos habían bastado para esbozar las ruinas del templo y para dar una imagen viva de la sequedad de la tierra circundante. Simón había visitado sólo una vez el Museo de Bellas Artes para una exposición del famoso pintor chileno Roberto Matta. Los otros cuadros que conocía eran los de San Francisco y los que había visto en los libros de arte que tenía el abuelo. Pero le bastó mirar el dibujo que le había entregado Chimpu para darse cuenta de que había sido hecho por un artista. ¡Si era como estar presente en esa reunión y sentir la pena que el viejo indio tenía!

Tan concentrado estaba contemplando la escena que no los escuchó venir. Habían aparecido de pronto, como surgidos de la nada. Las pisadas silenciosas de sus pies desnudos ni siquiera levantaban el polvo. Cuando Simón alzó la mirada, uno, dos, tres indios jóvenes, un poco mayores que él, lo rodeaban amenazantes. Dos de ellos se cubrían con mantas y calzaban toscas sandalias de cuero. El tercero llevaba una túnica sin mangas y varios

brazales plateados en su brazo izquierdo. Era Liviác, el hermano de Chimpu.

—¡Dame eso, español maldito!— exclamó arrebátandole el cuero pintado de un manotazo. Luego, con los ojos encendidos y el rostro tenso de furia, lanzó contra su hermana una retahíla de palabras en quechua.

Chimpu, como si las palabras fueran golpes, agachó la cabeza y la cubrió con sus dos manos; y antes de que éstas acabaran, echó a correr en dirección al poblado.

Mientras tanto los otros dos jóvenes habían cogido a Simón uno por cada brazo, y pese a los puntapiés que éste lanzaba hacia todos lados lograron cogerlo firme y ataron sus manos a la espalda. Luego, como quien coloca un arnés a un caballo o una trailla a un perro, pasaron un cordel por su cuello y a patadas lo obligaron a caminar.

—¡Arre, español! ¡Rápido!— gritaban los captores, al tiempo que fustigaban las nalgas de Simón con una varilla.

Simón no sentía tanto dolor, como la furia e impotencia que lo invadían. También tenía miedo. ¿Qué harían con él? ¿Y si lo mataban? Pero no creía que fueran tan malos, o al menos eso deseaba. Seguramente, se dijo, Liviác debe creer que yo pensaba hacer daño a Chimpu. Sería imposible hacerle entender que sólo quería ayudarla.

Pronto llegaron a la explanada en medio de la cual se levantaban las ruinas que Simón había

divisado. Y entre ellas, una pequeña choza de piedras con un techo de ramas, hacia la que se dirigieron. Algunas ramas, aún verdes, colgaban desde arriba como una cortina, ocultando la entrada. Introdujeron a Simón a empujones y lo obligaron a echarse en el suelo. Entonces Liviác, a quien sus compañeros trataban como si fuera el jefe, desató un lazo que llevaba a la cintura, amarró fuertemente los pies del cautivo y una vez completada su tarea, exclamó:

—Aquí te quedarás hasta que Viracocha lo quiera. ¡Ojalá que el demonio te lleve donde te pudras!

—Chimpu quería ayudarte: yo te puedo presentar en el taller de pinturas del Cuzco...

—¡Mientes, español! Tú sólo nos traes el mal, como todos los tuyos. Cuando entraste a nuestra casa los perros aullaron y esa noche cantó la lechuza. Si mi madre muere, no alcanzarás a morir de hambre y sed pues serán mis manos las que acabarán contigo.

—Tu madre se va a mejorar— respondió Simón, tratando de mantener firme la voz, mientras rogaba a Dios que las aspirinas dieran resultado.

Pero Liviác y sus amigos ya no escuchaban: como gatos silenciosos habían abandonado el lugar.

Se quedó solo. Trató de mover las manos, pero los nudos eran tan firmes, que sólo conseguía que el cordel se enterrara más en su carne. Mover los pies también era imposible. El relincho de un caballo

a lo lejos aumentó su angustia, y como si de segundo en segundo su situación se hiciera más crítica, en ese momento recordó lo que nunca debió haber olvidado: que el cuadro de San Francisco y el carro de fuego, esa pintura que según Miulina era la única vía de regreso a su querido Santiago de Chile, estaba a punto de ser embalada. ¡Y para cuando pudiera volver al taller de pintura del Cuzco —si es que lograba hacerlo— ya la tela iría rumbo al sur, a lomo de mula! Muriera o no, nunca conseguiría llegar a tiempo.

Nunca más regresaría a su mundo: al colegio, al Parque Forestal, al campo de sus tíos; nunca más volvería a ver a sus abuelos, a su compañeros de curso, a sus primos, a Elvis. Las lágrimas se agolparon en su garganta, en su nariz, en sus ojos. Hasta que finalmente, cansado y dolorido, los sollozos se fueron calmando. Y entonces se puso a rezar:

—San Francisco, por favor no dejes que me muera en este lugar. Si no hubiera sido por ti, no estaría aquí, ¡tienes que ayudarme! A ti obedecían los animales: por favor cuida que no se me acerquen alacranes, o un lobo hambriento, o una serpiente... Está oscureciendo y tengo mucho miedo, San Francisco.

Junto con el último rayo de luz, Simón cerró los ojos y se quedó dormido.

LA MAGIA BUENA DE SIMÓN

CUANDO ABRIÓ los ojos, por un instante creyó que había estado soñando y sintió un gran alivio. Pero rápidamente volvió a la realidad y lanzó un quejido. Le dolía todo el cuerpo: las piedrecitas del suelo se enterraban en su espalda y le era imposible moverse para cambiar de posición. Sentía además, muchísimo frío. Y tenía hambre. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Qué hora sería? Una luz tenue se filtraba a través de las ramas que cubrían la entrada y tuvo la impresión de que estaba amaneciendo. ¿Era posible que pese al dolor y al frío hubiera dormido toda la noche? Hizo un gran esfuerzo para ponerse de lado, pero sólo logró acentuar la presión de los guijarros en sus manos y espalda.

Las horas pasaron lentas. De cuando en cuando el silbido de algún pájaro interrumpía el silencio, que pesaba más que cualquier ruido. Sentía un nudo en el estómago, suma de angustia y hambre. Cada cierto tiempo trataba de forzar las ataduras de sus manos, pero era un esfuerzo inútil. Sobre la tierra reseca, a su alrededor, circulaban hormigas y pequeños escarabajos. Cuando algún bicho subía por su rostro debía soplar con fuerza y hacer toda clase de muecas para deshacerse de él, rogando al cielo que no apareciera una araña peluda.

Recorrió con su mirada las paredes, milímetro por milímetro, por si encontraba algo que pudiera ayudarlo. De pronto descubrió que en una de ellas, a ras del suelo, una piedra sobresalía con una punta que le pareció afilada. Logró arrastrarse hasta el lugar, rodando como un saco de papas, hasta que sus manos quedaron a la altura de la piedra saliente. No supo si fueron minutos u horas los que demoró hasta hacer calzar el cordel que paralizaba sus manos con el filo de la piedra. Y entonces comenzó, lenta y esforzadamente, a restregarlo contra ella. Aunque me demore días, se dijo, al final lograré romperlo y podré salir de aquí. Este pensamiento lo animó, pero estaba tan débil por la falta de comida y agua, que el esfuerzo lo agotaba.

Y así pasó el día, tendido de lado, con la espalda contra las piedras, ora moviendo los brazos y frotando el cordel en la piedra, ora dormitando, rendido por el cansancio.

Cuando el sol se escondió nuevamente más allá de las montañas, junto con la oscuridad se abatió sobre él la desesperanza, y la certeza de que iba a morir ahí abandonado afloró con nuevas lágrimas. Ya no le importaban los bichos, ni sentía el cosquilleo de las hormigas sobre su piel. El dolor de sus muñecas era más fuerte que todo eso. "Tengo que salir de aquí, tengo que lograrlo", fue lo último que musitó, luchando contra su desánimo, antes de que el cansancio cerrara sus ojos y cayera en un sueño profundo.

Despertó con un ruido ligero, como si alguien, muy cerca de él, estuviese mascando un caramelo. Ya era nuevamente de día y la luz se filtraba como un caleidoscopio entre las ramas. El ruido era levísimo y poco a poco se fue dando cuenta de que era un suave roer a sus espaldas. ¿Qué bicho sería esta vez? trató de mirar por encima del hombro, pero no alcanzaba a ver; nervioso, hizo un movimiento brusco, y el causante del ruidito salió corriendo, más asustado que él. ¡Era un conejo! Un ratón con un pompón de pelos en la punta de la cola, que en un dos por tres desapareció por la boca de su guarida, un hoyo cavado en una esquina del suelo terroso.

Simón se incorporó como pudo, hasta quedar sentado. Entonces se dio cuenta de que sus manos podían moverse unos centímetros. ¡La verdad estaba cediendo! Con el corazón a mil, forceó como un loco con todas las fuerzas que le que laban, hasta

que de pronto...¡tac! sonó el cordel que se partía en dos. ¡Sus manos estaban libres! En un instante renacieron su esperanza y alegría; y al examinar la cuerda se dio cuenta de que su salvador había sido el cuye, que mientras él dormía había estado con santa paciencia quizás cuánto tiempo, royendo y royendo.

¡Nunca más despreciaría a un ratón!

Pero todo no iba a ser tan fácil. Los cordeles con que Liviac había atado sus pies estaban tan apretados, que le era imposible soltarlos. Estuvo luchando con ellos casi una hora, pero débil como estaba, sus manos ya no tenían fuerzas para deshacer esos nudos ciegos, que parecían haber sido hechos por un titán.

Aunque se demorara un día entero, no le quedaba sino arrastrarse con ayuda de los brazos hasta encontrar a quien lo pudiera desatar. Avanzó hacia la salida, apoyándose en los codos igual que un comando y ondulando las piernas como una oruga. Cuando estaba a punto de atravesar la cortina de ramas, escuchó un jadeo. Se quedó muy quieto, conteniendo la respiración. El jadeo aumentó. ¿Sería algún perro lobo hambriento, en busca de comida? ¿O una serpiente sibilina? El miedo lo volvió a poseer.

Las hojas pardas se sacudieron con violencia y un huracán de pelos negros irrumpió en el lugar abalanzándose sobre el muchacho tendido en el suelo.

—¡Chauptuta!

La voz que venía del exterior acabó con los resoplidos y olfateos babosos sobre la cabeza del muchacho, y el perro se alejó. Casi de inmediato, y como una visión celestial, apareció Chimpu.

La indiecita, en completo silencio, se arrodilló junto a él y con dedos ágiles comenzó a desatar los nudos que inmovilizaban los pies.

—Yo traté, pero no tenía fuerza... —se admiró Simón.

—Yo conozco estos nudos y sé cómo hacerlo: no se necesita fuerza.

Cuando la niña terminó su trabajo, Simón se puso de pie con cierta dificultad. Entonces ella se desprendió de una pequeña botija de cuero, que traía colgada al cuello, y se la pasó:

—Es leche de cabra y esto es para mascar agregó— extendiéndole unas hojas verdes y secas, que a Simón le pareció eran de boldo, pero que en realidad eran de coca.

—¿Cómo se llama tu perro?— preguntó el muchacho, luego de unos tragos, haciéndose el fuerte, pese a lo débil que se sentía.

—Chauptuta quiere decir Medianoche.

—Gracias por tu ayuda, Chimpu.

—Ahora deberás mascar las hojas y te sentirás mejor.

A Simón le dolía todo el cuerpo y obediente se sentó en el suelo a masticar.

—Mi madre ya comió varias de tus pastillas

y está mejor. Tu remedio es magia buena y te da las gracias. Ella te envía leche y las hojas.

—¿Cómo supiste que yo estaba aquí?

—Porque mi hermano y sus amigos vienen siempre a este lugar de nuestros antepasados.

—¡Me abandonó a la muerte!

—Liviac no es malo, creyó que tú tenías malas intenciones y que nos traías la desgracia. El sólo te dejó en manos de Viracocha.

—¡Me dejó aquí para que muriera! —insistió Simón.

—El sólo te dejó en manos de Viracocha— repitió a su vez la niña—. Y como puedes ver, Viracocha no ha querido que abandones este mundo. Tienes que entender que mi hermano odia a los tuyos que nos arrebataron las tierras, destruyeron nuestros templos y asesinaron a nuestros reyes, hijos del sol.

—No todos los blancos son malos, así como no todos los indios son buenos —replicó el muchacho.

—Eso lo sé, por eso estoy aquí. Y quiero que sepas que mi hermano es bueno: él adivinó que venía a buscarte y no lo impidió.

Simón no respondió. Estaba pensando en que ya la tela de San Francisco con el carro de fuego estaría lejos del Cuzco, camino a las montañas. ¿Qué iría a ser de su vida?

La muchacha interrumpió sus cavilaciones:

—Te traje nuevamente la pintura de Liviac.

—¿Y tú te imaginas que después de lo que

me hizo, me voy a molestar en hacerle un favor?

—Hazlo por mí y por mi madre, si mi hermano consigue ese trabajo estará contento y dejará de vagar y de juntar odio. Es lo que dice ella.

—¡Jamás! Liviac me dejó aquí para que me muriera. ¡Y por su culpa ya nunca podré regresar a mi casa! —exclamó Simón, rechazando con un manotazo el dibujo que la niña le entregaba.

—¡Liviac no te quiso matar: sólo te dejó en manos de Viracocha! —los ojos de Chimpu se llenaron de lágrimas— ¡Yo creía que eras un español bueno! —agregó. Y dando media vuelta, salió del lugar.

Simón la siguió al exterior y miró cómo Chimpu se alejaba, cabizbaja, con la pintura enrollada en su mano. Se sentó en una roca, sintiendo un peso en su estómago, una sensación de angustia y confusión. No era sólo el miedo de no poder regresar a su mundo y la soledad en que se encontraba lo que había desencadenado su malestar; era otra cosa que no podía definir. Mientras fijaba sus ojos en la figura de la muchachita, que cada vez se hacía más pequeña, pensó que estaba viviendo una pesadilla, que esto no le podía estar sucediendo de verdad. Pero sí eran reales las magulladuras en sus puños y tobillos, y también la roca dura en que estaba sentado y los nubarrones que comenzaban a formarse en el cielo, amenazantes.

Cuando ya Chimpu parecía perderse en el

horizonte, una bandada de pájaros blancos apareció en el cielo y comenzó a hacer ordenadas piruetas en el aire. En un impulso, Simón se puso de pie y comenzó a correr tras la muchacha con todas las fuerzas que le quedaban.

Llegó a su lado, jadeando:

—Chimpu, ¡dame el dibujo, lo llevaré al Cuzco!

Ella se detuvo y lo miró en silencio, desconfiada.

—Chimpu, no quise herirte, es que estoy muy confundido. Pienso que Liviac pinta muy bien y mostraré su dibujo al maestro Zapaca.

Los ojos de la muchachita brillaron y le pasó el rollo de cuero, con una sonrisa de dientes chiquititos y blancos. Cuando Simón extendió la mano para recibirlo, ella se le cogió y le dio un suave beso en la palma. Luego depositó allí el dibujo y sin pronunciar una sola palabra se alejó corriendo.

Simón dio media vuelta y tomó el sendero que llevaba de regreso al Cuzco. El peso en su estómago había desaparecido y se sentía más ligero. Además, se le había quitado la rabia. ¡Fue una buena idea— pensó— perdonar al agresivo muchacho inca! Tal vez él en su lugar sería igual de violento y desconfiado. Como bien dijo Chimpu, a Liviac le cambiaría la vida si lograba que lo tomaran como aprendiz.

El beso de la indiecita en la palma de su mano lo había emocionado. Miró hacia atrás, por si aún se perfilaba su silueta en la lejanía, pero ya había

desaparecido. Vio en cambio que la bandada de pájaros blancos seguía revoloteando bajo las nubes y que ahora bajaba hacia él y se ponía a girar en amplios círculos sobre su cabeza. Recordó la pintura de San Francisco y los pájaros. ¿No había perdonado también el santo en aquella oportunidad al hombre que lo había calumniado? Con este pensamiento y una sonrisa en los labios siguió caminando de regreso al Cuzco. Pese a lo desesperado de su situación, se sintió acompañado y en paz.

En la amplia plaza empedrada, frente al taller de los pintores cuzqueños, reinaba una gran agitación. Una decena de mulas alineadas frente al edificio de la gran galería, permanecía atada a las barandas de madera. Dos indígenas de cabellos hirsutos, cubiertos con amplios ponchos de lana, amarraban con gruesos cordeles distintas bolsas de cuero a ambos costados del lomo de las bestias que impasibles espantaban las moscas con su cola. Varios niños indígenas y también sus madres contemplaban la escena inmóviles, como si estuvieran presenciando algo importante. Una carreta cargada con baúles, que aún no había sido enganchada a los animales que la tirarían, permanecía semi inclinada en la mitad de la plaza. La elegante calesa del obispo estaba también allí y sus dos caballos comían tranquilamente hundiendo sus hocicos en unos sacos de boca ancha, llenos de pastos verdes, que colgaban de sus pescuezos. Del taller de los pintores salían muchachos

transportando enormes bolsas de cuero y arcones de madera que iban depositando en el suelo, al lado de las mulas o de la carreta. Simón reconoció al barbudo Julián entre ellos, y con temor se acercó a preguntarle, señalando las bolsas:

—¿Qué contienen?

—¿¡Que qué contienen, que qué contienen!?

—exclamó Julián, furioso— ¿Dónde estaba el señorito, que cuando hay que trabajar desaparece? ¡Ve rápido al taller, holgazán, y ayuda a transportar la carga, que estamos en retraso!

—¿Qué contienen esas bolsas? —insistió Simón.

—¿Pero que no me has oído? ¿Que no entiendes, gznápiro? ¡Ve rápido, que se necesitan más manos! ¡Corre ya y no preguntes tonterías!

Con los dientes apretados por el miedo a lo que tendría que enfrentar, Simón caminó lentamente hacia el taller. Aún quedaban en su boca algunos trocitos de las hojas que le había dado Chimpu, que si bien no habían disminuido su hambre, por lo menos le habían devuelto parte de sus energías. Cuando entró a la gran sala, lo primero que sus ojos buscaron fue la tela del carro de fuego. Pero en las paredes sólo colgaban algunos bastidores vacíos y dos o tres cuadros en obra, que no eran el que esperaba encontrar. Las piernas de Simón, independizándose de su voluntad, se pusieron a temblar. Era definitivo; ¡nunca más podría regresar! El único camino posible de vuelta a su casa, ya no estaba a su alcance. ¿Cómo pudo ser tan descuidado

y partir tras Chimpu esa tarde, así nomás, sin pensar que estaban a punto de enviar las pinturas a Chile? ¡No debería de haberse apartado ni un metro de ese cuadro! Su ira contra Liviac renació de golpe y también furia contra él mismo, sintiéndose un idiota por haber seguido a la indiecita. ¿Qué le importaba lo que le pasara a esa gente que nada tenía que ver con él? ¿Cómo se había dejado convencer así por una niña chica?

El lugar era un caos de tablas, arcones y rollos de tela fuertemente atados, que se ordenaban sobre las mesas donde antes sólo había frascos de pinturas. En vez del suave ruido del pincel acariciando las telas, eran los martillos empujando clavos los que retumbaban sobre la sala. Zapaca Inga se movía de un lado a otro gritando órdenes y tanteando cordeles, en tanto el obispo, ahora vestido con un hábito color crema sobre cuya pechera se balanceaba una cadena con una refulgente cruz de plata, se paseaba lentamente por el lugar con las manos tomadas tras la espalda. Basilio Santa Cruz, en tanto, ajeno a todo el estruendo, trabajaba sobre la única tela que había quedado enmarcada en un bastidor y colgada a la pared, en una esquina del taller. En ese momento daba color a la capa rojiza de un sacerdote que estaba sentado frente a una mesa, escribiendo.

De pronto Simón comenzó a darse cuenta de que el obispo, los artistas, las cajas, las paredes comenzaban a girar a su alrededor, mientras las voces se hacían cada vez más lejanas. Luego todo se oscureció para él y cayó al suelo, con estruendo.



Pluma 79

EL CORDÓN DEL FRAILE

LO DESPERTÓ un golpe de frío en la cara, al tiempo que alguien exclamaba:

—¡Parece que está vivo!

Simón abrió lentamente los ojos. Julián, con un vaso de agua entre las manos, lo miraba desde lo alto, dispuesto a seguir mojándolo.

—¿Qué te sucedió, chaval? —Simón reconoció la voz de Zapaca Inga, que se acercaba con un jarro con vino y un pan con una lonja de tocino—. Toma: bebe y come; luego podrás ayudarnos.

Se incorporó con dificultad hasta sentarse, porque todavía se sentía mareado. ¿Qué le había

pasado? Calculó que hacía más de dos días que no probaba bocado, salvo unos maníes y el poco de leche que Chimpu le había llevado. Recibió el pan que el pintor le ofrecía y se lo zampó en unos segundos, enterándose apenas de su sabor, tan rápido como un perro hambriento al que le han dado un jugoso biftec. Luego bebió un largo trago de vino.

—¡Ya basta!, más te haría mal—le dijo Zapaca, arrebatándole el jarro.

Simón, que todavía no pronunciaba palabra, se puso de pie y en ese momento quedó al descubierto el trozo de cuero pintado por Liviac, que había dejado caer al desmayarse.

—¿Qué es esto?—dijo el artista, cogiéndolo. Y luego de estirarlo, se quedó largo rato contemplando en silencio las figuras trazadas con tierra de color.

—Parece que el señorito se cree pintor— se burló Julián.

—¿Es tuyo?—preguntó Zapaca.

—Es de Liviac—respondió Simón.

—¿Quién es Liviac?

—¿Liviac? Es un muchacho indio que siempre ronda por aquí en busca de problemas— se apresuró en responder Julián.

—Me gustaría conocerlo, ¡este dibujo es extraordinario!

—Es un indeseable, no os lo recomiendo— insistió Julián.

—Yo puedo... —comenzó a decir Simón, pero fue súbitamente interrumpido por un gran estruendo que venía del exterior.

Gritos, relinchos de caballo y golpes precedieron a una turba que irrumpió en el lugar. Y ante la sorpresa de Simón apareció el mismísimo Liviac, cogido fuertemente por los brazos entre Manolo y un individuo corpulento, de espesas cejas negras. Liviac se debatía como un gato furioso, pero el hombrón macizo era más fuerte y lograba controlarlo. Tras ellos venía una multitud de gente: los indígenas que cargaban los burros, el cochero del obispo, los dos negritos, los muchachos que ayudaban a transportar bultos y algunos niños. Todos hablaban al mismo tiempo y sólo se escuchaba un guirigay.

—¿Qué sucede?!—exclamó Zapaca.

—¿Qué significa esto? ¿Es que no tenéis respeto a Monseñor? ¿Cómo osáis entrar aquí con tal alboroto?—los increpó Basilio Santa Cruz.

Pero las palabras del artista caían en el vacío, pues nadie parecía oírlas. El obispo, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se adelantó con pasos enérgicos, y con un vozarrón que sonó a trueno, lanzó:

—¡¡¡BASTAAAA!!!

Como por arte de magia, todos callaron al instante y quedaron como petrificados.

—¿Qué pasa aquí? ¡Decid!

Después de tantos gritos, ahora corrían los minutos sin que nadie abriera la boca. Zapaca se dirigió a Manolo:

—De una vez por todas, ¡explicad esta batahola!

Liviac había comenzado otra vez, sin mucho éxito, a forcejear tratando de soltarse. Manolo, que junto al hombrón cejudo seguía sujetándole, aclaró:

—Todo fue por culpa de este enloquecido.

Liviac se trenzó en una discusión con uno de los muchachos que cargaba una de las telas y le dio un empujón que lo hizo rodar por el suelo.

—¡Me insultó! —lo interrumpió Liviac, retorciéndose entre sus captores.

El hombre fornido lo hizo callar con una bofetada.

—Entonces, maestro —siguió Manolo—, la tela rodó a su vez y quedó bajo las patas de los caballos que, asustados, la pisaron y rompieron el saco.

Zapaca Inga y Basilio Santa Cruz, como si se hubieran puesto de acuerdo, salieron disparados hacia la calle, seguidos de todos los que ahí estaban. Corrieron hasta el centro de la plaza y se arrodillaron al unísono frente al largo saco de cuero encerado que contenía la tela y que se veía rajado de un extremo al otro. Y ahí mismo, sobre las piedras del suelo, retiraron la tela de su averiada protección y la extendieron para examinarla, con la misma urgencia y dedicación que un médico lo habría hecho con un accidentado. La recorrieron con ojos y dedos durante largos minutos, y luego se miraron y sonrieron aliviados: ¡la pintura estaba intacta!

Simón, forcejeando, logró abrirse paso entre el tumulto que rodeaba a los pintores hasta llegar al

lado de éstos. Vio a Zapaca ponerse de pie y dirigirse hacia Liviac, que también había llegado al lugar, escoltado por sus curiosos guardianes. No alcanzó a enterarse de más, porque lo que había ahí en el suelo frente a él lo dejó boquiabierto. ¡Era la pintura de San Francisco y el carro de fuego! La respiración del muchacho se aceleró, impulsada por la inmensa excitación que lo invadía. ¡Gracias a Liviac y a sus rabietas, podría al fin volver a casa!

Simón se reía de felicidad. Ahora sólo tendría que... ¿Qué? ¿Qué tenía que hacer? Ahí estaba la pintura del carro de fuego, sí, ¿pero cómo lo haría para volver a través de ella? ¡Qué horror, no podía recordar! Su alegría murió de golpe, dando paso a una angustia que aumentó su confusión. Miulina lo había dibujado sobre la tela y así, mientras él desaparecía en Santiago de Chile y aparecía en el cuadro, se trasladaba también en el tiempo.

Entonces escuchó la orden de Basilio Santa Cruz:

—Muchachos, volved a embalar esta tela. Traed de inmediato otro paño para envolverla y otro saco de cuero. Lo haremos aquí mismo. ¡Rápido!

Simón sintió que se le helaba el cuerpo y que algo duro como ladrillo le presionaba el pecho. ¡Tenía que irse, tenía que irse antes de que enrollaran la tela! Estaba seguro de que Miulina le había dicho que debía volver por esa misma pintura y había llegado el momento de hacerlo, ahora, ya, porque sino sería tarde. Era su última oportunidad para

regresar, no habría otra, pero... ¡¿cómo, cómo?! Eso no se lo había dicho. ¿O sí se lo había dicho?... por los nervios no podía recordarlo.

—¡Abrid paso a Monseñor! ¡Abrid paso a Monseñor! —la voz del fraile hizo que todos se movieran dejando el paso libre al voluminoso obispo. Simón tuvo que retroceder unos metros y su visión de la pintura quedó velada por las sotanas del obispo y el fraile que se habían puesto delante.

—¿Algún perjuicio grave, maestro Santa Cruz? —preguntó el obispo, con su vozarrón.

—Gracias a Dios todo está bien, Monseñor. Sólo se dañó el envoltorio protector: comprobáadlo con vuestros ojos.

—Sois vos el experto, maestro. Sólo espero que esto no cause mayor retraso que el que ya tenemos: me comprometí con los franciscanos de Santiago de Chile a mandar las pinturas con este correo. Lo que no alcance a salir esta vez, tendrá que esperar hasta la próxima primavera, como bien lo sabéis.

—Mirad: allí vienen los muchachos con los nuevos cueros. Procederemos ahora mismo a su reembalaje. Quedaos tranquilo, Monseñor.

—¿Y qué hay con el indio que provocó este accidente?

—Zapaca se entenderá con él. Y ahora perdonádmelo, Monseñor, pero debemos recoger la tela.

El obispo y el fraile retrocedieron unos pasos

y los espectadores que allí estaban hicieron lo mismo para dejar espacio a los jóvenes ayudantes que comenzaron por cubrir la tela con un nuevo género, antes de proceder a enrollarla.

Simón, en el colmo de su desesperación por no saber qué hacer, se había paralizado y permanecía blanco e inmóvil como una estatua de yeso entre el obispo y su ayudante. San Francisco: ¿qué hago ahora?, se escuchó a sí mismo preguntar.

Entonces los acontecimientos se precipitaron. Un perro flaco, amarillo y negro, se deslizó entre las muchas piernas y de un tarascón cogió el cordón que colgaba de la cintura del fraile, que comenzó a mascar como si fuera una chuleta.

Simón levantó los ojos y vio la carita sonriente de Chimpu, que lo miraba desde el otro lado de la extendida tela, mientras el obispo daba patadas al perro para que soltara el cinturón del fraile, que arrastraba por el suelo.

En ese momento recordó. Recordó claramente las palabras de Miulina: "cuando desees volver tendrás que hacerlo por este mismo lugar: aquí, jalando el cordón del fraile que arrastra por el suelo."

Sin pensarlo un segundo, Simón se abrió paso a codazos entre el fraile, el obispo y el perro, y más rápido que una liebre asustada y sin escuchar el alarido de horror que lanzó Basilio Santa Cruz al verlo pisar la tela, se agachó sobre el hábito del fraile pintado y tiró del cordón atado a su cintura que al instante se hizo duro y grueso en su mano.

Capítulo XV

¿FUE UN SUEÑO?

SIMÓN TIRÓ del cordel con tanta fuerza que perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo. Pero esta vez nadie se alarmó: quedó tendido sobre las tablas del piso del Museo Colonial de San Francisco en Santiago de Chile, y no había nadie a su alrededor.

Se puso de pie lentamente y se palpó todo el cuerpo, como para confirmar que era un ser de carne y hueso y no un fantasma. Miró hacia todos lados tratando de recordar si ese era exactamente el lugar que había dejado antes de emprender su increíble viaje. Le pareció que todo estaba en su sitio, incluso se sorprendió al comprobar que aún estaban ahí su

carro de madera con cuballos y el libro que le había regalado el padre Gerónimo y que había dejado sobre el piso mientras Miulina le enseñaba la restauración hecha en la tela. ¿Cómo era posible que nadie, durante todo el tiempo que había pasado en el Cuzco, los hubiese tomado? ¿Ni siquiera Hilario, al hacer el aseo? ¿Cuánto tiempo había pasado entonces? Según sus cálculos, al menos tres días. ¿Y si todo hubiera sido de verdad un sueño? ¿Y si se hubiera caído, dándose un golpe en la cabeza, y su aventura fuera efecto de la pura imaginación? ¿Dónde estaría Miulina? Estaba terriblemente confundido.

Simón escuchó voces y de inmediato aparecieron varias personas, con facha de turistas, con un guía que comentaba, con voz estentórea, cada uno de los cuadros.

—Este es el *Entierro de San Francisco*, que fue pintado en 1684 por Juan Zapaca Inga, uno de los grandes pintores indígenas del taller cuzqueño. Como pueden ustedes ver, su firma está aquí a la derecha de la tela. El obispo que aparece a la izquierda, es don Manuel de Mollinedo y Angulo, que fue el gran mecenas que hizo posible que el Cuzco se convirtiera en la capital del arte cuzqueño barroco y a quien el pintor rinde homenaje, retratándolo en el cuadro. Verán ustedes que en la mayoría de estas pinturas aparecen personajes u objetos que nada tienen que ver con el momento histórico en que vivió el santo: muchos de los rostros

allí pintados son de indígenas americanos; y muchas veces los trajes que visten las personas, las plazas o los decorados de las habitaciones pertenecen a las formas vigentes en ese momento en el Cuzco y no a los modelos de los grabados enviados desde Europa. También algunas frutas o verduras, como los ajíes que aparecen sobre la mesa de los comensales en la siguiente pintura que veremos, son autóctonas de América y no se conocían en Europa en la época del santo.

Simón se había quedado boquiabierto escuchando las explicaciones del guía. ¡Él había conocido a Juan Zapaca Inga, estaba seguro de eso, no podía haberlo soñado! Y también había escuchado cómo el maestro Santa Cruz instaba a Manolo a enfatizar el rojo de los ajíes; y había visto asimismo cómo Santa Cruz dibujaba un rostro moreno y de rasgos indígenas y no uno pálido y de facciones afiladas como las del grabado en el que se inspiraba. ¿O todo eso era algo que había escuchado ya contar a uno de los guías, o tal vez al padre Gerónimo, y luego de un golpe en la cabeza y perder el conocimiento creyó que lo había vivido? Se acercó lentamente al grupo y cuando levantó los ojos hacia el cuadro que tenían al frente fue tal su impresión que dio un grito, sin importarle que todos se lo quedaran mirando. ¡El obispo que estaba allí dibujado sobre la tela era exactamente el mismo que se paseaba entre los pintores: en el taller del Cuzco, el mismo que había llegado en la calesa con

Palacio 79

los dos negritos, el mismo que había dado una patada al perro que mordía el cordón del fraile! Pero así y todo, lo que le había pasado era demasiado extraordinario como para aceptarlo sin más. Se sintió observado por los dos hombres y cuatro mujeres que integraban el grupo de visitantes y se alejó de ellos, adoptando un aire indiferente, con las manos en los bolsillos.

Entonces sus dedos tocaron algo duro, y la certeza que no quería aceptar se hizo aun más evidente: ahí, en el fondo del bolsillo estaban las cáscaras del maní que le había dado Chimpu. ¿O serían las del domingo pasado, cuando su abuela le había comprado un paquete de maní a la salida de misa? Pero había también en su bolsillo otra cosa, algo suave... ¡el pañuelo de doña Engracia!

—Hola, Simón: ¿todavía por aquí? ¿Y esa cara de consternación? ¿Te ha sucedido algo? ¡Casi te das de bruces conmigo! —exclamó el padre Gerónimo.

—Ehhh, ¿ha visto a Miulina, padre?— atinó a decir Simón. Tenía que encontrar a esa bruja, porque era la única que podría aclararle las cosas. ¡Nadie más le creería!

—¿Miulina, la restauradora?, hasta hace poco estaba aquí...

—Padre, ¿podría decirme a qué fecha estamos?

—Jueves 19 de febrero.

—¿Y qué hora es?

—Pues exactamente... —miró su reloj— las diez y treinta y cinco minutos.

—Y yo estuve con usted a las...

—Alrededor de las diez llegaste por aquí. ¿Qué te pasa, Simón? ¿Te sucede algo?

—No, no, nada, padre... Ya me voy. Gracias por todo, ¡adiós!—. Y cogiendo el carro y sus libros, salió presuroso del lugar.

El padre Gerónimo se lo quedó mirando hasta que desapareció tras la puerta.

Caminó hasta su casa como un sonámbulo, sin ver ni oír nada a su alrededor, totalmente abstraído por la aventura que había vivido y que no podría contar a nadie sin que lo creyeran un mentiroso o un loco. Ni siquiera Elvis le creería. Lo más extraño de todo era que aquí en Santiago de Chile no había pasado el tiempo, y su regreso había sido a la misma hora en que Miulina lo dibujó en el cuadro. Eso era lo único que lo hacía dudar, pese a todas las evidencias que tenía de que su estadía en El Cuzco había sido real. ¡Pero estaba seguro de poderlo comprobar! Su mamá, de estar viva, habría hecho lo mismo que él: seguir la pista a los objetos traídos a Chile por Rosa Banderas. Y más ahora, que tenía la certeza de que doña Engracia había pedido dibujar tres objetos que aparecían en los cuadros de San Francisco. Aunque... ¿cuáles eran esos tres objetos? No había alcanzado a saberlo, porque en ese momento Zapaca Inga lo había enviado a entrar un baúl que había en el zaguán y

Pérez 79

luego él había salido a la plaza donde se había encontrado con Chimpu. ¡Qué rabia! ¿Cómo no pensó en ese momento en la importancia de enterarse de cuáles eran los objetos? Al no poder identificarlos era muy difícil, por no decir imposible, llegar a encontrarlos.

¿Qué hacer? Luego de su increíble y azaroso viaje al pasado, ya nada volvería a ser como antes. Por algo suceden las cosas, pensó. Y sintió que su insólita travesía en el tiempo había sido una aventura que recién comenzaba, un llamado a rescatar las joyas, un punto de partida para seguir investigando. Quizás si le contara a Elvis que... ¡Elvis! ¡Se le había olvidado completamente que a Elvis lo habían acusado de ladrón y que debía tratar de convencerlo de que fuera al convento a hablar con el padre Gerónimo! ¡Qué lejos de sus pensamientos había quedado su amigo! Le parecía que era mucho el tiempo transcurrido desde la última vez que estuvo con él. Pero resulta que había sido tan sólo el día anterior.

Sin esperar el ascensor, subió de dos en dos las escaleras hasta llegar al cuarto piso. Su abuela estaba en la cocina.

—¿Simón? ¿Compraste las aspirinas para tu abuelo? —fue lo primero que ésta dijo.

¡Las aspirinas! Buscó en sus bolsillos por hacer algo, por si se producía un milagro, puesto que sabía que allí no estaban. ¿Qué diría a su abuela?

—¿Tienes las aspirinas, Simón? —insistió doña Pepa, cogiendo un vaso de agua.

—No, no las tengo.
 —¿Se te olvidó pasar por la farmacia?
 —No.
 —¿Entonces?
 —Es que ya no las tengo.
 —¿Las perdiste?
 —Algo así.
 —¿Cómo, algo así? ¿Las dejaste en algún lado?
 —Sí, es decir, no... ¡Ya no las tengo, abuela!
 —¡Era lo único que faltaba! Vas a cumplir doce años, te las das de hombre grande que puede salir solo y ni siquiera se te puede encargar algo, porque lo pierdes—. Y doña Pepa, muy enojada, siguió con una retahíla de reclamos que parecía no terminar nunca.
 —¿Es tuyo este pañuelo, Pepa?— le mostró Simón, para desviar su atención.
 —¿A ver? No, no es mío... ¿de dónde lo sacaste, hijo?— lo examinó, curiosa— ¡Es finísimo! Ya no existen estos bordados a mano que requieren tanto trabajo, ni estos encajes. Mi abuela tenía uno parecido, que a su vez era de su abuela, pero estaba ya todo roto. ¡Este parece nuevo!
 —Lo encontré en el suelo.
 —¡Qué increíble! Ahora los pañuelos son desechables y los bordados se hacen a máquina. ¡Este es una rareza! ¡Y una maravilla! ¿Me lo regalas?
 —No puedo, Pepa. Lo necesito como muestra

de algo, después te explico— Y guardándolo nuevamente en el bolsillo, lanzó a su abuela un beso en el aire y se fue a su pieza.

Doña Pepa, ya olvidada de las aspirinas, dio un suspiro ruidoso y se puso a lavar las tazas del desayuno.

Una vez en su cuarto, Simón dejó sobre la repisa el carro de madera, en el velador el libro de San Francisco, y se tendió en su cama. ¿Cuál era su próximo paso a seguir? Estaba muy cansado y se le confundían las ideas. Ante todo debía hablar con Elvis. ¿Habría robado él la patena? ¿Pero cuándo, en qué momento? Y si era así, ¿qué le iría a pasar? Pobre Elvis, talvez nadie le dijo nunca que no se debe robar, pensó.

Le pesaban los párpados. Luchando contra el sueño, cogió el librito que le había regalado el padre Gerónimo y lo abrió al azar. "Bienaventurado el hombre que soporta la fragilidad de su prójimo, así como quisiera que le soportaran a él cuando en el mismo caso estuviere", leyó.

Pobre Elvis, volvió a pensar, tengo que hablar con él y decirle...

No alcanzó a elucubrar más, porque se quedó profundamente dormido.

Capítulo XVI

EN BUSCA DE ELVIS

A LA mañana siguiente, Simón partió muy temprano en busca de Elvis. Primero tenía que solucionar lo de la patena y después se preocuparía de las joyas. Encontró a don Benito, que ya estaba en el parque barriendo las veredas salpicadas de papeles y puchos.

—¡Hola, don Benito! ¿Y su hijo?

—Llegó conmigo, ese chiquillo, pero ya desapareció. ¡Y eso que venía para ayudarme! Seguro que anda por las calles del centro pidiendo plata, como si fuera un vago.

—Yo nunca lo he visto pedir limosna— lo defendió Simón.

—¿De dónde saca entonces los billetes para comprarse esas revistas de monos feos que se pasa leyendo? Nunca me cuenta nada. Sé que ayuda a su mamá, pero igual no me gustaría que un hijo mío pasara como mendigo.

—A lo mejor trabaja.

—Algunas veces consigue algo por ahí.

—Necesito verlo. ¿Por dónde se iría?

—Siempre anda por la calle Monjitas, donde tiene algunos amigos.

Luego de la conversación con don Benito, Simón partió en busca de Elvis con más dudas que nunca. ¿Pediría limosna? ¿Haría algún trabajo? ¿O sería uno de esos lanzas que operan en el centro de Santiago? Desechó este último pensamiento, molesto por haberlo tenido, y apuró el paso. Cuando pasó frente a la tienda del anticuario se quedó unos instantes observando la vieja máquina de escribir y el teléfono con auricular de corneta y se preguntó si alguien los iría a comprar alguna vez. De pronto, siguiendo una intuición, abrió la puerta y entró al interior. Un hombre gordo, vestido con *jeans* y una chaqueta raída examinaba una serie de objetos que había sobre el mesón.

—¿En cuánto me los deja? El último precio...

—No puedo rebajar más —respondió el dueño, que vestía el mismo terno y la misma corbata de humita que la vez anterior — Son de plata pura y muy antiguos.

—Si es así, tendré que consultarlo con mi

socio: volveré otro día. Y en cuanto a lo otro..., hizo un gesto vago con la mano.

Simón se acercó al mostrador y fijó su atención en los objetos ahí expuestos, que eran casi todos plateados, aunque varios mostraban manchas amarillas. Había varias cajitas con incrustaciones de piedra, dos ceniceros en forma de canasto, una bandeja ovalada y un platillo dorado y plano, calado al centro formando una cruz como si fuera un encaje.

—¿Será esa la patena?, se excitó Simón.

—¿Qué quieres niño? —a voz del anticuario lo sobresaltó.

—Ehhh... busco a Elvis. ¿no lo ha visto por aquí?

—No. Y si viniera lo e.haría. No me gustan los fisgones.

Simón se disculpó y salió apresuradamente del lugar, muy agitado por el descubrimiento que creía haber hecho. La descripción de la patena que le había hecho el sacerdote coincidía plenamente con el objeto que había visto. Claro que podía haberse equivocado, pero no creía. Tenía que advertírselo cuanto antes al padre Gerónimo. ¿Quién la habría robado? ¿Sería Hilario el ladrón? Porque Hilario y el anticuario eran amigos. ¿O de verdad el culpable era Elvis, que se la vendió al anticuario y éste, para disimular, decía que no le gustaban los fisgones?

No sabía qué hacer, si volver de inmediato al convento o buscar primero a su amigo. Cuando

estaba apunto de decidirse por la primera opción, vio a Elvis. Venía en sentido contrario a Simón, por el borde de la calle, en una bicicleta que llevaba adosado al manubrio un canasto lleno de bolsas de supermercado.

—¡Elvis, Elvis!

Pero su amigo pasó junto a él pedaleando con mucha fuerza, sin hacer amago de haberlo visto ni oído.

—¡Elvis, Elvis: necesito hablar contigo! — volvió a gritar, lo más fuerte que pudo.

Elvis siguió su camino, impertérrito.

Simón se puso a correr y lo alcanzó en aun luz roja.

—Oye, Elvis, escúchame: es muy importante lo que te tengo que decir.

Cuando dieron la luz verde y Elvis, que seguía haciéndose el sordo, comenzó a pedalear, Simón lo agarró por la polera y le dio un empujón. Una bolsa blanca voló por los aires y Elvis lanzó un garabato.

—Elvis: ¡yo nunca he pensado mal de ti! —exclamó Simón, sintiéndose un hipócrita, mientras recogía una botella plástica de bebida y dos tarros de duraznos al jugo que habían rodado hasta la cuneta—. Por favor, conversemos.

De mala gana, el muchacho se bajó de la bicicleta y la empujó hasta subirla a la vereda.

—¿Qué quieres? Dime, rápido, porque tengo que entregar esta mercadería—. Elvis se quedó mirando a Simón, muy serio.

En un instante pasaron por la mente de Simón, como sinopsis de una película, las distintas veces que Elvis se lo había quedado mirando con esos ojos oscuros y vivaces, que reflejaban como un espejo lo que estaba pensando: admiración, cuando Simón le traducía los textos en inglés de una revista de historietas; dulzura, cuando hablaba de su mamá o de sus hermanos chicos; interés cuando le contó lo del carro de fuego; alegre superioridad mientras encendía uno de sus puchos recogidos del suelo frente a él, que nunca había probado uno; rabia y lágrimas contenidas cuando se sintió acusado. Ahora lo miraba desafiante, pero sereno, con un cierto aire de tristeza, como diciendo que ya nada volvería a ser como antes. Simón sintió pena y en ese momento tuvo la certeza de que Elvis nunca le había mentado.

—Perdóname Elvis. Te dije que nunca había dudado de ti, pero no es cierto, no te quiero mentir. Pero estoy arrepentido, porque ahora te creo y pienso que...

—¡No tenemos nada más que hablar! —lo interrumpió Elvis, tajante, al tiempo que se encaramaba al asiento de la bicicleta.

—Elvis, ¡por favor! —Simón lo cogió de un brazo—. Estoy seguro de que tú no robaste ese reloj; ¡no sé cómo pude pensarlo! Elvis, eres mi mejor amigo y por eso quise decirte la verdad. ¡Perdóname, por favor! Me han pasado muchas cosas, tengo mucho que contarte. Quiero que me ayudes a...

—Claro; ¡que te ayude! Para eso me buscas.

¿Qué te crees? ¡Búscate a otro: a otro que sea igual a ti!

Y Elvis partió, pedaleando con furia.

Simón se quedó paralizado sintiendo el peso de la angustia. ¡Elvis no lo iba perdonar nunca! ¡Y todo por decirle la verdad! Pero ¡igual! prefería haberlo hecho, ya no se sentía hipócrita. Quizás algún día cuando...

—¡La bolsa!

En medio de sus cavilaciones, se dio cuenta de que en el apuro por irse, Elvis había dejado en el suelo la bolsa que tenía que entregar. La cogió y partió corriendo en la misma dirección que había tomado su amigo. Zigzagueó entre la gente y cruzó las calles como un perro persiguiendo a un gato, sin fijarse en las luces rojas ni escuchar los gritos de un taxista que estuvo a punto de atropellarlo; finalmente divisó la bicicleta amarilla, bloqueada en aun esquina por una fila de micros. Llegó hasta ella jadeando.

—No te ando buscando para que me ayudes —le dijo a Elvis al tiempo que le entregaba la bolsa—, era para conversar contigo nomás. Pero si ya no quieres ser mi amigo, no te puedo obligar—. Y dando media vuelta se alejó caminando, cabizbajo.



Paloma 79

FRANCESCA

LO QUE le había sucedido con Elvis apesadumbraba a Simón y no sabía cómo haría para convencer al padre Gerónimo de que su amigo no era el ladrón. Tampoco podía olvidar ni por un minuto su sorprendente viaje al pasado. Si no fuera por las vainas de maní y el pañuelo bordado que guardaba en su bolsillo podría haber llegado a pensar que se estaba volviendo loco. Quizás si le mostraba el pañuelo al padre Gerónimo...

—¡Simón!

La voz, a sus espaldas, era de Elvis.

—Ya entregué la mercancía. Ahora tengo que ir a devolver la bicicleta al almacén. Si quieres me acompañas y después hablamos.

Simón se animó de inmediato y sin hacer comentarios aceptó el ofrecimiento con una gran sonrisa. Se imaginaba el esfuerzo que su amigo había tenido que hacer para perdonarlo, para dejar atrás su orgullo herido; y su estima por él creció. Elvis se había bajado de la bicicleta y empujándola con una mano, caminaba junto a Simón en un silencio que ninguno de los dos interrumpió hasta llegar a La Estrella, que era un pequeño almacén de barrio.

El dueño, un rubio pecoso y colorado que atendía en la caja, le dijo a Elvis que dejara la bicicleta en la bodega. Mientras lo esperaba, Simón se dirigió al mesón del fondo donde se alineaban enormes frascos de vidrio llenos de chocolates, calugas y dulces de distintas texturas y colores. Una niña de su misma edad o quizás un poco mayor, también rubia y pecosa, sacaba de un frasco con un cucharón de vidrio un montón de caramelos que iba introduciendo en una bolsa de papel. Al acercarse, Simón se sintió envuelto en dulces aromas y se dio cuenta de que no sólo los caramelos, sino que el pelo, la ropa, la piel de la niña estaban impregnados de fragancias de anís, menta, chocolate, pistacho, almendras...

Quedó fulminantemente extasiado.

¿Se podrá uno enamorar de alguien por el olor?, se preguntó.

—¡Hola!, ¿quieres uno?

—¡Gracias!— se azoró Simón.

La muchachita extendió su palma con un caramelo blanco con rayas rosadas, que al centro tenía la figura de una flor. Simón lo cogió como si fuera un delicado tesoro y se lo puso en la boca con delicadeza.

—¡Mmmm!, delicioso...

Ella sonrió y en sus mejillas aparecieron dos hoyuelos. Simón respiró hondo y paladeó el caramelo seguro de que nunca antes había probado una delicia igual: se sentía en el paraíso. En un impulso, metió la mano en el bolsillo y sacando el blanquísimo pañuelo de doña Engracia, le dijo:

—Toma, te lo regalo.

En ese momento llegó Elvis.

—¡Hola Francisca!

—¡Me llamo Francesca y no Francisca! Y se pronuncia *Franchesca*, por si no lo sabes. ¿Por qué no entiendes, Elvis? ¡Soy italiana!

—Pero yo soy chileno y tú también eres chilena, porque naciste en Chile. Aquí te llamas Francisca —porfió Elvis.

—No te daré ni un caramelo si no me llamas por mi nombre.

—Tengo cosas más importantes que hacer que comer caramelos —rió Elvis, alejándose hacia la puerta—. ¡Vamos, Simón!

Francesca se quedó examinando el pañuelo de encaje, con el ceño fruncido y una sonrisa en los labios.

Los dos amigos caminaron hacia el Parque

Forestal y allí se sentaron en un banco, bajo un frondoso plátano oriental. Simón estuvo hablando durante largo tiempo, mientras su compañero lo escuchaba mordisqueando una paja seca que había arrancado del pasto. Simón le contó del robo de la patena, de lo conversado con el padre Gerónimo, y por último de su increíble travesía. Elvis, fascinado por el relato del viaje al Cuzco, quiso saber todo tipo de detalles. Cuando terminó con las preguntas, dijo:

—Ese cuento sí que no te lo va a creer nadie, amigo. ¿Y dónde está el pañuelo de la vieja esa? A lo mejor si se lo muestras al cura...

—Es que no lo tengo.

—¿No lo tienes?

—Lo regalé.

—¿Lo regalaste? ¡No me digas que era ese pañuelo que...!

—Sí, era ese —confesó Simón, sintiéndose como un tonto.

Pero Elvis, en vez de burlarse, dijo:

—Bueno, no es tan grave, se lo puedes pedir de vuelta.

Simón no respondió.

—¿Sabes? Te creo. Siempre pensé que Miulina era medio bruja—. Elvis puso cara de serio.

—¿Me vas a ayudar entonces?

—¿A qué?

—¿Cómo que a qué? ¡A buscar los diamantes!

—¡Vamos con calma, compañero! Primero,

te quiero decir que no pienso en acercarme a esos curas que piensan que soy un ladrón. Y después, con el cuento de los diamantes...¿cómo sería la repartija?

—Elvis: ¡entiende! Primero que todo hay que desenmascarar a Hilario, y para eso hay que hablar con el padre Gerónimo. Te aseguro que nos va a escuchar. Mucho peor sería que llamara a los carabineros o a la policía de Investigaciones, porque ahí sí que te irían a buscar a tu misma casa.

—Te repito que yo no piso otra vez ese convento. Porque soy pobre, nomás, todos sospechan de mí. ¿Y si fuiste tú el ladrón, ah? ¿Por qué yo y no tú?

—Porque Hilario te acusó y dijo que muchas veces habías robado. ¡Es por eso que no nos podemos quedar así!

—Yo no vuelvo al convento.

—Mira, Elvis: te prometo que no te va a pasar nada. Tienes que tener más orgullo: ¡no puedes permitir que te traten de ladrón!

Elvis se quedó en silencio, chuteando piedrecitas del suelo. Después de un rato preguntó:

—¿Y los diamantes?

—Los diamantes son de los franciscanos.

—¿Y para qué quieres descubrirlos, entonces?

—Porque quiero saber si soñé que fui al Cuzco o fui de verdad. Porque tengo ganas. Porque los franciscanos hacen voto de pobreza y no se van a dejar los diamantes para ellos, sino que los van a

vender para hacer obras buenas.

—No estoy tan seguro de eso último. La verdad, compadre, es que no me dan ganas de buscar diamantes para dárselos a los curas. Además, para encontrarlos tendrías que volver al Cuzco y averiguar dónde los escondió la señora esa. Tu viaje no sirvió de mucho...

—Mira Elvis...

—No sigamos hablando de esto, amigo. No me interesa.

—Bueno, hasta aquí llegamos, entonces —dijo Simón, perdiendo la paciencia—. Tú te las arreglas solo y yo también—. Y poniéndose de pie se alejó del Elvis sin despedirse, picado y furioso, camino al convento.

Capítulo XVIII

EL OJO DE LAUCHA

Elvis 79

—**BUENO, SIMÓN**, ¿y qué pasó con tu amigo? ¿No lo pudiste traer? —inició la conversación el padre Gerónimo.

—Es que entremedio me pasaron muchas cosas, padre —desvió la pregunta Simón—. Esta mañana pasé por donde Caroca, un anticuario de la calle Monjitas que es amigo de Hilario, y resulta que en ese momento estaba vendiendo un objeto de plata que estoy seguro era la patena desaparecida.

—A ver, a ver...¿cómo es eso? Vamos por partes —dijo el sacerdote, juntando las manos sobre el escritorio y acomodándose en su sillón—. Uno: ¿qué hacías tu donde ese anticuario y cómo sabes

que es amigo de Hilario?, y dos: ¿por qué piensas que era la patena robada, si tú nunca la viste?

—Sé que es amigo de Hilario porque me lo dijo Elvis; y creo que es la patena porque era tal como usted me la describió: redonda, plana y con un dibujo calado en el metal en forma de cruz.

—¿Y cómo llegaste a esa tienda?

—La primera vez fue cuando íbamos siguiendo a Hilario...

—¿La primera vez? ¿Siguiendo a Hilario? ¿Y por qué lo iban siguiendo y con quién?

—Con Elvis, porque... porque...

Simón se turbó y no supo qué contestar. ¿Cómo le iba a decir al padre Gerónimo que sospechaba del Cara de Laucha porque desde el primer día le había caído mal, porque tenía los ojos juntos y no miraba de frente, y por todo lo que Elvis le había contado?

El sacerdote se quedó esperando la respuesta, pero como Simón seguía mudo, le dijo:

—Lo que haremos será llamar a Hilario y preguntarle directamente sobre ese anticuario.

Se puso de pie y se dirigió a la puerta. No le costó mucho encontrar al sacristán, pues éste sacaba brillo con un trapo a un viejo sillón de cuero que estaba en la galería a pocos pasos de allí.

Hilario entró en la oficina del sacerdote sin mirar a Simón, y se quedó de pie frente al escritorio.

Hilario —comenzó el franciscano—, ¿tú conoces a un tal Caroca, que tiene una tienda de antigüedades en la calle Monjitas?

Pluma 79



El sacristán lanzó una furtiva mirada de reojo a Simón y luego respondió, sonriendo displicente:

—Sí, lo conozco. Muchas veces viene a oír misa por acá, es muy piadoso. Usted no lo debe haber visto porque se sienta atrás. Un día entré a conversar con él. Es buena persona y serio en su trabajo. Mucha gente del barrio le vende objetos antiguos.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—A ver... —Hilario puso cara de estar pensando— creo que fue esa vez cuando lo visité en su tienda, hace unos cuantos días atrás. Sí, claro, esa vez fue. Y ahora que me acuerdo, justamente ese día apareció por allá ese amigo tuyo— por primera vez Hilario miró de frente a Simón con sus ojillos de laucha—. El señor Caroca me contó entonces que ese Elvis siempre llegaba a ofrecerle mercadería, pero que él nunca se la compraba porque no estaba muy seguro de su procedencia.

Simón sintió que una oleada de sangre le subía al rostro. ¡Maldito mentiroso! Y lo que más rabia le daba era que ese infeliz mentía tan bien, que lograba sembrar la duda.

—Simón dice que el señor Caroca estaba vendiendo la patena que nos robaron.

—¿La patena? —el tono de Hilario era de sorpresa.

—¡Sí!—interrumpió Simón—. ¡Pero no la vendió! A lo mejor todavía la tiene...

—¡No me diga que ese chiquillo...! —Hilario dejó la frase inconclusa, dio un suspiro y emitió una risa cortita.

Simón no se pudo contener:

—¿Hasta cuándo acusa y miente? ¿No acaba de decir que su amigo Caroca no le compra nada a Elvis?

—¡Cálmate, Simón! —el sacerdote se puso de pie y habló seco—. Lo que haremos de inmediato es ir los tres donde ese anticuario, y hasta entonces no se hable más. ¡Vamos, andando!

A Hilario se le había esfumado la sonrisa y dijo atropelladamente:

—Padre: deme un minutito, por favor, para ir a sacarme este delantal sucio. No me demoro nada. Y sin esperar respuesta, corrió hacia la puerta y desapareció.

Simón y el sacerdote se quedaron en silencio escuchando los pasos presurosos del sacristán, que crujían sobre el piso de madera. El padre Gerónimo se había vuelto a sentar, cerró los ojos y cruzó las manos sobre su pecho, como si estuviera rezando. Luego de un rato que a Simón le pareció excesivamente largo y que llenó tratando de descifrar los títulos en latín de algunos de los libros ordenados en la estantería adosada a la pared, Hilario regresó y los tres salieron del convento.

El barbudo y macizo sacerdote caminaba a grandes trancos y la cruz de madera saltaba sobre su pecho a cada zancada. Llevaba el ceño fruncido y su rostro de facciones pronunciadas, más que el de un dulce seguidor de San Francisco, parecía ahora el de un titán enfurecido. Lo seguía Hilario,

a pasitos cortos y rápidos; usaba una amplia camisa floreada, que revoloteaba sobre el pantalón; respiraba fuerte e iba muy colorado. Simón, algo más atrás, se detenía en las esquinas por si divisaba a Elvis, y luego trotaba hasta alcanzarlos. Los tres, en fila india, formaban un curioso cortejo que llamaba la atención de algunos transeúntes.

Cruzaron la Alameda, siguieron por la calle José Victorino Lastarria y doblaron a la izquierda por Monjitas. Cuando pasaban frente a La Estrella Simón lanzó una mirada hacia el interior, por si distinguía entre los frascos con caramelos a Francesca, la niña con olor a anís; pero era imposible porque caminaban demasiado rápido.

Finalmente llegaron frente a la tienda del anticuario. Ante la extrañeza del padre Gerónimo y la sorpresa de Simón, estaba cerrada con una reja metálica; sobre el enrejado sobresalía una hoja de papel blanca, fijada con una tela adhesiva. En ella, con letra grandes y desordenadas, se leía: **CERRADO POR DUELO.**

—¡Ah! —dijo Hilario— ¡Se debe haber muerto un tío que vive en el Sur! Me había dicho que estaba muy ¡rave.

—¡Curiosa coincidencia! ¡Qué lástima! —dijo el franciscano.

En ese momento, un perro flaco, amarillo y negro, se acercó a ellos, levantó la pata y lanzó un chorro de pipí sobre la reja, salpicando el pantalón del sacristán que, furioso, le lanzó una patada.

EL VIVO DEL 'ELVIS'

—**ELVIS** VINO a buscarte— dijo la abuela, entrando al cuarto de su nieto, a las diez de la mañana, y abriendo las cortinas para que entrara el sol.

—¿Elvis? —se sorprendió Simón, aún medio dormido— ¿Cuándo?

—No eran ni las ocho. Por suerte ya me había levantado.

—¿Y por qué no me despertaste?

—No quiso, dijo que andaba apurado. Es curioso...

—¿Que tiene de curioso? ¡No empieces, Pepa!

—Ni siquiera me dejaste terminar la frase: encontré curioso lo que me dijo.

—¿Y qué te dijo?

—Que tenía algo importante que decirte.

—¿Y eso qué? —respondió Simón, exasperado.

—¡Qué pesado te pones, por Dios! Dijo además, que te esperaba en La Estrella, donde él iba a estar empaquetando, o algo así. ¿Me puedes decir en qué andas metido, niño?

—Para tu tranquilidad, abuela, todo en lo que ando "metido", como tú dices, tiene que ver con el padre Gerónimo.

—¿Con el padre Gerónimo? —se extrañó doña Pepa —Me gustaría hablar con el padre Gerónimo. Quizás el domingo, después de misa. ¿Tú sabes si...?

—Tengo que irme —la interrumpió Simón, lanzando hacia atrás las sábanas y levantándose de un salto.

—¿Cómo que "irme"? ¡Si te acabas de despertar, no has desayunado todavía!

—Tengo que hacer algo muy importante.

—¿Y yo no podría saber qué es eso tan importante?

—No por el momento, abuela.

—También llamó tu amigo Andrés. Acaba de llegar de vacaciones y quería verte.

—Andrés tendrá que esperar. Hoy no puedo.

Doña Pepa dio un largo suspiro. Dejó a Simón vistiéndose y se fue a sentar al living, frente al ventanal. A veces no sabía hasta dónde tenía que controlar a su nieto sin convertirlo en "un hijo de viejos", acusación que le hacía su marido cada vez que ella le negaba algún permiso. Por un lado, confiaba plenamente en Simón, pero por otro lado era aún un niño. Sí,

hablaría con el padre Gerónimo y le pediría consejo, se dijo. Y esbozó una sonrisa imaginando la cara que pondría su marido, que era un poco *come-curas*, si supiera lo que estaba pensando. Y mientras contemplaba en silencio los techos y antenas de los edificios que se prolongaban hasta los faldeos de la cordillera, le rezó a María y le pidió desde el fondo de su corazón que protegiera a su nieto y lo apartara de todo peligro.

Elvis ordenaba canastos en la puerta del almacén cuando llegó Simón.

—Vamos al parque, allá te cuento —fue su saludo.

Simón, que estaba deseando ver a Francesca, no sabía cómo hacerlo sin que se notara.

—¿No te importa que primero entre al almacén? Mi abuela me encargó que le comprara algo.

—¿Qué cosa?

—Lechugas —fue lo primero que se le ocurrió.

—Aquí no tienen lechugas. Anda a la verdulería, que está un poco más allá.

Sintiéndose un tonto por haber dicho lechugas y no arroz o tallarines, no se atrevió a seguir insistiendo.

—Bueno, no importa, no era urgente. ¡Vamos!

—¿Dónde van tan apurados que ni saludan? —escuchó entonces Simón, y un aroma a naranjas y chocolates le llegó como una oleada. Sintió que el calor le subía por todo el cuerpo.

Tras ellos estaba Francesca.

—Voy a comprar entradas para el ballet del Teatro Municipal —les anunció, agitando un bolsito rojo, y alejándose en sentido contrario al que ellos iban. Simón no alcanzó ni a abrir la boca y se quedó alelado contemplando como ella se alejaba presurosa, mientras su melena rubia oscilaba como un péndulo.

—¡Ya, pues, Simón! ¿Qué esperas? ¡Vamos! Simón despertó de su estupor y disimuló apurando el paso.

—¿Sabes? Lo he estado pensando y me voy a defender: si quieres me acompañas a conversar con el cura —comenzó diciendo Elvis—. Además... ¡no quiero pelear contigo!

—¿Qué piensas decirle?

—La verdad.

—¿Y si no te cree?

—Ese es su problema, no el mío.

—Las cosas se han complicado, Elvis —dijo Simón, muy serio, sin dejar traslucir lo feliz que lo habían puesto las palabras de su amigo. Y rápidamente lo puso al tanto de la conversación que había sostenido con el padre Gerónimo y con Hilario, y la frustrada visita al anticuario—. Si los del Museo acuden a Investigaciones, seguramente van a ser ellos los que te van a interrogar.

—¡Que me interroguen! ¡Me da lo mismo! Todas las acusaciones del ojijunto ese son una sarta de mentiras. Y Elvis lanzó con rabia un par de garabatos que Simón no había escuchado jamás.

—Bueno, entonces quédate tranquilo.

—¿Te cuento? Ayer estaba repartiendo cosas del almacén, cuando vi a Caroca que salía de su tienda y bajaba la cortina metálica. Después salió corriendo y en la esquina detuvo un taxi, lo que me pareció raro porque es un viejo avaro y siempre anda en micro. Pensé que debía andar muy apurado. Ahora entiendo...

—Lo probable es que le acabaran de avisar que se había muerto su tío.

—¿Me vas a decir que tú crees en ese cuento? ¡Se estaba arrancando del cura, compadre!

—¿Tú crees, que aparte de ser pesado, es adivino?

—Seguro que Hilario le avisó.

—¿Pero cómo, si estaba con nosotros?

—¿No se movió del lado de ustedes?

—Solamente cuando se fue a sacar el delantal.

—¡Ahí está, pues!

—¿Ahí está qué?

—¡El teléfono! Cuando fue a sacarse el delantal, llamó por teléfono a Caroca para avisarle. ¿No ves que la hora coincide? ¿O no sabes que existen los teléfonos?

—Tienes razón: ¡no se me había ocurrido! Y ahora que lo pienso, Hilario se demoró un buen poco en volver. ¡Eres genial, Elvis!

Elvis se levantó de hombros, como diciendo "así es", y sacó un pucho del bolsillo, que puso entre los dientes y empezó a mosdisquear.

—¿Quieres uno? —ofreció.

—No, gracias.

Los muchachos siguieron caminando hasta

llegar al parque y se sentaron bajo el árbol de siempre, que se había transformado en su lugar habitual de reunión, ya que estaba alejado del sendero por donde transitaba la gente.

—Te quería decir dos cosas —comenzó Elvis—. Una, que ya te dije, es que estoy dispuesto a conversar con el padre Gerónimo; y la otra, que te digo ahora, es que te voy a ayudar en lo de los diamantes. Pero, para eso...

—¿Para eso, qué?

—Hay que volver al Cuzco.

—¿Volver al Cuzco?! ¡¿Estás loco?!

—No veo por qué voy estar más loco que tú.

¡Hay que averiguar cuáles fueron los objetos que mandó la doña esa, con los diamantes! ¿No ves que es la única manera que tenemos de poder encontrarlos, si es que todavía existen?

—¡Eso es imposible!

—¿Por qué imposible? De la misma manera como fuiste una vez, se puede ir de nuevo.

—Pero es que...

—Pero es que nada. ¿Tienes miedo?

—¿Miedo? ¡Nunca he tenido miedo!— mintió

Simón

—¿Entonces?

—¿Tu crees es muy fácil volver al Cuzco?

¿Crees que es cosa de quererlo nomás?

—Sí —respondió Elvis, displicente, sacándose el pucho de la boca y escupiendo unos hilos de tabaco.

—¡Genial! ¿Y me vas a decir cómo se hace?

—¡Busquemos a Miulina!

BUSCANDO A MIULINA

MIULINA VIVÍA en un edificio contiguo al de Simón, en el último piso. Subieron en un ascensor antiguo, en el que los números ya ni se leían, y tuvieron que presionar el botón varias veces para que se pusiera en marcha. Las paredes estaban forradas de espejos tan gastados, que uno se veía por partes, y la crujidera de fierros al ponerse en movimiento no aseguraba en absoluto que sus pasajeros llegaran sanos y salvos a su destino.

Saliendo del ascensor se enfrentaron a una puerta pintada de verde, que en el lugar del timbre tenía un cordel dorado con un nudo en la punta. Elvis le dio un fuerte tirón y de inmediato escucharon una melodía de campanitas.

Miulina les abrió la puerta vestida con una bata negra, larga hasta el suelo, y el pelo recogido en un moño sobre la nuca, que parecía un zapallo rojizo. Tenía la cara brillante de crema.

—¡Chicos! ¡Qué sorpresa! ¡Pasen, pasen! Hoy es mi día de embellecimiento, por eso me habéis encontrado en casa. ¿Y a qué se debe esta agradable visita?

Entraron a una amplia sala, con enormes ventanales por los que entraba mucha luz. Había una gran cantidad de plantas distribuidas por todas partes: un gomeró en la esquina, un ficus frente al ventanal, pequeños maceteros con flores sobre las mesas y otros con plantas de largas y delgadas hojas verdes colgando del techo. Libros y revistas viejas no sólo se ordenaban en estantes, sino que se apilaban sobre las sillas, las pequeñas mesitas contiguas al sofá, y también encima de la alfombra. Dos gatos dormían en sendos sillones de mimbre, enterrados en unos desteñidos cojines floreados; el tercero estaba acurrucado arriba de un armario. En el fondo de la sala, contra la pared, había una mesa rectangular, sobre la que se apilaban frascos, papeles, cuacernos a medio coser, hilos, espátulas, cuchillos y un artefacto de madera con fierros, que mantenía aplastado un libro. En el suelo, bajo la mesa, había un tazón con leche y dos ovillos de lana enredados. Y desde lo alto de la pared, dominando el caótico lugar, la pintura de una mujer colorina muy parecida a Miulina, pero de labios

Cuento 79

delgados y expresión dura, los miraba con fijeza. Usaba un vestido negro de mangas largas, terminado en lo alto por un cuello de encaje blanco.

Con un vivo golpe a cada gato en el lomo, Miulina los sacó de su modorra y los obligó a despejar los sillones. Ahuecó rápidamente los cojines llenos de pelos y ofreció asiento a sus huéspedes. Ella lo hizo frente a ellos, sobre un alto taburete giratorio, dejando al descubierto su piernas flacas que ahora calzaba con unas abultadas zapatillas de piel de conejo.

—¿Y bien?—preguntó sonriendo.

Simón tragó saliva, y fue al grano:

—Necesito volver al Cuzco.

Los ojos de Miulina— el verde y el azul —se agrandaron, y luego parpadearon siete veces.

Durante largos minutos reinó el silencio.

Los dos muchachos intercambiaron miradas y permanecieron rígidos como estatuas, como si cualquier movimiento fuera a provocar una hecatombe.

Entonces la dueña de casa soltó una carcajada.

—¡Primero me lo cuentan todo!—invitó, mientras cruzaba las piernas y balanceaba una zapatilla en la punta de los dedos.

Conversaron largo y tendido, y el tiempo se les pasó volando. Miulina les sirvió un jugo color azul que sabía a moras y el trozo de pastel de chocolate más delicioso que habían comido nunca. Cómodamente sentados, atentamente escuchados y

servidos como si fueran príncipes, se podrían haber quedado ahí el día entero.

—Lo que me piden, me parece lógico. ¿Quieren viajar juntos, esta vez?

Simón asintió con la cabeza y los ojos de Elvis llegaron a echar chispas, del entusiasmo.

—Sólo tengo un problemilla: he perdido concentración. ¡Cuando una se enamora, no hay magia que valga! Miulina dio un intenso suspiro—pero haremos el intento. ¡Esperad que me arregle un poco y vamos!

—¿Y a dónde vamos? —preguntó Elvis.

—¡Pues, al Museo! ¿Por dónde quieren viajar, si no es por los cuadros?

—¿Ahora? —preguntó Simón, que se había puesto un poco nervioso con lo de la falta de concentración. Esa Miulina era tan impredecible, pensó, que podía muy bien enviarlos al encuentro de Cleopatra en Egipto y no de doña Engracia en el Cuzco.

La mujer no respondió a la pregunta del muchacho, pues ya había desaparecido por una puerta, que daba a su cuarto. Elvis y Simón se miraron en silencio, algo asustados, pero presos de gran excitación. Para disimular su nerviosismo, Simón se puso a hojear una revista que tenía las páginas de un blanco amarillento y las hojas se quebraban de tocarlas. Un anuncio mostraba a un niño gordo como pelota, con una botellita en la mano. Abajo decía: "para que crezcas sanito como

yo, toma jarabe del doctor Salusto". Mientras tanto Elvis daba vueltas por el cuarto contemplando a la mujer del cuadro. De pronto exclamó:

—¡Esa señora antipática, me persigue con su mirada!

—Es un efecto óptico, Elvis— respondió riéndose Miulina, que ya estaba de vuelta, vestida con vuelos y lunares, tacones altos, rojo en los labios, aros colgantes y el pelo como cascada de fuego sobre los hombros—. Dicen que mi tatarabuela Melania era una buena persona, sólo que un poco lerda: nunca logró hacer bien un conjuro. ¿Habéis de creer que una vez mandó de viaje a su marido y nunca más lo pudo traer de vuelta?

Simón y Elvis empalidecieron al unísono.

—¡No temáis, chicos! —Miulina les guiñó el ojo azul— Sólo son historias familiares... A mí, hasta ahora, no me han fallado nunca. ¡Vamos, andando!

Una vez en el Museo, se fueron directo a la sala de exposición de los cuadros. Divisaron de lejos a Hilario, que no hizo amago de acercarse ni dio muestras de haberlos reconocido. Por suerte no se habían encontrado con el padre Gerónimo, pensó Simón, porque habría sido un poco complicado explicarle lo que hacían allí; aunque era seguro que Miulina se las habría arreglado para decirle algo.

Cuando tres gruesas señoras de pelo blanco pero con shorts y zapatillas, cada una con una cámara fotográfica colgada al cuello, salieron del lugar, Miulina exclamó:

—¡Recórcholis! Olvidé mirar en mis apuntes los datos de los cuadros. Hay que buscar una pintura que hayan mandado a Chile en un segundo correo: ¡es muy importante no equivocarnos, para asegurar fecha y lugar al que vais a llegar!

—¿Y qué podemos hacer?— preguntó Simón.

—Tendré que volver a casa. Habrá que postergar el viaje.

—¿Postergarlo..? —la cara de Elvis era la desilusión misma.

—¡Yo sé! ¡Yo sé! —gritó entonces Simón—. Cuando estaban embalando las telas que partirán, el Maestro Santa Cruz trabajaba en un cuadro... ¡Ese no lo pudieron mandar, porque no estaba terminado!

—¿Te acuerdas cuál era? ¡Tienes que estar muy seguro! —dijo Miulina.

—No mucho...

—¡Trata, trata! —lo urgió Elvis.

—Creo que era un cuadro donde había varios libros. Pero en realidad no estoy muy seguro. ¡En ese momento no estaba para fijarme mucho!

—Será mejor que lo dejemos para mañana, es más seguro— dijo Miulina, disponiéndose a partir.

—¡Nooo! —exclamó Elvis—. Miremos todos los cuadros que hay aquí, a lo mejor Simón se acuerda.

—¡No dispongo de todo el día, chicos!

—Lo haremos muy rápido —dijo Elvis, tirando de la manga a Simón, para que empezara el recorrido.

—Les doy diez minutos —dijo Miulina—, porque tengo una cita—. Y volvió a poner cara de santa enéxtasis.

Los niños comenzaron la observación de las pinturas en orden, según estaban numeradas. En el cuadro cincuenta y uno todavía Simón no recordaba, y la cara de Elvis se ponía cada vez más larga.

—Quizás estaba pintando alguna donde no estaba el santo —insinuó—, y por eso no te acuerdas.

—¡Ahí está! ¡Ese, ese era! —exclamó de pronto Simón, frente a la pintura titulada *San Buenaventura, biógrafo del santo*.

En el centro del cuadro aparecía un sacerdote de hábito blanco, con una capa cortita de color rosa fuerte, sentado frente a una mesa sobre la cual había un cuaderno abierto. En su mano derecha, alzada, sostenía una pluma para escribir. Sobre la mesa había una gran cantidad de objetos, entre los cuales una tijera, un crucifijo, un reloj de arena; y más atrás un estante con varios libros ricamente encuadernados.

—¡Estoy seguro de que era ese: ¡me acordé por los libros y por la capa color melón *cantaloup* de San Buenaventura!

—¡Miulina, Miulina! —llamó Elvis, excitadísimo— ¡Se acordó!

Ella se acercó al cuadro y se quedó observándolo en silencio, mientras Elvis daba pataditas en el suelo, impaciente.

—¿Saben, chicos? Hay otro problema: ¡he olvidado mis pinturas! ¿No os dije que el amor me ha entontecido?— Miulina cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y agitó su cabellera. Luego sonrió en forma beatífica y extendió los brazos, alzando las manos con las palmas hacia arriba, como las santas de las estampas, mientras Simón y Elvis se codeaban, burlones aunque expectantes— ¡Pero no os preocupéis, muchachos, estoy ideando otro medio de locomoción! Tened paciencia... —Miulina abrió los ojos y respiró hondo— ¡Ah, ya sé! ¡Esta vez se irán por la puerta!

En el extremo derecho superior del cuadro estaba San Francisco de pie sobre una nube, rodeado de ángeles; y a la izquierda, a las espaldas del escritor, había una puerta, tras la cual tres frailes dominicos parecían estar escuchando lo que sucedía al interior del cuarto; uno de ellos tenía una cadena y un sol sobre su pecho. Simón leyó en la explicación dibujada, que este último era Santo Tomás de Aquino.

—Primero, algunas recomendaciones- siguió hablando Miulina—. Uno: no deberán estar más de una hora por allá, que es el tiempo que podré controlar esta vez. ¿Llevan reloj?

—Sí, claro —dijo Elvis, levantando su manga y mostrando un increíble reloj, de esos a los que sólo les falta multiplicar y cantar debajo del agua.

Simón prefirió ni pensar de dónde lo habría sacado esta vez, pero Elvis, intuyendo su desconfianza, aclaró:

—Me lo regaló mi tío Jirafa para mi cumpleaños, que fue ayer. Me dijo que era imitación y...

—Dos —siguió ella, interrumpiéndolo—: para volver deberán dar vuelta al ...

Simón no alcanzó a escuchar el final de la frase, porque en ese momento Elvis estornudó y Miulina, sorprendentemente, los cogió por la cintura y los levantó a cada uno con un brazo, igual que si fueran unas plumas o ella más fuerte que Sansón. Luego, con sus cabezas en ristre, empujó la puerta que había en la pintura. Esta se abrió de golpe y los niños, como succionados por un aire a presión, salieron disparados y desaparecieron del museo en las profundidades del cuadro. Simón alcanzó a escuchar las últimas palabras de Miulina, débiles y lejanas, como si ya estuviera a mucha distancia.

—¡Que el Santo os acompañeee...!

Capítulo XXI

LIVIAK SABE AGRADECER

ESTA VEZ Simón cayó sobre algo duro y mojado que se le enterró en las nalgas y le produjo un fuerte dolor. Se puso de pie con dificultad. Su jeans chorreaba de tinta azul: había caído sobre un balde con pintura. ¡Estaba nuevamente en el taller de los pintores cuzqueños! En la pared, frente a él, colgaba un bastidor con el cuadro a medio terminar de San Buenaventura sentado escribiendo. Se fijó que aún no estaban coloreadas las figuras de los sacerdotes detrás de la puerta.

De pronto lo sobresaltó un estruendoso golpe a sus espaldas y a la voz de Elvis, que lanzaba un garabato, siguieron gritos ahogados. Al darse vuelta vio que tres metros más allá, entre las patas de los

mesones y un banco volcado, trenzados en una lucha feroz, estaban Elvis y Liviak.

Corrió hacia ellos, dispuesto a interceder por su amigo, pues Liviak era mayor y muy fornido. Pero Elvis, más astuto que un zorro y ágil como gato, se las había arreglado para hacer una zancadilla a su rival, que estaba de espaldas en el suelo; y en ese momento, con la rapidez de un rayo había sacado un cortaplumas de su bolsillo y presionaba la punta contra la garganta de Liviak.

—¡Elvis! ¡Aparta ese cuchillo! —gritó Simón, aterrado de que le enterrara la navaja y lo matara.

—¡El empezó! ¡Yo no le había hecho nada!

—¡Suéltalo, Elvis! ¡No está armado! Mira su delantal: estaba pintando. Debe haber pensado que éramos ladrones o qué sé yo qué...

—¡Casi me quiebra una costilla, del golpe que me dio! ¿Qué se ha creído?

—Elvis, ¡déjalo, te digo! Yo lo conozco.

—¿Amigo o enemigo?

Elvis estaba sentado a horcajadas sobre el pecho del joven indio y alrededor de la punta de la navaja habían comenzado a aparecer unas gotitas de sangre. Liviak, con los labios apretados, fijaba sus ojos oscuros y brillantes en Simón.

—¡Es mi amigo; suéltalo!

Elvis aflojó la presión de su mano y lentamente comenzó a ponerse de pie. Simón, temiendo que Liviak volviera a reaccionar con violencia, se interpuso entre los dos.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó el inca, conteniendo su furia.

—¡Necesitamos tu ayuda! —exclamó Simón, tomando por sorpresa, no sólo a Liviác, sino que a su amigo Elvis.

—¿Mi ayuda? —se desconcertó Liviác— ¡Sólo vienen a fastidiarme! El maestro Zapaca me dio permiso para quedarme pintando y ustedes llegaron a interrumpir mi trabajo. Además, tú —añadió señalando a Elvis con la cabeza—, querías matarme.

—Me defendí, tú atacaste primero —respondió Elvis—. Además, no pensaba matarte, ¡sólo asustarte un poco! —concluyó, dándose importancia.

—Yo no te guardo rencor, Liviác —intervino Simón—. ¡Si fuera así, no le habría mostrado tu dibujo al maestro Zapaca!

—Reconozco lo que hiciste, español. También reconozco que impediste que ése —lanzó a Elvis una mirada de hielo— me enterrara el cuchillo. ¡Liviác sabe agradecer!

—¿Y por qué estás solo? —cambió el tema Simón, incómodo con el agradecimiento.

—Todos fueron a las fiestas.

—¿A las fiestas? ¿A cuáles fiestas?

—¿Te quieres burlar de mí? ¿Quieres hacerme creer que no conoces las fiestas de tus santos? —Liviác se había vuelto a poner a la defensiva y apretaba los puños.

—Mira, Liviác: yo no soy de aquí. Sé que es difícil de creer, pero es así. ¿No te das cuenta de que hablo y me visto de una manera distinta a los españoles?

—¿Me quieres decir que no eres español?

—¡Somos chilenos! —terció Elvis.

—¿Chilenos? ¿Qué es eso?

—Somos de un lugar muy lejano. Es muy difícil de explicar, pero tienes que creerme. Por favor, Liviác, ¡ayúdanos!

—¿Ayudar? ¿A qué?

—Necesitamos enterarnos de algo, antes de volver a nuestra tierra.

—No entiendo mucho eso de que no eres español, pero quiero creerte. Sanaste a mi madre, ella me lo dijo. Y si eres un brujo, eres un brujo bueno. Liviác sabe agradecer —volvió a repetir.

Liviác estaba muy distinto. Aunque se había puesto furioso con Elvis —y con justa razón—, algo en él había cambiado. Estaba más abierto a escuchar y más calmado. Y su mirada no traducía odio ni resentimiento.

—Necesito hablar con Manolo y preguntarle cuáles son los dibujos que le encargó doña Engracia.

—¿Eso es todo? ¿Y por qué no se lo preguntas mañana, cuando venga a trabajar?

—No puedo esperar hasta mañana: debo regresar a mi tierra antes de una hora.

—¿Antes de una hora? ¿Y por qué antes de una hora? —Liviác achicó los ojos, como escudriñando a alguien que no está en sus cabales.

—Tienes que creerme, Liviác. ¡Ayúdame, por favor, a encontrar a Manolo!

—Está en las fiestas del santo. Será difícil encontrarlo.

—¿Dónde son las fiestas? ¿Cuál es el santo?

—El santo se llama Francisco— Liviac seguía mirando a Simón con desconfianza—. Lo llevan en procesión hasta el Jardín de Oro y desde allí, de vuelta a su iglesia.

—¿El Jardín de Oro? —saltó Elvis, que hasta el momento había permanecido en silencio —¿Qué es eso?

—Es el lugar donde mis antepasados construyeron un jardín con un maizal de oro tan bien hecho, que sus cañas, hojas y mazorcas parecían ser de verdad —los ojos del inca relucían y su voz era trémula—. Sobre el suelo brillaban caracoles y lagartijas; y mariposas de alas abiertas y pájaros con largas plumas estaban posados sobre espigas y hojas. También había más de veinte llamas de oro, con sus crías y pastores; y muchas tinajas de oro, plata y esmeraldas...

—¿Y todo eso está todavía ahí? —Elvis escuchaba con la boca abierta.

—¿Qué crees tú? ¿Los españoles no dejaron ni una pluma, ni una cuchara, ni una pepita de oro! Ahora eso es un gran hoyo, donde sólo quedan las piedras. Por eso a mi no me gustan los festejos en ese lugar.

—¿Nos puedes llevar hasta ese lugar? —preguntó Elvis.

—No.

—¿Y a la iglesia de San Francisco? A lo mejor ya están de vuelta —dijo Simón.

—Los llevaré hasta la iglesia: Liviac sabe agradecer —dijo por tercera vez.

FIESTA EN EL CUZCO

LIVIAC GUARDÓ de no muy buena gana sus pinceles en un frasco con agua, tapó los potes de pintura, se sacó el largo delantal que cubría su corta túnica de género y salió del taller seguido de Elvis y Simón. Caminaron un buen rato por estrechas calles empedradas y mucho antes de llegar a la iglesia de San Francisco, escucharon el griterío. Las cercanías del templo estaban llenas de gente, entre las cuales varios grupos de baile. Los trajes de los participantes y los estandartes de cada grupo eran de colores fuertes y muchos de ellos bailaban al son de panderos y vihuelas, como las del cuadro

Págs. 79

de San Francisco y el ángel que Simón y Elvis habían visto en el Museo Colonial de Santiago. Había un grupo en el que todos llevaban una suerte de pasamontañas con figuras de zorro y otro en el que usaban máscaras negras. Había también un enano, con la cabeza muy grande, que hacía piruetas, se daba vueltas de carnero y decía algo que hacía reír a la gente, pero que Simón no entendía bien porque hablaba muy rápido y había mucho bullicio en el lugar.

—Esto se parece a una fiesta de la Virgen que vi en la tele de Chile. Parece que era en el norte, y la gente bailaba con disfraces y máscaras bien grandes —comentó Elvis a Simón—. ¿No estaremos allá?

—No, Elvis. Estamos en el Cuzco. Lo que tú viste debe haber sido la fiesta de la Virgen de La Tirana.

Elvis se encogió de hombros.

Entraron a la iglesia construída en piedra, que tenía tres naves y era muy oscura. Sus paredes estaban tapizadas de arriba abajo por lienzos con escenas de la vida del santo, parecidas a las que Simón conocía, pero mucho más grandes; los enormes marcos labrados y recubiertos de oro brillaban bajo la luz difusa de las innumerables velas encendidas, y su reflejo ondulante daba movimiento a las figuras, que parecían estar vivas. Elvis miraba las pinturas de reojo, como temiendo que alguno de los personajes allí dibujados se descolgara y le cayera encima. Al lado del altar mayor había un

pedestal vacío, recubierto por un género blanco entero bordado en oro, que también brillaba a la luz de dos gigantescos candelabros. Ese era el lugar donde se alzaba la estatua de San Francisco y que ahora habían sacado para llevarla en andas por la ciudad. Por la nave central varios devotos avanzaban de rodillas y tras ellos ingresaba una agrupación de baile precedida de tres músicos que tañían sus instrumentos de viento.

—Está por volver el santo —explicó Liviac— y todos entrarán al templo, para la misa. Manolo forma parte de un grupo que viene disfrazado, será difícil encontrarlo.

La multitud seguía ingresando a la iglesia y distribuyéndose por las naves laterales. Casi no se podía caminar por la cantidad de gente y los tres muchachos quedaron atrapados entre una mujer que marchaba de rodillas y un grupo de indios con ponchos de colores, que llevaba los rostros cubiertos con máscaras doradas.

En ese momento, el rostro pálido y estático de San Francisco apareció en el umbral de la puerta principal. El santo iba de pie sobre una armazón de madera cubierta de ramas verdes. Cuatro hombres lo llevaban en andas, sujetando cada uno un larguero. Se movían rítmicamente y cada cierto tiempo se detenían para que los fieles hablaran con él. También se oían los gritos de un loro que venía tras el cortejo y los ladridos de algunos perros. Cerraban la procesión mujeres y niños con distintos animales en los brazos: gatos, un corderito recién

nacido, conejos, pájaros enjaulados. Los cuatro hombres avanzaron con lentitud hasta llegar cerca del altar mayor y dejando el armazón en el suelo, levantaron al santo y lo colocaron en su sitio habitual.

Entonces entró el sacerdote a officiar la misa y todos se pusieron a cantar.

Liviac, empujándose lo más que podía sobre la punta de los pies trataba de mirar hacia atrás y hacia los lados, buscando el grupo en que estaba Manolo, pero era tal el tumulto que no podía ver. Entonces Elvis, agachándose, le dijo:

—Súbete a más espaldas y yo te levanto.

—¡Ahí están, en la puerta! ¡Son los que están vestidos de rojo con máscaras blancas! —anunció Liviac, bajándose de un salto de los hombros que lo sostenían.

Los tres muchachos dieron media vuelta y trataron de caminar hacia la salida. Pero el atrio estaba lleno de gente y era imposible avanzar. Simón se dio cuenta de que la gente era más baja de porte que los chilenos de su época, y que la mayoría de los adultos era casi de su misma estatura, aunque mucho más fornidos.

—¡Sígueme a mí! —dijo Elvis, que tenía una técnica de abrirse paso con los codos que resultaba bastante efectiva. Finalmente, entre empujones y gritos, lograron llegar hasta la puerta y respirar aire puro.

La agrupación a la que pertenecía Manolo había retrocedido y estaban bailando en el frontis de la

iglesia, rodeados de espectadores. Cada vez que alguien trataba de penetrar en el círculo de los danzantes, uno de ellos se adelantaba con un látigo en la mano, que agitaba en el aire, como si quisiera azotar al intruso.

La danza era interminable. Simón miró su reloj: ¡ya habían pasado cuarenta minutos y sólo quedaban veinte para que se cumpliera la hora! Sin pensarlo dos veces se introdujo en el ruedo de los bailarines. Al instante, el más alto de ellos se abalanzó sobre él, bailando a saltitos, y dejó caer su látigo con no demasiada suavidad sobre su trasero. Los espectadores estallaron en risas y el disfrazado hizo amago de seguirle pegando si no se retiraba del lugar.

—Necesito hablar con Manolo: ¡es urgente! —gritó Simón.

Pero era tal la batahola, entre la música, las risas y el griterío en la calle, que nadie pareció escucharlo.

—¡Manolo! ¡Manoloooo! —volvió a gritar, con más fuerzas.

El látigo volvió a caer sobre sus nalgas, ahora más fuerte, y un segundo bailarín llegó a reforzar a su compañero para alejar al intruso.

—¡Manolo! ¡Manolooo! Manooooooo! —a los gritos de Simón se sumaron los de Liviac y Elvis, hasta que finalmente un enmascarado se separó del grupo y se acercó a los muchachos.

—¿Qué hacéis aquí, molestando? ¿Y tú, Liviac, no estabas trabajando? —la voz tras la máscara sonaba lejana.

—¡Es de vida o muerte! —gritó Elvis, en la oreja de Manolo.

Al escuchar ésto, Manolo les hizo señas para que se alejaran del tumulto y con dificultad se abrieron paso hasta una callecita adyacente a la plaza, donde lograron aislarse sobre las escalinatas de piedra que subían a una casa. Un vez allí, el joven pintor retiró su máscara y los enfrentó:

—¿Qué sucede? ¿Qué es de vida o muerte?

—¿Qué objetos dibujaste para doña Engracia?

—preguntó Simón, sintiendo cómo corrían los minutos.

—¿Que qué objetos... pero... me creéis idiota? ¿Es eso de vida o muerte? ¿Qué os habéis imaginado?— la furia de Manolo crecía a medida de que hablaba, y se iba poniendo cada vez más rojo.

—Aunque no lo crea, señor, es de vida o muerte saberlo— lanzó Elvis, y Simón se preguntó por qué lo habría tratado de señor.

—Yo no sé que os traéis entre mangas, pero pagaréis cara esta bromita —dijo Manolo, poniéndose nuevamente la máscara y bajando los peldaños.

Elvis lo atrapó por la manga, y sacándose rápidamente el reloj, se lo ofreció:

—¡Tenga, señor! Es a batería, tiene despertador y cronómetro.

—Significa que no hay que darle cuenta — explicó rápidamente Simón, para que no desconfiara Liviac abrió muy grandes los ojos y advirtió al enmascarado:

—Acéptalo. Ellos son brujos de magia blanca. Y no son de este lugar.

Manolo se había detenido. Cogió el reloj que le tendía Elvis, lo examinó por todos lados, se lo acercó a la nariz, se lo puso un minuto en la oreja y durante un largo rato observó como giraba el segundero. Parecía sorprendido.

Simón veía como pasaba el tiempo y se ponía cada vez más nervioso:

—Por favor, Manolo...

Manolo seguía examinando el reloj, con aire dubitativo.

—Es para usted, señor, está hecho en China — volvió a hablar Elvis—. Pero díganos, por favor, qué objetos dibujó...

Como si la mención de China hubiera sido un trabalenguas mágico, sorprendentemente Manolo comenzó a enumerar:

—El carro de fuego, un crucifijo, un rosario de madera—. Y apretando el reloj en su puño, se alejó del lugar con rapidez.

—¡Vamos, Elvis! —gritó Simón—. ¡Nos quedan sólo trece minutos! —Y se puso a correr, sin detenerse ni para tomar aliento, hasta que llegó de vuelta al taller. Entonces miró hacia atrás y dio un alarido:

—¡¡¡ Elvis !!!

—No me di cuenta cuando desapareció. Quizás volvió ya a sus tierras —dijo Liviac, muy tranquilo.

Capítulo XXIII

¿Y ELVIS ?

SIMÓN, DESESPERADO, miró su reloj: faltaban cinco minutos para que se cumpliera el plazo fatal. ¿Qué podía hacer? ¿A dónde se había ido el idiota de Elvis? ¿Es que no sabía que ya estaban en el límite de la hora? ¿Dónde diablos se había metido?

Le bajó entonces una furia negra. Y encaminándose hacia el cuadro de San Buenaventura se dijo que no lo iba a esperar, que no pensaba quedarse a vivir para siempre en ese lugar por culpa de un tonto, de un irresponsable. Pero... ¿y si le había pasado algo? ¿No podía abandonarlo! ¿Pero qué podría haber pasado? Lo más seguro era que se hubiese quedado por ahí,

Palacio 79



curioseando. ¿Cómo, cómo podía ser tan inconsciente?

Liviac se había vuelto a poner su delantal y retomando los pinceles se disponía a continuar su trabajo.

Simón volvió a mirar la hora y se dio cuenta de que cada vez que lo hacía, el muchacho indígena fijaba sus ojos en su reloj, con curiosidad. Ahora quedaban cuatro, no, tres minutos y medio... ¡Maldito Elvis! ¡No, no lo esperaría! "¡Me voy!", dijo en voz alta, y su propia voz le sonó horrible. ¡No! ¡No podía dejar allí a su amigo, era él quien lo había embarcado en esta aventura!

El tiempo seguía corriendo, ya sólo faltaban tres minutos. Desesperado, se dejó caer al suelo y escondió la cabeza entre las manos: ¡no sabía qué hacer!

—¡Simón, Simón, ya, vámonos!

Los gritos de Elvis y su carrera sobre el piso de tablas, hicieron dar un salto a Simón, que se puso de pie, temblando de furia:

—¡¡¡Estúpido!!! ¿Dónde te habías metido?

—Después te cuento, ¿qué hora es?

Simón, por enésima vez, volvió a consultar su reloj:

—¡Quedan dos minutos!

Los dos amigos, con el corazón agitado, se instalaron frente a la pintura del biógrafo de San Francisco.

—¡Ya, pues! —apuró Elvis.

—¿Ya, qué?

—¡Vámonos! ¡Tu sabes cómo!

En ese instante, como golpeado por un rayo, Simón recordó que no había escuchado la última frase de Miulina, cuando les indicó la manera de regresar.

—¡Díme tú! Yo no pude escuchar cómo volver, porque justo en ese momento tú estornudaste.

—¡Y yo estaba estornudando! Tampoco la escuché...

El silencio que se produjo a continuación fue igual que si el sol, a mediodía, hubiera dejado de alumbrar. Los dos niños empalidecieron y se quedaron contemplando la pintura de San Buenaventura, como quien mira un barco que se aleja en alta mar y al que no volverán a ver.

Simón no volvió a consultar la hora, pero quedaba sólo un minuto.

En ese preciso instante, Liviac, que se había acercado a la tela con un frasco de pintura a fin de comparar un color, exclamó, alarmado:

—¡Hormigas: la tela está con hormigas!

Simón salió de su estupor y vio que una fila de hormigas subía por las rodillas de San Buenaventura, pasaba sobre las páginas del libro abierto, bajaba a la cubierta de la mesa, cruzaba por arriba de las tijeras, trepaba por el reloj de arena...

Súbitamente recordó lo último que había

escuchado decir a Miulina: "Deberán dar vuelta al..." ¿Sería al reloj de arena? ¡No había tiempo que perder, había que intentarlo! Empujó a Elvis hacia el cuadro, estiró la mano y tomó el reloj de arena que se hizo áspero y frío en su palma. Pero antes de darlo vuelta miró hacia atrás y sacándose su reloj de pulsera, se lo lanzó a Liviac, que contemplaba la escena con la boca abierta. Luego cogió a Elvis con una mano y con la otra dio vuelta al reloj de arena.

El reloj de Simón, ahora en manos de Liviac que lo examinaba con cuidado y reverencia, marcaba las doce en punto.

Capítulo XXIV

EN BUSCA DEL TESORO

Phoca 79

LOS AMIGOS aún estaban tomados de la mano cuando aterrizaron en el Museo Colonial de Santiago de Chile. Y se quedaron un rato así en el suelo, sin moverse ni mirarse, en el lugar donde habían caído, temblorosos y exhaustos. La tensión nerviosa y el miedo a no poder regresar que habían pasado los había dejado lacios y agotados.

—Oye —habló primero Simón—: ¿me podrías decir a dónde te fuiste, que casi nos quedamos en el Cuzco para siempre?

—¿Por qué "nos quedamos"? Tú igual te podrías haber venido.

—Podría haberlo hecho, te lo merecías. Además esa no es una respuesta. Quiero saber qué te quedaste haciendo: ¿eres un irresponsable!

—Primero, haciendo pipí: ¡no podía aguantarme! Y comprenderás que tuve que buscar un lugar donde esconderme, porque había mucha gente por ahí; y después, porque me encontré con una niña que me había visto contigo en la plaza y que me detuvo para preguntarme por ti. ¡Tuve que contestarle: no soy mal educado!

—¿Te preguntó por mí?

—Sí. Me dijo que hacía tiempo que te andaba buscando para darte las gracias por su hermano.

—¡Chimpu! ¡Era Chimpu! —se emocionó Simón.

—Es muy linda.

—¿Y qué más te dijo?

—Conversamos mucho... ¡es muy linda! — volvió a decir Elvis, pensativo.

—No era el momento de conversar, ¿no crees?

—Pienso que tú, amigo, habrías hecho lo mismo con Francisca.

—¿Qué sabes tú...! —Simón se encendió de vergüenza y rabia.

En eso escucharon voces y se pusieron rápidamente de pie.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Elvis.

—Ya que estamos aquí, vamos donde el padre Gerónimo.

—Mejor vamos antes al museo y a la iglesia.

¿Cómo sabes si no encontramos el rosario o la cruz entre todos los cachivaches que hay por ahí? Yo me acuerdo haber visto en las vitrinas un montón de cosas antiguas.

A Simón le pareció buena la idea y así lo hicieron. En el museo había poca gente e Hilario no se divisaba, lo que los tranquilizó.

Primero entraron a una sala llena de pequeñas estatuas de la Virgen y también del niño Jesús, de distintas edades y tamaños. Elvis reparó en un niño sin brazos y en otro con cara de viejo enojado y comentó no entender por qué los tenían ahí si estaban rotos o eran tan feos. Pero Simón no le contestó porque estaba fascinado admirando una enorme Biblia manuscrita del siglo XV que le había mandado el Papa Juan Pablo II de regalo a Patricio Alwyn, cuando era presidente de Chile. La página abierta mostraba a una mujer sentada leyendo; más abajo estaba el niño Jesús en el pesebre, junto a José, María y un burro. En las esquinas de la página corrían ciervos y volaban palomas. Los textos estaban rodeados de flores multicolores y signos con brillos dorados; y los rojos, verdes, azules y amarillos de las ilustraciones llamaban la atención por su intensidad.

—Mira, ¡todo este libro fue escrito y dibujado a mano! —se admiró Simón hablando al aire, porque Elvis ya había pasado a la sala contigua donde relicarios, copones y candelabros se alineaban tras las vitrinas o sobre los mesones.

Simón lo siguió.

—¡Eso es una patena! —exclamó señalando un objeto de oro, plano y redondo.

—¿Como la que robaron? —preguntó Elvis.

—Parecida.

—¿Y la robaron de este mismo lugar?

—Me imagino que sí.

—¿Te das cuenta de que aquí no hay ningún guardia? ¡Yo también me podría robar ese candelabro, por ejemplo! —dijo Elvis, haciendo como si lo fuera a tomar.

—¡Elvis! —se sobresaltó Simón.

—¡No seas tonto, si era una broma! —se rió— Sólo tengo una meta: ¡los diamantes!

En ese momento escucharon un ruido a sus espaldas. Los dos voltearon la cabeza al mismo tiempo. Pero no había nadie.

—Parece que estamos un poco nerviosos— bromeó Simón.

Salieron a la galería exterior, que estaba desierta, y caminaron hasta un pequeño pasillo en cuya pared estaba expuesta la medalla del premio Nobel que recibiera Gabriela Mistral.

—¿Y qué tiene que ver esa señora con San Francisco? —preguntó Elvis, mirando un retrato, también colgado en la pared.

—¿Sabes quién es ella?

—Claro que sé —respondió Elvis, con aire ofendido—: es una profesora que ya se murió y que escribió una poesía que nos leyeron en la escuela y

que se llamaba *Todas íbamos a ser reinas*. ¡Típico de las mujeres: todas quieren ser reinas!

—Es la poetisa más famosa que tiene Chile, Elvis. Mira, ahí dice que pertenecía a la orden tercera de los franciscanos, ¡por eso está acá! Y ahora que me acuerdo, escribí un libro de poemas a San Francisco. Mi abuela lo tiene.

—¡Ah! —dijo Elvis, sin mucho interés. Y luego agregó—: en este museo hay muchas cosas, pero hasta ahora no hemos visto ni una sola cruz o rosario de madera, que es lo que nos interesa.

Volvieron al lugar de las platerías y por un pequeño corredor pasaron a la sacristía, una espaciosa sala de techos con vigas de madera, donde había un enorme cuadro al óleo del alto de una de las paredes, que era un árbol que tenía en cada una de sus ramas dibujado un rostro.

—¿Y ese árbol con cabezas en vez de frutas? —se sorprendió Elvis.

—Es un árbol genealógico. Esos deben ser los franciscanos más importantes que hubo en la orden. Los de más arriba son los más antiguos.

—¡Qué grande! —Elvis desvió su atención hacia un gigantesco baúl de madera labrada—. ¡En éste se pueden esconder diez hombres!

—En ellos traían entonces las cosas desde España. Como viajaban por barco, el peso no importaba.

—En unos baúles así deben haber llegado las telas de San Francisco.

—Algunas, talvez. Porque las que venían a lomo de mula no podían ser unos bultos tan grandes y pesados.

—¿Entremos a la iglesia? Aquí tampoco hay nada de lo que buscamos —se impacientó Elvis.

—Ven, sígueme— Simón señaló una destartada puerta de madera al fondo de un estrecho y oscuro pasillo—, creo que es por aquí por donde pasamos una vez que vine con mi curso. ¡Cuidado, no hagas ruido! Por suerte no está la cuidadora...

Abrieron la desvencijada puerta y entraron al templo por un costado del altar. A ambos lados y perpendicular a éste se alineaban dos corridas de asientos y por detrás se elevaba otro altar muy alto, sobre el que se erguían dos estatuas de porte natural, una de San Francisco y otra de Santo Domingo. Al centro y un poco más arriba, vestida con un traje blanco, estaba una pequeña imagen de María.

—¡Esa es la Virgen del Socorro! —señaló Simón— La trajo Pedro de Valdivia de España.

—Lo debe haber socorrido de los indios, por eso le puso así. Mi mamá dice que la Virgen la ha socorrido a ella muchas veces —comentó Elvis, y añadió—: ¿Y esa Virgen es la misma misma misma que trajo Pedro de Valdivia?

—Sí.

—¿Parece nueva!

—La deben haber restaurado.

—¿Arreglado?

—Algo así —dijo Simón, aburrido de explicar.

El lugar estaba separado del resto de la nave por una pequeña reja de madera. Los niños la abrieron y siguieron recorriendo la iglesia, cuyas paredes de piedra estaban pintadas de blanco. En una de las naves laterales se detuvieron un rato leyendo las peticiones y agradecimientos que la gente escribía y dejaba junto a una imagen del santo. También había velitas encendidas.

—¡Mira, Elvis, lo que dice aquí! —exclamó Simón al descubrir una carta escrita por un niño. En ella se leía:

San Francisco:

Te doi las gracias porque me escuchaste y no dejaste que mi perro Zamorano se muriera después que lo atropeyaron. Quedó un poco cojo pero igual juega a la pelota conmigo.

Otra ves gracias san Francisco.

Te saluda,

Bernardo Paiva

Pero Elvis, nuevamente ya no estaba junto a Simón, sino que al otro lado de la nave, a los pies de un pedestal sobre el cual se erguía una Virgen rodeada de flores.

—¡Simón, Simón! ¡Ven, mira...! ¡Apúrate! —Elvis exclamaba y gesticulaba con desesperación, llamando a su amigo. Cuando Simón llegó a su lado y miró hacia lo alto, quedó mudo de la impresión: entre sus largos dedos de yeso, la Virgen sostenía un rosario de madera de cuentas redondas y grandes.

Capítulo XXV

EL ROSARIO PELIGROSO

LOS NIÑOS contemplaron boquiabiertos las cuentas del rosario que sostenía la Virgen y que eran exactamente iguales a las que colgaban de la pared, junto a la cama, en la pintura de San Francisco.

Elvis pegó a Simón unos cuantos codazos de contento y le dijo:

—¡Amigo: somos ricos!

Ante la emoción del descubrimiento, Simón no se molestó en responder, y de inmediato comenzó a pensar en cómo lo harían para coger el rosario, que estaba a una altura difícil de alcanzar sin una escalera. Se le ocurrió entonces que lo mejor era consultar al padre Gerónimo, pero Elvis no estuvo de acuerdo.

- No va a querer sacarlo y menos romperlo.

Paloma 79



¿Tú crees que si los curas pensarán que en ese rosario hay diamantes, todavía estaría ahí?

—Es que ellos no saben, pues, Elvis. Nosotros sabemos porque estuvimos en el Cuzco.

—¿Y tú crees que el padre Gerónimo va a creer ese cuento del Cuzco? Aunque los curas crean en algunas cosas de Dios que no se entienden, son personas mayores. Y las personas mayores no creen nunca nada que no entiendan.

A Simón el razonamiento le pareció bastante lógico.

—¿Y qué hacemos, entonces?

—Lo sacamos de ahí y lo llevamos para examinarlo.

—¿Y no habíamos venido para conversar con el padre?

—Cambio de planes, amigo. No todavía —dictaminó Elvis, muy serio, mientras observaba con detenimiento el rosario.

—¿Y cómo lo vamos a sacar de ahí?

—Estoy pensando... —murmuró, sin quitar la vista de la imagen de la Virgen.

—Tenemos que apurarnos antes de que venga alguien.

Elvis se metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño rollo de alambre. Le torció la punta a la manera de un gancho y lo fue desenrollando con cuidado. Cuando quedó extendido un par de metros, lo contempló con una sonrisa y dijo:

—Mi tío Jirafa me enseñó a llevar siempre un

alambre, porque presta muchos servicios—. Y alzándolo hasta la altura de la Virgen, con el extremo doblado cogió con mucha delicadeza el rosario y lentamente lo fue retirando de entre los dedos de yeso. Simón lo miraba hacer, admirado de su habilidad. Pero de pronto una cuenta se atascó entre el dedo meñique y el anular, y la estatua de María se bamboleó peligrosamente.

—¡Virgencita, no te caigas, no te caigas!— rogó Elvis, inmovilizando la mano.

En ese mismo momento sintieron crujir la vieja puerta, al fondo de la nave. Esperaron inmóviles un minuto que se les hizo eterno; pero como siguió un silencio total, respiraron aliviados y volvieron a su tarea. La Virgen había detenido su vaivén y Elvis, cambiando de posición el gancho, trató de levantar el rosario por el otro lado.

Pero era imposible.

—Voy a empujar fuerte nomás. Si la Virgen se viene abajo, tú la sujetas.

—¿Estás loco? ¡Se va a romper!

—¿Y qué hacemos, entonces? ¡No hay otra manera!

—Trata una vez más, despacito...

Mordiéndose la lengua con los dientes, como si eso lo ayudara a ser más hábil, Elvis comenzó lentamente, muy lentamente a empujar la cuenta del rosario atascada hacia la punta de los dedos. En un momento la imagen volvió a oscilar y esta vez Simón creyó que no se salvaba de la caída, pero luego

de un par de movimientos peligrosos la Virgen volvió a equilibrarse hasta quedar nuevamente inmóvil. Elvis siguió en su tarea, con suavidad y paciencia, hasta que al fin un levisísimo movimiento le anunció que el rosario comenzaba a soltarse.

—¡Vamos, vamos! —lo animó Simón.

—¡Brillantitos, brillantitos a mí! —murmuró Elvis.

Y de pronto, ¡praaf!, la cuenta se desprendió de su prisión y el rosario cayó al suelo sin que Simón lo pudiera atrapar en el aire. Elvis, más rápido, se agachó a cogerlo y se lo guardó en el bolsillo.

—¡Vamos, Simón, antes de que alguien nos encuentre aquí! ¡Salgamos hacia la calle!

—¡Las puertas están cerradas!

—Sí, por dentro. Ven, sígueme.

Elvis, excitadísimo, corrió hacia las enormes puertas de la entrada; pero una vez allí, descubrió con desaliento, que estaban cerradas con candado.

—¿Qué hacemos? —se alarmó Simón.

Los ojos de Elvis se movían de un lado a otro, rápidos y alertas, como los de un pájaro.

—¡Mira: ahí en el lado hay una puerta más chica que tiene puesto el cerrojo, pero no el candado! ¡Por ahí saldremos! —Y acercándose a ésta, comenzó a empujar el cerrojo, que se resistía en correr.

—Oye, antes de salir, pásame el rosario —dijo Simón—. Yo lo voy a guardar hasta que se lo entreguemos al padre Gerónimo.

Elvis detuvo su tarea:

—¿De veras ¡piensas hacer eso?

—Ya lo había nos dejado claro: los diamantes,

si es que están ahí, son de los franciscanos.

—No me convence la idea, amigo. Mi tío dice: "Ojos que no ven, corazón que no siente".

—Mira, Elvis: la idea fue mía. Yo decido lo que hago —dijo Simón, seco.

—Bueno, bueno, no te enojés. Yo...

—¡Socorro! ¡Ladrones!

Los repentinos gritos de una mujer, seguramente la cuidadora, al tiempo que enmudecieron a Elvis parecieron activar un resorte en sus manos que en un dos por tres deslizaron el cerrojo y empujaron la puerta hasta abrirla por completo; y en menos de un segundo el muchacho se había perdido de vista, corriendo más rápido que un conejo perseguido por un perro. Simón siguió su ejemplo al instante, pero tomó la dirección contraria, hacia el Metro, decidido a desaparecer en el subterráneo y cruzar por ahí hasta el otro lado de la Alameda.

Llegó a su casa jadeando y tuvo que sentarse un rato en las escaleras para recuperar el aliento antes de subir, para que su abuela no se alarmara.

Esa noche no pegó un ojo. Los pensamientos más negros acudían a su mente y la responsabilidad que sentía por los diamantes, si es que éstos existían, no lo dejaba tranquilo. ¿Qué haría Elvis con el rosario? ¿No sería mejor, a esas alturas, poner en antecedentes al padre Gerónimo de lo sucedido? ¿A quién pedirle consejo? ¿Quién iba a creer la historia? ¡Si su mamá y papá estuvieran vivos, ellos sabrían qué hacer!

Simón, esa noche, se sintió muy solo y muy confundido.

Capítulo XXVI

CONFUSIÓN

PASARON DOS, tres, cuatro días y de Elvis, ni señales. A Simón, de la pura preocupación, se le habían quitado las ganas de comer y no se podía concentrar en sus tareas. Es que ni siquiera había podido encontrar a don Benito, el barrendero, y una señora que siempre paseaba a su perro por el parque le dijo que hacía una semana que el hombre no se veía y que no había más que mirar las hojas y la suciedad de los senderos para darse cuenta.

¿Y si Elvis había encontrado los diamantes?
¿Y si se quedaba con ellos y no aparecía nunca más?
Quizás por eso don Benito ya no venía a trabajar:
¡se habían hecho ricos! ¡Y él era un tonto por confiar
en quien no debía! ¿Qué habría hecho su papá en
su lugar? ¿Y qué su mamá? ¿Y qué su abuelo, que

era tan confiado? ¿Y qué su abuela, que se asustaba por todo? ¿Y qué San Francisco...? ¿Y qué...?

De tanto preguntarse supo la respuesta: antes que nada tenía que buscar a Elvis y enfrentarse a él. No podía acusarlo sin estar seguro. Entonces se acordó de La Estrella, donde su amigo hacía de repartidor, y también de Francesca: quizás ella o su padre sabrían cómo ubicarlo. ¡Lo encontraría, aunque tuviera que viajar a la China!, se dijo.

Partió hacia la calle Monjitas con el corazón dando tumbos, aunque no sabía distinguir si latía tanto por su apuro en enfrentar a Elvis o por la expectativa de volver a encontrarse con Francesca. Pero lo supo en cuánto llegó al almacén, porque junto con desilusionarse, su corazón se aquietó. Tras el mesón de los dulces y las especias no estaba la niña perfumada de canela, jengibre y menta, sino que una mujer voluminosa con olor a tabaco.

—¿Francesca no está?

—Estoy yo —contestó ella, apagando el cigarrillo en un cenicero. ¿Qué deseas?

—¿Y ella no va a venir?

—No tengo idea, ¿por qué no le preguntas a don Vitorio? —dijo, señalando una puerta que decía "Administración".

Simón golpeó y un sonoro "adelante" lo animó a entrar. Vitorio Scarelli, papá de Francesca y dueño del almacén, era un hombre grueso, colorado, con unos ojos azules diminutos y una sonrisa bonachona. Tenía un marcado acento italiano.

—¿Buscas a Elvis? Me llamó por teléfono hace un par de días diciéndome que había estado enfermo, pero que hoy vendría. Lo estoy esperando. ¡Mira, ahí justamente llega!

La puerta, que había quedado junta, se abrió lentamente y asomaron primero unos dedos, después la nariz y luego el cuerpo de Elvis. Tenía una magulladura en el pómulo y llevaba una mano vendada. Al ver a Simón abrió mucho los ojos, sorprendido de encontrarlo allí.

—¡Mama mía! ¿Qué te pasó, muchacho?

—Un accidente. Por atravesar una calle corriendo y sin mirar, me atropelló una moto. Pero no me pasó nada grave: sólo me esguincé la muñeca.

—Pero así no puedes trabajar, hijo.

—Igual quise venir, para que no crea que soy un flojo.

—¡Nunca he pensado eso de ti! —sonrió el almacenero.

El lunes me puedes sacar la venda y entonces podré manejar la bicicleta, don Vitorio.

—¡Bene, bene! No te preocupes. ¡Vayan en paz, muchachos!

Los dos salieron del lugar. Era tanta la excitación de Simón, que hasta se olvidó de Francesca.

Lo primero que quiso saber Simón fue si Elvis aún tenía el rosario, a lo que éste respondió "está muy bien guardado, no te preocupes", en un tono que dejaba ver su molestia por ser esa y no su

accidente la mayor preocupación de su amigo.

—¡Mira como quedé!— Elvis se arremangó el pantalón y mostró su rodilla hinchada y la pierna con un moretón azul y amarillo hasta el tobillo.

—¿Y cuándo te pasó eso? —preguntó Simón, dándose cuenta de su torpeza.

—Cuando arrancamos de la iglesia.

—¿Y cómo no me avisaste?

—No tenía tu teléfono, ni monedas para llamarte. Además justo a mi papá le dio gripe, con harta fiebre, y no pudo venir a trabajar. ¿Creíste que me había desaparecido con los diamantes?

—¡Nooo! —respondió Simón, demasiado enfático para ser creíble —Pero estaba preocupado. ¿Y dónde guardaste el rosario?

—En el mejor lugar.

—¿Cuál es ese?

—Una vez vi una película en la tele...

—¡Córtala, Elvis! ¡No cambies de tema y dime dónde está el rosario!

—¡Cálmate, gallo! Te digo lo de la tele porque de ahí saqué la idea: era una película en la que se habían robado una carta muy importante y no la podían encontrar. Y al final la carta estaba en un lugar a la vista de todos y nadie la veía porque todos la buscaban en lugares escondidos.

—Yo también conozco esa historia: la leí. Pero entonces...¿y el rosario?

—Está donde a nadie se le ocurriría mirar, porque está a la vista de todos, igual que en la película.

—¿Pero dóndeee?! ¡Dímelo, de una vez por todas!

—Se la regalé al cura párroco de mi barrio, para que se lo pusiera a la Virgen que tiene en la capilla. Le dije que era un regalo de mi abuelita.

—¿Pero, Elvis...!

—Pero Elvis, ¿qué?

—¿Por qué se lo regalaste? ¿Y cómo lo vamos a recuperar? ¿Por qué no lo guardaste en tu casa?

—Porque era peligroso.

—¿Peligroso?

—Sí, peligroso. ¿Te cuento? La tarde del mismo día en que lo encontramos, cuando no había nadie en mi casa y yo había ido al hospital porque me dolía mucho la mano y la tenía hinchada como un globo, alguien entró y dio vuelta cajones y colchones y revisó por todas partes. Imagínate: entrar a robar a mi casa donde lo más valioso que tenemos es una olla a presión que nos trajo de regalo mi tío Jirafa. Dejaron el puro desorden nomás, porque no se llevaron nada, ni siquiera los cinco mil pesos que mi vieja tenía guardados en una alcancía.

—¿Tú crees que buscaban el rosario?

—¿Y qué sino, compadre?

—¿Y por qué iban a saber que lo tenías tú?

—No sé, pues. Alguien me habrá visto echármelo al bolsillo.

—Pero, ¿quién iba a saber que ese rosario tenía diamantes, si ni nosotros sabemos?

—Como dice mi tío Jirafa, "los patos malos huelen los billetes". Eso me confirma que en ese rosario debe haber mucha plata, amigo.

—¿Y tú ya se lo habías dado al párroco?

—No. Todavía lo tenía en el bolsillo, por suerte. Fue después de eso que decidí hacerlo.

Los amigos iban tan concentrados en su conversación, que no se dieron cuenta de que alguien los iba siguiendo. Cuando llegaron a la esquina, un auto azul les cerró el paso y un hombre que iba en el asiento de atrás abrió bruscamente la puerta frente a ellos. Entonces alguien les dio un empujón en la espalda y fueron lanzados de bruces dentro del vehículo. Sucedió todo tan rápido y los tomó tan desprevenidos, que no alcanzaron a reaccionar. El chofer, un bigotudo corpulento, aceleró de inmediato; mientras tanto el hombre sentado atrás con ellos, que cubría la mitad de su rostro con una barba espesa que era a todas luces postiza, los ojos con unas enormes gafas de sol y el pelo con un viejo sombrero de fieltro, apoyó un revólver entre las costillas de Simón al tiempo que decía:

—Si cualquiera de los dos hace cualquier movimiento, disparo.

Simón se fijó que la mano que sostenía el revólver era huesuda y tenía las venas del dorso gruesas e hinchadas. Y en su dedo cordial llevaba un anillo de oro con una piedra fucsia.

Capítulo XXVII

EL FRACASO DE MIULINA

SIMÓN NO se atrevía ni a respirar. El cañón helado enterrado en sus costillas lo tenía tan aterrorizado, que sus piernas temblaban sin que las pudiera dominar, igual que ese día en el Cuzco cuando se desmayó. Claro que esa vez era de hambre, ahora era de miedo. A su lado, Elvis permanecía quieto y mudo, y sólo sus ojos negros se movían de un lado a otro observándolo todo. No parecía asustado y Simón lo envidió. El silencio dentro del auto era total. De pronto, en una luz roja, el vehículo quedó detenido al lado de un pequeño auto azul conducido por una mujer que llevaba el cabello recogido bajo un turbante a lunares. Simón alcanzaba a ver el turbante, pero no el rostro. Ella les tocó la bocina y luego, bajando el

vidrio y señalando con su mano, gritó:

—¡Tengan cuidado, el neumático va pinchado!

El chofer lanzó un garabato horrible.

—¡No podemos detenernos, hay que seguir!— dijo el tipo del revólver.

—Con un neumático pinchado no llegamos a ninguna parte —respondió el que manejaba—. Hay que cambiarlo— Y girando lentamente hacia la derecha se estacionó junto a la cuneta.

Curiosamente, la mujer del pañuelo a lunares se había adelantado, detenido un metro más adelante y bajado del auto. Y antes de que lo hiciera el bigotudo, ya estaba ella en la vereda, inclinada sobre la rueda desinflada.

—Disculpe que me acerque, pero vengo a ver si le han hecho lo mismo que a mí. ¿Me va usted a creer que ayer, mientras estaba estacionada, rajaron uno de mis neumáticos con un cuchillo? Hay una mafia de ladrones que se dedica, en el mejor de los casos, a desinflar una rueda, y luego dos de ellos se acercan y ofrecen su ayuda para cambiarla. Y mientras el conductor acepta confiado y agradecido y se baja del coche dejando las llaves puestas, una vez cambiada la rueda uno de los mafiosos se sube antes que el dueño y parte con el automóvil. Es por eso que yo quise prevenirlo, ya que...

—Gracias por su molestia, pero no necesito ayuda— la interrumpió el chófer, de mala manera.

El hombre abrió el porta maletas, sacó la gata, la llave de cruz y la rueda de repuesto. Como la mujer

seguía ahí, le volvió a decir, seco:

—Gracias señorita por su advertencia. No necesito ayuda. Se puede ir.

—Por suerte yo estaba avisada cuando me sucedió, ¡carambambas!, porque ha usted de saber que a mi prima Julieta le había pasado lo mismo—siguió ella, impertérrita—. Y a Julieta, ¡la pobre!, le robaron la cartera con todos los documentos, y también...

El hombre dejó de escucharla y no demoró ni diez minutos en la operación. Y mientras volvía a guardar las herramientas y el neumático desinflado en la maleta del auto, ella se agachó y dio tres golpecitos en el vidrio trasero del automóvil:

—¡Qué niños tan divinos! —exclamó— ¡Buen viaje, chicos!

Mientras todo esto sucedía, el hombre sentado junto a Simón había cubierto la pistola con su chaqueta. Los niños permanecían mudos e inmóviles, pero cuando la mujer los saludó a través del vidrio, Elvis dio una imperceptible patadita a su amigo en la canilla y la respiración de Simón se aceleró de tal modo, que temió delatarse. ¡Esa voz y ese acento y ese pañuelo a lunares sólo podían ser de una persona: ¡Miulina!

—¡Esa mujer era una loca! —comentó el chofer, mientras aceleraba con un chirriar de ruedas. Entonces Simón lo vio. Era un trocito de papel adherido a la espalda del chofer, bajo el cuello de la chaqueta. Estaba seguro de no haberlo visto antes y

tuvo la certeza de que era Miulina la que lo había puesto ahí. Más aún, supo que en ese papel había un mensaje para ellos, un mensaje que les diría cómo escapar.

¿Pero cómo sacarlo y leerlo sin que los vieran? ¿Cómo, si no se podía mover sin que le enterraran el cañón del revólver en las costillas? Era de esperar que el barbudo no reparara o no le diera importancia. ¿Lo habría visto Elvis? Giró imperceptiblemente la cabeza hacia su amigo y le hizo una seña, levantando las cejas y fijando la mirada en la espalda del chofer. Pero Elvis, nada de tonto, ya lo había visto porque asintió levemente con la cabeza y le hizo presión con el pie. Ojalá se le ocurriera cómo alcanzarlo, ya que estaba más cerca del papel y más lejos de la pistola.

De pronto Elvis hizo un ruido raro, como el que hace una sopapa al destapar una cañería.

—¿Qué te pasa cabrito? ¡Nada de jugarretas aquí! —exclamó el del revólver, levantándolo al aire.

—Es que...me siento mal. Creo que voy a vomitar.

El hombre se desconcertó unos segundos, y luego dijo:

—Aguántate. Y si no puedes, vomita en el suelo.

Elvis se inclinó hacia adelante y levantó una mano para sujetarse en el asiento delantero mientras hacía ruido de arcadas. Simón se dio cuenta de su intención y para desviar la atención del hombre a su lado, exclamó, indicando la ventana:

—¡Cuidado! ¡Ese auto se nos viene encima!

Tanto el chofer como el barbudo miraron hacia la derecha, donde un señor de bastante edad conducía lentamente un enorme Buick, que debía tener los mismos años que él. Iba muy tieso, con la mirada fija al frente y las dos manos fuertemente aferradas al volante, sin desviarse ni un ápice de su vía. Lo sobrepasaron en un segundo, mientras el bigotudo, indignado, increpó a Simón:

—¡Córtala, chiquillo! Te equivocas si te crees muy vivo inventando esas tonteras.

—Si vuelves a abrir la boca lo vas a pasar mal —siguió el otro, dándole un golpe en el estómago con la cacha del revólver, que lo hizo aullar de dolor.

Cuando Simón volvió a mirar la chaqueta del que manejaba, el papel adherido había desaparecido y Elvis, recostado en el asiento y con los ojos cerrados, hacía un ruido como si le costara respirar.

¡Lo habían logrado! Simón dio un ligerísimo codazo a su amigo y éste respondió con otro.

Habían salido de la ciudad y ahora iban por un camino de tierra. El calor dentro del auto, con todas las ventanas cerradas era sofocante y el hombre de la pistola se secaba el sudor de la frente con la manga de su camisa. Simón miró de reojo a Elvis y vio que éste leía con disimulo el papelito escondido en la cuenca de su mano. El barbudo miraba hacia afuera, pero sin dejar de apoyar el cañón en las costillas de Simón.

—¡Trumbalalalalai! —exclamó Elvis de súbito.

—¿Qué te pasa? —saltó el barbudo.

—¡Trumbalalalalai! —volvió a decir Elvis, ahora más fuerte.

—¿Te volviste loco?

—¡Dile que se calle! —gritó el chofer.

El hombre de la pistola apuntó a Elvis:

—¡Nada de bromitas aquí! ¿Entendido?

Simón ya se había dado cuenta de que "trumbalalalalai" era lo escrito en el papel, el maravilloso conjuro de Miulina que los iba a salvar de sus captores, la palabra mágica que en un abrir y cerrar de ojos los iba a trasladar a otro lugar, y su esperanza renació. Pero lo extraño era que nada había sucedido y que seguían ahí, sin variar un ápice la situación, prisioneros de esos maleantes que quizás qué iban a hacer con ellos. En medio de su desesperación se le ocurrió que la falla podía estar en que la palabra no había sido dicha tres veces, como en ciertos cuentos de hadas, y que Elvis, con ese revólver apuntándolo, no se había atrevido a pronunciarla otra vez. Entonces murmuró, con voz casi inaudible, un tercer trumbalalalalai. Y se quedó expectante un minuto, dos minutos, tres minutos...

Nada sucedía, y el auto seguía avanzando envuelto en una nube de polvo, por un camino desconocido hacia un remoto lugar.

¡Esta vez la magia de Miulina había fallado! ¿Y si los mataban? Nadie los podría ya salvar.

Sintió un cosquilleo en la mano izquierda que tenía apoyada sobre el asiento: era Elvis, que le estaba

pasando el papelito escrito por Miulina. Cerró el puño y se llevó la mano al pecho. Su captor, molesto con el calor, seguía limpiándose el sudor de la frente y miraba hacia afuera. Simón abrió rápidamente la mano y alcanzó a leer:

Pronunciad TRUMBALALALALAI tres veces. Si no os da resultado, sólo os queda pedir ayuda al santo.

¡Si no os da resultado! Esa Miulina sí que era loca. ¿Cómo había llegado hasta ellos? ¿Y por qué se había limitado a detenerlos para darles esa nota que no había servido de nada?

En quince minutos llegamos —anunció el conductor.

De puro miedo, Simón comenzó a sentir frío. ¿Qué estaría pensando Elvis? Parecía bien asustado, porque ni se movía y estaba con los ojos fijos en la ventana. Imaginó a sus abuelos, desesperados buscándolo, y le dio tanta pena que sintió dolor en el pecho y en el estómago, y también furia contra Miulina, el absurdo episodio del neumático pinchado y su ineficaz mensaje. Cuando nadie se lo pedía, mandaba con toda tranquilidad a la gente a otro siglo, como hizo con él la primera vez. Pero cuando realmente se necesitaba... ¡nada! "Sólo os queda pedir ayuda al Santo", recordó con rabia.

Y mientras repetía las palabras de Miulina en su mente, supo que era lo único que les quedaba por hacer.

Tan abstraído y con tanta fuerza comenzó a rezar, que ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

¡BENDITOS ANIMALES!

—¡¡¡¡¡ QUÉ ES ESTO???! — vociferó el chofer, mientras tocaba la bocina como un loco furioso.

Los garabatos, uno tras otro, y el abrupto frenazo, sacaron a Simón de su concentrada plegaria. Abrió los ojos y vio que se habían detenido porque en medio del camino frente a ellos estaban echadas tres enormes vacas y un ternero, que ni se inmutaban con el estruendo.

—¡Asústalas, atropéllalas, idiota! —gritó el barbudo.

Pero los animales parecían ser ciegos y sordos, porque pese a que el chofer aceleró y le dio un topón en las nalgas a una de las vacas, lo que

Elvira 79

produjo un ruido de latas abolladas, ésta siguió masticando con parsimonia y sólo levantó un poco la cabeza para mirar el vehículo con sus enormes ojos inexpresivos.

—¡Atropéllalas, mátalas; sigue adelante, estúpido! —el hombre al lado de Simón seguía vociferando.

—¿No ves que no puedo? —el chofer sudaba y las gotas corrían por su frente—¡Además, mira cómo quedó el capó del auto!

—¡Bájate entonces, haz algo!

El conductor abrió la puerta y descendió del vehículo. Se acercó a las reses y trató de espantarlas, gritando "¡Ahhh!" y "¡Fueraaa!" y "¡Ahhh, vacaaa!", pero éstas seguían impertérritas y sólo el novillo se puso de pie de un salto y trotó hacia el hombre, que retrocedió asustado.

—¡Además eres cobarde! —gritó el otro desde el interior del vehículo. Y descompuesto de rabia, se bajó del auto al tiempo que gritaba a los niños—: ¡tengo muy buena puntería! ¡Si tratan de arrancarse, juro que disparo y los mato!

Cerró la puerta con un golpe y se dirigió hacia los animales. Su compañero, mientras tanto, se había sacado la chaqueta y agitándola en el aire y dando unos saltitos dignos de un payaso remedando a un torero, trataba de asustar a las vacas, sin ningún resultado. El barbudo avanzó unos pasos, pisando con tanta furia, que su pie tropezó en una rama, trastabilló y cayó al suelo cuán largo era. El revólver

saltó lejos y cuando el hombre trató de incorporarse lanzó un aullido de dolor y se llevó ambas manos al tobillo.

—¡Salgamos ahora!— gritó Elvis.

En un segundo los dos amigos ya estaban sobre la tierra. Gatearon un par de metros antes de ponerse de pie y echar a correr con todas sus fuerzas. Corrieron y corrieron, sin mirar atrás, hasta que no pudieron más. Y cuando Simón, casi desmayado de fatiga, se dejó caer sobre la tierra, escucharon a lo lejos el ruido de un motor.

—¡Vuelven, escondámonos! —gritó Elvis, tironeando a Simón de la manga para que se levantara. Avanzaron hacia unos matorrales y se tendieron de guata bajo ellos, ocultándose del camino.

Pero el vehículo que se acercaba no era el de los raptos, sino una camioneta toda destartada. Con rapidez felina Elvis se puso de pie y corrió hacia el camino haciendo señas. La camioneta se detuvo y el conductor, sin hacer preguntas, les dijo que iba a Santiago y que se subieran atrás. Quedaron sentados sobre varios sacos de papas.

—¡De la que nos salvamos! —dijo Simón—. Quizás eran traficantes de niños.

—¡No te pases películas amigo! ¿Es que no reconociste la voz del barbudo?

—La voz no, pero sus manos me recordaron algo; esas venas hinchadas...

—Estoy casi seguro de que era la voz de Caroca.

Simón dio un salto:

—¡Tienes razón! ¡Me acordé! ¡Esas manos huesudas con venas hinchadas y un anillo con una piedra fucsia eran las de Caroca! ¿Cómo no me di cuenta antes?

—¡Para lo que hubieras sacado! El muy idiota debió ponerse guantes, además de barba.

—¿Y por qué crees tú que nos raptó?

—¡No me digas que no te lo imaginas!

—¿Los brillantes?

—¡Obvio, pues!

—¿Pero, cómo sabía...?

—Hilario.

—Pero si Hilario...

—Mira, Simón, no puedes ser tan quedado. ¿Quién crees que entró a revisar mi casa? Después de eso estuve pensando y me acordé que el día que encontramos el rosario escuchamos el ruido de la puerta, esa que está a un lado del altar, y después silencio. Estoy seguro de que ese día Hilario nos espío y así se enteró de todo.

—¡Tenemos que ir a la Comisaría, Elvis, y denunciarlos!

—¿Estás loco? ¿Cómo vamos a contar que robamos el rosario?

—Bueno, eso no lo decimos, hablamos del rapto nomás.

—Si quieres lo haces tú, yo nada con los pacos.

—Pero, Elvis...

—Ya es mucho que te acompañe donde el cura, no me pidas más.

—¿Entonces me vas a acompañar donde el padre Gerónimo?

—Sí, pues. Lo mejor es dejar ese rosario en sus manos y que él se entienda con el maldito Caroca y con sus cómplices. ¡Yo no quiero saber más de esos diamantes!

La camioneta los dejó en la Alameda frente a la estación Ecuador del Metro. Convinieron en acudir al sacerdote. Elvis sugirió que primero lo llamaran por teléfono para asegurarse de que estaba en el convento.

Así, desde una cabina telefónica Simón logró comunicarse con él y quedaron de encontrarse en el tiempo que el Metro demoraba en llegar a la estación Santa Lucía y caminar dos cuadras hacia la iglesia.

A los veinte minutos exactos, Elvis y Simón estaban tocando a la puerta.

Capítulo XXIX

AL RESCATE DEL ROSARIO

EL PADRE Gerónimo, con las manos entrecruzadas sobre su prominente barriga y la inmovilidad de una momia, escuchó con los ojos cerrados el completo relato de Simón, desde el viaje en el tiempo al Cuzco hasta el rapto y el reconocimiento de la mano de Caroca. Una vez que el muchacho terminó su historia, abrió los ojos, suspiró, y se quedó callado unos minutos que a los muchachos se les hicieron más largos que una hora.

—La verdad, jovencitos, es que me es muy difícil creer vuestra historia. Me pregunto si no habrán soñado lo del viaje al Cuzco, después de mirar las pinturas. Recuerdo que cuando yo era chico...

—Yo también lo pensé, padre. ¡Pero tengo pruebas de no haber soñado! —lo interrumpió Simón.

—¡Cuando vea los diamantes va a creer! —añadió Elvis.

—Temo desilusionarlos, pero creo que en ese rosario...

—¿Y nuestro rapto, padre, tampoco lo cree? —lo interrumpió Elvis, desafiante.

—¿Piensa que estamos mintiendo cuando le decimos que nos subieron a un auto y que nos amenazaron con un revólver?

—No dudo de que la violencia y la maldad existen...

—¡Pero, padre! ¿Cree que si no fuera por los diamantes alguien se molestaría en raptar a dos "indocentes" como nosotros? —Elvis confundía las palabras, de lo excitado que estaba.

El sacerdote sonrió abiertamente.

—Bueno, tan inocentes no creo que sean; miren en lo que andan! De lo que sí estoy cierto es de que tienen una imaginación fabulosa.

—¡No cree nada, piensa que inventamos! —se exasperó Elvis—. ¡No sé para qué vinimos!

Luego de un instante de pesado silencio, el padre Gerónimo preguntó:

—¿Y cuál es vuestra idea, ahora?

—Nuestra idea era —Simón enfatizó el "era"—que nos acompañara a la parroquia de la población de Elvis y que usted le pidiera de vuelta

el rosario al párroco para comprobar si tiene o no los diamantes.

—Porque ya no queremos saber más de diamantes —siguió Elvis—. A la otra nos matan, y no habrá bruja desinfla neumáticos ni santo que nos salve —concluyó muy serio.

—¡Sí, padre! Por favor, acompáñenos —rogó Simón, con renovada esperanza.

—¡Le prometemos que después no sabrá más de nosotros! ¡No volveremos a molestarlo! ¡No volveremos ni a misa! —exclamó Elvis.

Ante esta última acotación, el sacerdote rió abiertamente y poniéndose de pie, les dijo:

—Ustedes ganan; ¡vamos!

La camioneta de los franciscanos era casi tan destartada como las que los había traído de vuelta a Santiago con los sacos de papas; y el sacerdote manejaba como si el suyo fuera el único vehículo en la calle. Una vez cruzó con luz roja y otra recibió insultos con voces, manos y dedos desde un auto que estuvo a punto de chocarlo porque se cambió de pista sin avisar.

—¡Qué gente más neurótica! —comentó, impertérrito. Y los niños supieron que ese viaje sería una nueva y peligrosa aventura.

Tuvieron que atravesar medio Santiago para llegar a la población de Elvis, en La Pintana; y una vez allá recorrer un laberinto de calles y callecitas sin pavimentar antes de llegar a la pequeña capilla, que encontraron cerrada.

Elvis 79

Tampoco había nadie en la habitación del cura, que estaba a un costado de la parroquia.

—Vamos a mi casa que está dos cuadras más allá —propuso Elvis—. Mi mamá debe saber donde encontrar a esta hora al padre Antonio.

Los tres caminaron hasta una casita de madera, que se levantaba en medio de un patio de tierra, en el que lo único verde eran las ramas de un escuálido pimiento. Dos niños chicos sentados en el suelo hacían tortitas de barro con el agua que vertían sobre la tierra desde un balde plástico. Cuando vieron a Elvis, se pusieron de pie y corrieron hacia él para abrazarlo. Lo dejaron entero embarrado.

—¡Elvis, Elvis: mira lo que hice!

—Elvis: ¿juguemos a la pelota, como ayer?

Elvis los besó con entusiasmo, sin importarles lo sucios que estaban.

—Ahora no puedo, vengo con unos amigos. ¿Está mi mamá? —dijo al tiempo que se desprendía de los efusivos abrazos y se dirigía a la casa. Los niños no respondieron y se quedaron bien quietos observando a Simón y al sacerdote con mucha atención.

—¡Vieja! ¡Vengo con amigos!

Una mujer aun joven y sonriente apareció en el umbral. Tenía el pelo largo, cogido en la nuca por una cola de caballo y sobre su vestido azul llevaba un delantal floreado. Sus ojos eran los mismos que los de su hijo. Elvis la presentó, con orgullo no disimulado:

—¡Esta es mi mamá!

Ella los hizo entrar y pasaron a una pequeña estancia que hacía de living, cocina y comedor; en el suelo no había nada salvo la tierra. En una esquina, sobre un entarimado hecho con cajones, estaba un aparato de televisión encendido. A su izquierda, sobre una repisa, brillaban un jarro con flores de género, un reloj de esfera fluorescente con un paisaje marino en su interior y una bailarina de plástico. La mesa del comedor, redonda y cubierta por un mantel de hule, estaba rodeada por cuatro sillas de madera. Una cocina con dos fuegos y una enorme palangana de metal ocupaban el resto de la pieza.

La mujer apagó rápidamente la televisión y les ofreció una taza de té.

—No se moleste, señora —le dijo el sacerdote—. Buscamos al padre Antonio y Elvis nos dijo que usted sabría dónde encontrarlo.

—A esta hora el padre Antonio se reúne con los jóvenes, en el local de la Escuela.

—¿No les decía yo que ella iba saber?—dijo Elvis, abrazándola por la cintura.

Su madre lo miró con ternura y sonrió:

—Este niño cree que yo siempre lo sé todo.

Cuando salieron del lugar, Simón iba muy callado. No sabía si lo que tenía era pena o envidia. Envidia de tener una mamá, como Elvis, y de tener hermanos que se notaba que lo querían mucho y él también a ellos. Y pena de ver la

Reina 79

pobreza en que vivían. ¿Dormirían todos en una sola pieza, esa que había dividido atrás de la casa? Volvió a sentirse mal por haber dudado tantas veces de su amigo y también por haberse sentido que era mejor que él. ¿Qué iría a ser, más adelante, de la vida de Elvis?

Llegaron a la escuela y el sacerdote se bajó a buscar al párroco, acompañado de Elvis. Simón no quiso ir y los esperó en la camioneta. Estaba pensando que en unos pocos días más entraría al colegio y que todo volvería a tomar el ritmo de siempre. Y si resultaba que además las cuentas del rosario eran de pura madera, lo que era posible, toda su aventura se esfumaría junto con el verano. Lo único que esperaba era que desenmascararan a Caroca; no se iba a quedar tranquilo hasta que eso sucediera.

El sacerdote y su amigo volvieron con el párroco y regresaron a la capilla. Una vez allá, el padre Antonio devolvió el rosario al franciscano.

—Siento mucho este mal entendido— dijo el padre Gerónimo.

—Discúlpeme, padre Antonio— dijo Elvis, muy serio.

—¡No se preocupen! ¡Entre Virgen y Virgen se entienden! —bromeó el cura párroco, antes de despedirse.

Luego de casi una hora de bocinazos, frenazos y saltos, el arriesgado chofer volvió con su carga humana intacta al convento de San Francisco.

—Este cura manejando es más peligroso que todos los secuestradores juntos —susurró Elvis al oído de Simón.

Los tres caminaron presurosos hasta la oficina del sacerdote, sin cruzarse con nadie. Una vez allí, el padre Gerónimo cerró la puerta con llave, se sentó tras su escritorio y les dijo:

—Bueno, niños, haré algo que ni yo me lo creo. Debo estar loco, y muy luego sabré si los tres estamos locos.

El sacerdote puso el rosario en la cubierta de su escritorio, se persignó, cogió un enorme pisapapeles de mármol de base cuadrada sobre la cual se erguían la iglesia y cúpula de San Pedro de Roma, lo alzó medio metro y dijo:

—¡En el nombre de Dios!

Y bajó la mano con fuerza sobre el rosario.

¿DIAMANTES?

Págs. 79

EL GOLPE retumbó en toda la pieza, tanto así que a los pocos segundos unos golpes en la puerta, seguidos de "Padre, padre, ¿sucede algo?" se dejaron oír fuertes. Pero nadie respondió a la llamada porque el sacerdote y los chicos estaban mudos de **asombro** contemplando las astillas molidas como cáscaras de avellana y los frutos más duros de la tierra aparecidos sobre la mesa cuando el sacerdote levantó la pesada Basílica de San Pedro de Roma.

Cinco cuentas trituradas habían liberado a sus cinco prisioneros y cinco diamantes cónicos del tamaño de un garbanzo, o quizás más grandes, aún

se mecían con el impacto.

—¡Santo Dios! —exclamó el franciscano.

—¿Puedo verlos de cerca? —preguntó Elvis, alargando la mano.

—¡Y son como cincuenta! —calculó Simón.

—Más los padrenuestro y las tres avemaría finales, son cincuenta y cuatro —dijo el sacerdote, todavía sin reponerse de la sorpresa.

—¿Y eso es mucho dinero? —preguntó Elvis.

—Si los diamantes son tan buenos como creo, es mucho dinero —respondió el padre—. Tanto que habrá que ponerlos rápidamente bajo resguardo-agregó levantando el auricular y marcando un número que buscó en la Guía Telefónica—. Y también habrá que protegerlos a ustedes: la historia del secuestro me está pareciendo muy seria.

Simón y Elvis caminaron cabizbajos por la calle José Victorino Lastarria, como si vinieran saliendo de una larga fiesta que hubiera durado toda la noche y ya no les quedara ánimo, sino para dormir.

—Hilario y sus compinches se quedaron sin ni uno. ¿Qué crees tú que hará el padre con esos diamantes? —preguntó Elvis.

—Me imagino que los venderá y usará la plata para hacer cosas.

—¿Como qué cosas?

—Reparar iglesias, ayudar a los pobres...¿qué sé yo!

—Mmmm...

Palacio 79



—Bueno, Elvis, te dejo aquí. me voy a la casa porque mi abuela debe estar preocupada.

—¿Nos vemos el lunes?

—No creo, porque yo entro a clases. ¿Y tú, cuando empiezas?

—No tengo idea.

—Pero, Elvis...

—Ya, no te pongas pesado. No estoy para hablar de esas cosas...¡chao!

Y Elvis se alejó al trote hacia el Parque Forestal.

Simón pasó un fin de semana bastante decaído. Encontraba que su aventura había culminado sin pena ni gloria, a pesar de que habían encontrado los diamantes. El padre Gerónimo ni les había agradecido lo que habían hecho, con peligro incluso de sus vidas. Por suerte la abuela no se había enterado, porque de saber lo del rapto habría armado un escándalo apoteósico y no lo hubiese dejado poner un pie en la calle nunca más. Pero la tarde del domingo, cuando estaban mirando las noticias en la televisión, estuvo a punto de confesarle todo, tal fue la sorpresa que se llevó y las ganas de comentar con alguien lo sucedido. La nota era sobre un suceso que el periodista calificaba como curioso: la mañana del viernes, dos carabineros que hacían ronda a caballo en un sector rural en las afueras de Santiago habían encontrado un automóvil en pana, con el capó completamente abollado y a su chófer enloquecido dando patadas

a un hato de vacas echadas en medio del camino. Había otro hombre con él, que se había fracturado un pie, al parecer tratando también de ahuyentar a los animales. El hombre del pie lesionado, tenía en su mano un revólver con el que había disparado varios tiros al aire; como no tenía permiso para portar armas, quedó detenido y a disposición de la justicia.

Simón venció la tentación de hablar y se quedó pensando si Elvis habría visto la noticia..

Pasaron los días. Simón entró a clases y las vacaciones quedaron lejos. Hacía mucho que no sabía de Elvis, porque no había tenido tiempo ni de bajar al parque, entre las muchas tareas y los entrenamientos deportivos de su colegio. Una mañana en que comenzó a contarle del viaje al Cuzco a su amigo Andrés, éste puso tal cara de no creerle nada, que a medio camino desistió y se quedó callado; y luego tuvo que escuchar por segunda vez las peripecias de la bajada en bote de éste por los rápidos del Trancura y de las inmensas olas que había tenido que sortear en la desembocadura del lago Villarrica. De vez en cuando, mientras leía o estudiaba en su pieza, sus ojos se desviaban hacia el carrito de madera tirado por los caballos blancos y las imágenes de doña Engracia, de los pintores cuzqueños, de Chimpu y de Liviac volvían con fuerza a su memoria; pero luego de un instante las abandonaba con melancolía, como si fueran parte de un sueño que era mejor olvidar.

Por esos días llegó de visita el tío Blas con una chaqueta nueva de regalo para el abuelo, pero éste no la quiso usar aduciendo que no tenía "estilo". "Eres un viejo mañoso", reclamó enojada doña Pepa y su marido le contestó que no era mañoso sino elegante y que prefería su chaqueta comprada en Londres, aunque fuese vieja. "Tiene mejor caída", concluyó.

Una tarde en que Simón estaba tirado sobre su cama sin hacer nada y pensando en qué estaría haciendo en ese momento Elvis, su abuela golpeó la puerta y sin esperar respuesta entró con un sobre en la mano.

—Es para ti, la acaba de subir el portero. ¡Las estampillas son mexicanas! Pero no tiene remitente... —Y doña Pepa se quedó esperando, con ojos de pregunta.

—Oye, abuela: ¿me podrías dejar solo?

Doña Pepa salió de la pieza, de no muy buena gana, y en cuanto cerró la puerta, Simón se incorporó de un salto y abrió la carta.

LA CARTA

Querido Simón:

Te habrá extrañado no recibir noticias mías, pero al día siguiente del descubrimiento de los diamantes, tuve que partir a una importante reunión de Provinciales franciscanos en Ciudad de México. Por cierto que aproveché la ocasión para comentar con mis hermanos de la orden del insólito hallazgo y uno de ellos, un peruano aficionado a la historia, estaba muy al tanto de esa curiosa donación de doña Engracia y agregó muchos datos a mi saber.

Te contaré que puse los diamantes en custodia en el Banco y los hice tasar. Resulta que son muy puros y de tres quilates cada uno, lo que en dinero significa mucho. Gracias a ellos podremos ampliar nuestro asilo para ancianos indigentes, reforzar el servicio de enfermería y muchas otras cosas necesarias para que los viejitos vivan sus últimos años de vida lo más dignamente posible.

Por otra parte te quiero comentar el giro policial

del caso. Para ello me atenderé al relato del Inspector Jefe de Investigaciones a quien, el mismo día que estuve con ustedes, puse al tanto del hallazgo y del secuestro del que fueron víctimas. Al inspector no le fue difícil llegar hasta el anticuario Jaime Caroca, que ese mismo día había sido detenido por estar en posesión de un arma no autorizada y también porque en el auto se encontró un paquete con marihuana. Caroca, que traficaba droga y vendía cosas robadas, no demoró mucho en confesar. Tal como ustedes pensaban, Hilario, que se había hecho amigo de Caroca y lo proveía de mercancías— como nuestra patena de oro y varias cosas más—, fue el que lo puso en antecedente de los brillantes, luego de alguna conversación que escuchó tras la puerta. El día que ustedes temerariamente entraron a la iglesia, Hilario los siguió sin que lo notaran y vio cuando Elvis se echaba el rosario al bolsillo; y luego de la frustrada incursión a la casa de éste, planeó con Caroca el secuestro que terminó en tan mala forma para ellos, gracias a las benditas vacas. La verdad es que eran unos ladrones muy poco profesionales, aunque no por eso menos peligrosos. En unos días más, cuando el proceso esté más avanzado, los llamarán para que reconozcan a sus captores: Jaime Caroca y el chofer.

Para terminar quiero decirte que hemos decidido poner en una cuenta de ahorro parte del dinero que obtengamos con la venta de los diamantes, y pagar así los estudios secundarios, y ojalá universitarios, de tu amigo Elvis. Creo que es un chico sano y bien dispuesto, y siento mucho haber dado crédito a las falsas acusaciones de Hilario. No me olvido del fervor con

Photo 79

que lo defendías y te pido perdón por el mal rato que te hice pasar. Estoy cierto de que con una educación adecuada ese niño dejará atrás la extrema pobreza en que vive y todo lo que ella conlleva. Por el momento ayudaremos también a su familia. He conversado con el rector del Colegio Salesiano, que me ha dado todas las facilidades para recibirlo en su establecimiento.

Y a ti, querido Simón, quiero darte las gracias porque debido a tu descubrimiento muchos ancianos enfermos tendrán un lugar donde ser acogidos y otros tantos mejorarán sus condiciones de vida. Aunque no puedo decirte que creo a pie juntillas tu aventura en el Circo, nunca dejaré de admirar tu curiosidad, intuición y coraje, como también tu lealtad.

Me despido encomendándote a nuestro santo hermano Francisco, para que él siga guiando tu vida en el camino de la caridad.

Espero volver a Santiago el próximo mes y entonces conversaremos más largo.

Bien y paz,

Gerónimo Aldana, O.F.M.

Simón terminó de leer por segunda vez la carta, reflexionó unos instantes y la guardó dentro del carro de madera, fuente de todas sus aventuras. Después abrió el velador, cogió la foto en que estaban su papá y su mamá y se la quedó mirando un largo rato. Estaba seguro de que si estuvieran vivos se sentirían orgullosos de él. Y también felices por Elvis,

su gran compañero en esta aventura, sin el cual nunca habría sacado el rosario a la Virgen ni escondido después en un lugar tan seguro. Lo que más lo alegraba era pensar en la cara de Elvis cuando le diera la noticia.

Salió de su cuarto, besó a sus abuelos más efusivamente que nunca y prometió a doña Pepa que les contaría grandes novedades a su vuelta. Luego partió al parque, a encontrar a Elvis.

Caminaba feliz y se sentía livianito.

—¡Simón! ¡Hola!

Esta vez lo envolvió una fragancia de nueces y almendras. Un torbellino se desató en su pecho y se sintió enrojecer.

Francesca estaba más linda que nunca. La saludó con un torpe beso en la mejilla llena de pecas, que ella ofreció con soltura. Para su desgracia, en ese mismísimo instante escuchó una voz inconfundible, que exclamaba:

—¡Bravo, chico! ¡Otro más! ¡Viva el amor!

El rojo del rostro de Simón subió a escarlata y se sintió morir. En la vereda del frente, entre las muchas personas que esperaban la luz verde para cruzar la calle, los vuelos de un vestido a lunares, una cabellera roja y dos brazos llenos de pulseras se agitaban haciendo furiosas señas.

—Oye: ¿quién es esa? —preguntó Francesca, divertida.

—¿Tú crees en las brujas? —respondió Simón, muy serio.

La muchacha lanzó una carcajada y le ofreció un caramelo de anís.

Epílogo 79

Días después, Simón y sus abuelos, Elvis y su familia—incluido el tío Jirafa— y tres sacerdotes franciscanos compartían una taza de té, dulces chilenos y tostadas con mantequilla y mermelada de moras en una larga mesa de madera instalada en el jardín del convento. También estaba Miulina, que entre carcajadas y sacudidas de pelo, tenía completamente extasiado al tío Jirafa, que la observaba con arrobó. Doña Pepa, eufórica, hablaba hasta por los codos, mientras Juan, su marido, miraba a su nieto en silencio y con una sonrisa en los labios. La mamá de Elvis tenía los ojos húmedos, los hermanos chicos comían pasteles a destajo y don Benito se veía radiante.

—¡Un brindis por estos dos muchachos, gracias a quienes podremos ampliar nuestro Hogar de Ancianos! —dijo el padre Gerónimo, levantando un vaso con jugo de naranja— ¡Y sin olvidar a doña Engracia, que en paz descanse! —agregó sonriendo.

—¡Yo brindo por el futuro aviador! —se puso de pie el hermano mayor de Elvis, alzando el suyo.

—¡Y yo por Miulina, que fue nuestra agente



de viajes! —exclamó Elvis, cerrándole un ojo, sin importarle que todos se quedaran con cara de pregunta.

—Por mi papá y mi mamá, que me regalaron el Carro de Fuego— dijo Simón, muy serio, y doña Pepu cogió la mano de su marido.

—¡Yo, por el padre Gerónimo, que al final, algo nos creyó! —siguió Elvis, entre risas.

En ese mismísimo instante una bandada de jilgueros posada sobre las ramas de un frondoso tilo se puso a trinar a destajo.

—¡Los hermanos pájaros! —exclamó fray Leoncio, el franciscano más viejo—. ¡Ellos nos dicen que también hay que agradecer al Santo!

Todos aplaudieron con ganas y lanzaron vivas a San Francisco. Entonces Boris, el escarabajo rojiverde de Miulina, como si se hubiera asustado con la algarabía o quisiera participar de ella, salió de entre los cabellos color fuego y saltó a la mesa; luego se elevó, dio una voltereta en el aire y cayó de bruces sobre la mermelada de mora.

PARA SABER MÁS SOBRE
LOS TEMAS CITADOS EN
SIMÓN Y EL CARRO DE FUEGO.

¿Quién era San Francisco?

San Francisco (1181-1226), hijo de un rico comerciante de Asís, abandonó todo para seguir el camino de Cristo, tan sólo cubierto por la túnica de un pordiosero. A San Francisco se le considera el más grande de los santos y el hombre que más cerca ha estado de parecerse a Cristo. Llevó su abnegación, caridad y pobreza hasta un extremo tal, que también se le conoce como "el loco de amor".

Francisco tenía la rara cualidad de hacerse querer de los animales. Las golondrinas lo seguían en bandadas, y formaban una cruz por sobre su cabeza mientras predicaba. Cuando dormía solo en el monte, un mirlo venía a despertarlo con su canto a la hora de la oración de la medianoche; pero si el santo estaba enfermo, el pájaro no lo despertaba. Un conejito lo siguió por algún tiempo, con gran cariño. Y dicen que un lobo feroz le obedeció cuando Francisco le pidió que dejara de atacar a la gente.

Hoy lo franciscano se entiende como una manera de ser, una modalidad de vida sencilla e ingenua, que ve tanto en los hombres como en los animales, en las flores o en las piedras, la mano amorosa de Dios.

¿Cuáles son las tres órdenes franciscanas?

San Francisco obtuvo del Papa Inocencio III permiso para fundar una orden de frailes menores, que hiciera suyas las palabras de Cristo a sus apóstoles: "no posean oro ni plata, no lleven dinero en sus fajas o cintos, no se provean de alforjas para el camino ni usen dos túnicas, ni calzado, ni báculo en qué apoyarse".

Los frailes marchaban de a dos a lo largo del país, vestidos con una tosca túnica, cantando alabanzas al Señor. Socorrían a los leprosos y a todos los necesitados. También predicaban. Dormían echados en el suelo bajo los pórticos de las iglesias, como cualquier mendigo.

Orden Primera: la orden franciscana de frailes menores (O.F.M.).

Orden Segunda: las Clarisas, religiosas franciscanas. San Francisco fue el gran inspirador y apoyo de su amiga Clara, que también se convertiría en santa, en la fundación de esta orden.

Orden Tercera: orden que permite compartir la espiritualidad franciscana sin abandonar la vida del mundo. Han pertenecido a ella grandes figuras de la humanidad como Dante; San Luis, rey de Francia; Galvani, el padre de la electricidad; y en Chile, Gabriela Mistral.

¿Cómo se vestía San Francisco?

San Francisco y sus discípulos caminaban descalzos y vestían una túnica de lana gris, que ataban en la cintura con un cinturón de cuerdas. La túnica tenía un capuchón grande y áspero.

El gris fue el color oficial de los franciscanos hasta el siglo XVIII. San Francisco caminó siempre descalzo, pero más tarde se impusieron las sandalias para los frailes.

San Francisco decía que entre las aves prefería a la alondra porque "tenía un capucho, como el de los religiosos, y era un pájaro humilde".

¿Cuándo llegaron los franciscanos a Chile?

En octubre de 1553 llegaron a Chile los primeros franciscanos. Eran cinco frailes, que venían con el propósito de fundar un convento. Es la segunda orden religiosa que llegó a nuestro país, porque antes lo habían hecho los mercedarios.

En abril de 1554, los franciscanos se instalaron en las riberas del río Mapocho, donde se encontraba la ermita de la Virgen del Socorro, cuya imagen había traído a Chile Pedro de Valdivia, ya muerto en la batalla de Tucapel. Los franciscanos construyeron en el lugar una iglesia de adobe, que se derrumbó en el terremoto de 1583. Entonces, sobre sus ruinas, decidieron levantar una nueva iglesia. Así, tres años después, con el aporte de mil pesos donados por el rey Felipe II, comenzaron la construcción en piedra de la iglesia, cuya nave

central ha permanecido en pie hasta hoy resistiendo terremotos e incendios.

Además de la iglesia, levantaron el convento, un colegio y un hospital. El convento y la iglesia fueron durante los siglos XVII y XVIII centro de muchas actividades, como procesiones, fiestas religiosas, misas solemnes y desfiles de cofradías con bandas de música y fuegos artificiales.

¿Por qué los personajes de la vida de San Francisco aparecen con ropas del siglo XVII?

Los personajes de los cuadros de San Francisco aparecen con ropas del siglo XVII, época en que fueron pintados, para que todos aquellos que vieran los cuadros se sintieran identificados con lo que veían. Era una forma de hacer que las escenas fueran más creíbles y cercanas al pueblo.

¿Por qué hay tantas iglesias en el centro de Santiago?

Esto se debe a que en la época de la conquista y colonia de Chile, muchas órdenes religiosas — franciscanos, mercedarios, capuchinos, agustinos, dominicos—, llegaron a Chile para ayudar a la evangelización de los indios que no conocían la religión católica; y cada orden construyó una iglesia para celebrar sus misas y recibir a sus fieles. Aunque muchas de las iglesias originales ya no existen porque fueron derrumbadas por los terremotos, las órdenes religiosas siempre las reconstruían y restauraban.

¿Por qué los cuadros americanos son diferentes a los españoles de la misma época?

Esto se debe a que el arte americano es un arte mestizo. No solamente las diferentes razas se mezclaron en el territorio americano, sino también sus manifestaciones culturales. Por esta razón, muchas veces los cuadros eran confeccionados por indios, que utilizaban tierras de color locales. Eran cuadros sin perspectiva, porque los indios no la conocían, y en ellos dibujaban personajes con facciones indias o con plumas de colores, y también frutas y plantas que sólo se daban en América, como el maíz o las chirimoyas. Todo esto permitió que se fuera consolidando un arte americano, un arte propio.

¿Por qué casi todo el arte de la colonia es religioso?

Porque en la época, los europeos pensaban que los hombres que no conocían ni profesaban la religión católica no se iban a salvar, y por esta razón trataban de evangelizar a los indios americanos. Como los indígenas no sabían leer, al buscar una manera de enseñarles, los españoles se dieron cuenta de lo poderosas que podían ser las imágenes para darles a conocer la vida de Cristo, de la Virgen y de los santos. Así, los cuadros y las esculturas se convirtieron en una herramienta que podía ser "leída," tanto por los indios como por mestizos y españoles.

¿Por qué es tan importante la serie de pinturas de la vida de San Francisco de Santiago de Chile?

Es importante porque es un ejemplo de lo que se llama el barroco americano. Y, según los expertos, son las pinturas coloniales más valiosas que hay en Chile y de las más valiosas que hay en América.

¿Qué es la fiesta de la Tirana?

La Tirana es un pequeñísimo pueblo ubicado en la pampa del Tamarugal, donde cada año se celebra a la Virgen del Carmen con una grandiosa fiesta que atrae a miles de visitantes. Allí, entre los días 12 y 17 de julio, cientos de músicos y bailarines ofrecen a la Virgen su arte.

Los grupos de baile de La Tirana, que provienen de las ciudades cercanas, ensayan todo el año sus coreografías y elaboran trajes bordados y máscaras, que son interpretaciones de las máscaras del carnaval chino, introducidos en la región por los numerosos chinos que fueron traídos por las salitreras inglesas a trabajar en la pampa.

Los bailarines son acompañados de bombos y trompetas.

ÍNDICE

Capítulo I	EL DESCUBRIMIENTO	7
Capítulo II	EL CARRO DE FUEGO	14
Capítulo III	EL CLAUSTRO	18
Capítulo IV	DOÑA ENGRACIA	24
Capítulo V	¿SÁQUENME DE AQUÍ!	30
Capítulo VI	UN COMPAÑERO DE AVENTURAS	40
Capítulo VII	EL ANTICUARIO	50
Capítulo VIII	EL ROBO DE LA PATENA DE ORO	57
Capítulo IX	MIULINA	66
Capítulo X	EN EL CUZCO	74
Capítulo XI	CHIMPU	83
Capítulo XII	PRISIONERO	95
Capítulo XIII	LA MAGIA BUENA DE SIMÓN	103
Capítulo XIV	EL CORDÓN DEL FRAILE	115
Capítulo XV	¿FUE UN SUEÑO?	122
Capítulo XVI	EN BUSCA DE ELVIS	130
Capítulo XVII	FRANCESCA	137
Capítulo XVIII	EL OJO DE LAUCHA	143